



PONGO

REGLAS



AHORA YO
LAS



Chloe Collins

Copyright 2020 Chloe Collins.

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida o transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico o mecánico, incluyendo fotocopia, grabación o por cualquier sistema de almacenamiento y recuperación, sin permiso escrito del propietario del copyright.

Esta es una obra de ficción. Cualquier parecido con la realidad es una mera coincidencia. Todos los personajes, nombres, hechos, organizaciones y diálogos de esta novela son o bien producto de la imaginación del autor o han sido utilizados en esta obra de manera ficticia.



INDICE AHORA YO PONGO LAS REGLAS

[Agradecimientos](#)

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38

Capítulo 39

Epílogo

Agradecimientos

Quiero en primer agradecer a mi querida amiga Pili por prestarse a ser la “protá” de esta historia. Cuando se lo propuse le hizo mucha ilusión; ahora bien, cuando la lea, que no la he dejado hacerlo porque quería que fuera una sorpresa, espero que esté igual de emocionada (ahí lo dejo).

A mis lectoras Ani y Rachel por ayudarme tanto con esta historia, porque tengo que aceptar que soy un poco “zote” pero gracias a su ayuda, creo que ha quedado lista para pasar unas horas de lo más divertidas (o eso espero).

Y a mi gente, esa que me ha apoyado desde siempre, me animó a embarcarme desde el principio en esta bonita iniciativa que es la escritura: familia, amigas y escritoras que he conocido en esta etapa que empezó siendo como un reto y ahora se ha convertido de nuevo en una realidad.

Prólogo

La vida nos pone muchas pruebas; a veces hay diferentes caminos o decisiones que tomar, y dependiendo de las que elijamos, así será el desenlace final.

Siempre me acuerdo de unos libros que tenía mi primo que se llamaban *Elige tu propia aventura*, en los que te daban un par de opciones y, dependiendo de la que elegías, ibas a una hoja u otra, a veces acertabas y otras veces acababas en alguna trampa o un mal destino; siempre podías volver a la hoja anterior —evidentemente haciendo trampas—, aunque no era lo apropiado.

En la vida real, no siempre tenemos esas opciones. En mi caso, no las tuve.

Hace siete años, en la primera edición de *MasterChef*, cuando acababa de terminar mis estudios en una de las mejores academias de hostelería de Madrid, *Le Cordon Bleu*, decidí presentarme al *casting*. Cocinar siempre había sido mi pasión, había estudiado un grado de FP y realizado varios cursos de cocina.

Mis familiares y amigos me incitaron a apuntarme al programa, incluso uno de mis profesores. Me dijeron que tenía posibilidades. ¡Y qué demonios! ¿Por qué no? Era una gran oportunidad de hacer lo que me gustaba en un programa de televisión, y quizás de conseguir un trabajo.

El *casting* fue increíble, había muchísima gente, nunca me imaginé que hubiera tantas personas interesadas en lo mismo que yo, pero conseguí estar entre los concursantes de la primera edición. Estaba emocionada. Era un sueño hecho realidad. Y justo el día que íbamos a grabar el primer programa, recibí una oferta de empleo de una prestigiosa compañía de *catering* de Madrid ofreciéndome un puesto en su empresa, me querían como chef principal, las condiciones económicas eran desorbitadas.

¿Qué debía hacer? Tenía que elegir mi propia aventura. Verdaderamente tomé la decisión más fácil y quizás más sensata en ese momento: quedarme con el trabajo. Como dice una amiga mía: más vale pájaro en mano que ciento volando. O más adecuado en esta ocasión: más vale un trabajo seguro que una ilusión, porque, para ser realista, podría ser expulsada en el primer programa y quedarme sin nada. Sí, todo el mundo me dice que cocino bien, sin embargo no conocía al resto de mis contrincantes.

Claro, la realidad es que no todo es tan bonito como lo pintan, y el maravilloso trabajo tenía una pega: mi jefa. Una amargada, bruja y *malfollá*. Sinceramente, si esta mujer echara un polvo de vez en cuando vería la vida de otra manera, pero creo que ni eso. Porque se pasa prácticamente las veinticuatro horas del día allí metida.

Eso lo descubriría tiempo después. No obstante, quiero creer que el karma pone a cada persona en su lugar. ¿Vosotros qué pensáis?

Tendremos que adentrarnos en mi historia y descubrirlo.

Capítulo 1

El día que por fin comienza mi sueño, mi móvil no para de sonar. Apenas queda una hora para empezar a grabar el primer programa. He recibido varias llamadas de un número desconocido, después un par de mi padre, aunque principalmente el grosor de ellas son de mi madre, persistente como ella sola. Así es que, como no deja de insistir una y otra vez, decido cogerle el teléfono. Como no sea importante juro que voy a matarla.

—Pili, cariño. Menos mal que me contestas, tienes que llamar urgentemente al número que voy a decirte, ¿tienes para apuntar?

Me quedo por un segundo en estado de *shock*. ¿Me está tomando el pelo? ¿Qué es lo que quiere? Estoy a punto de comenzar a grabar el primer programa de televisión. ¿A esta mujer se le ha ido la pinza? Pero ¿no se acuerda de dónde estoy?

—¿Qué ocurre? ¿Qué sucede? ¿Estáis todos bien? —le pregunto alterada al no haberme sacado de mis dudas.

—Sí, claro, es que te han intentado localizar en tu número de teléfono para hacerte una oferta de trabajo, como no cogías el móvil lo han intentado en el número de casa. Me han comentado que es un buen trabajo, con un contrato indefinido —me explica mi madre atropelladamente.

¿En serio? No me lo puedo creer. ¿Justo ahora? Esto tiene que ser una puñetera broma del destino. Hace un mes que he acabado mi curso en *Le Cordon Bleu* y me tienen que avisar en este preciso instante que estoy a punto de comenzar en el programa *MasterChef*. ¿Por qué el puñetero destino tiene que ser tan cruel conmigo?

«¡Esto no me puede estar pasando a mí!», me lamento turbada.

—Pili, hija, ¿estás ahí? —insiste mi madre al ver que no contesto, sacándome de mi nube.

—Sí, mamá. Mándame el número por mensaje —replico algo cortante.

—De acuerdo, y no vayas a ignorarla —interviene exigente.

Cuelgo a mi madre y miro el reloj. Quedan cincuenta minutos para que empiece la grabación. Durante unos segundos tomo aire, dubitativa, porque ahora mismo estoy cumpliendo mi sueño, aunque es cierto que de aceptar el puesto que me indica mi madre, este también podría ser, eso sí, tengo que darme prisa y hablar con ellos.

El teléfono es el mismo que tengo en las llamadas perdidas, así es que de inmediato lo marco, pero comunica.

Vuelvo a insistir, y lo mismo. Seguro que cuando consiga contactar con ellos ya han contratado a alguien, ¡con la suerte que tengo!

Después de cinco angustiosos y largos minutos consigo que dé línea. Me coge el teléfono una mujer. Su voz denota autoridad, se nota segura de sí misma y a la vez con un cierto aire de superioridad, educada y nada más, —no sé por qué no me gusta—. Le doy mis datos y enseguida me presenta la oferta de trabajo. Me indica que uno de mis profesores de la escuela le ha dado referencias sobre mí. Me siento orgullosa de ello, no voy a negarlo.

Cuando me explica las condiciones laborales, cierro los ojos porque sin duda son realmente increíbles para una joven que acaba de terminar sus estudios, no ha trabajado nunca y quiere hacerse un hueco en el mundo de la hostería. El cargo sería de chef principal en una prestigiosa empresa de *catering* de Madrid, aunque sujeto a un mes de prueba. Una vez superado, el contrato sería indefinido. Por otro lado, el salario es increíble, aunque estoy segura de que el puesto requiere más horas de las que me ha mencionado, y el trabajo —a la larga— será muy exigente. Comenzaría, eso sí, de inmediato. Así es que adiós a mi sueño de salir en *MasterChef*.

Le he pedido un tiempo para pensármelo, evidentemente no puede ser mucho, pues en menos de una hora comienza la grabación para el concurso y tendré que comunicar a la cadena, si decido aceptar la oferta, que no continúo en el mismo.

Durante diez minutos sopeso la idea, es complicado tomar una decisión con tan poco margen; por un lado la idea de seguir en la televisión me llama mucho la atención, pero mi parte más realista me dicta que el trabajo es la opción más sensata, pues en *MasterChef* no conozco apenas a mis contrincantes, no sé si lo haré bien o mal y no tengo claro hasta dónde puedo llegar. Sin embargo, aceptando esta oferta laboral, solo estoy a un mes de conseguir un buen trabajo, con una remuneración extraordinaria, y conseguir mi sueño: ser chef, independientemente de dónde sea.

Quizás si me decantara por el concurso podría ser más famosa, a la larga abrir mi propio restaurante y, quién sabe, ser como los presentadores del mismo. Puede... Pero eso es un sueño y esta es la realidad, una realidad que, sin duda, no se presenta todos los días. Así es que, definitivamente, creo que voy a aceptar el trabajo, aunque me dé mucha pena tener que abandonar el programa. Suelto un largo suspiro de resignación, con mezcla de frustración y, también, de derrota. Es una decisión difícil de tomar lo miro por donde lo miro, pero yo ya lo he hecho.

Me acerco al productor y le explico lo sucedido. Parece un poco molesto por ello, aunque entiende mi postura, y avisa al resto del equipo; imagino que tendrán algún plan para este tipo de situaciones. No lo sé, y me duele dejar todo esto que realmente era un bonito sueño. Me hacen firmar una serie de papeles y, tras más de media hora, salgo del estudio. Ya está hecho, es el adiós a un sueño y la bienvenida a un futuro.

¿Me arrepiento? Un poco, no voy a negarlo. Ahora espero, por mi bien, no tener que lamentarme nunca de la decisión que he tomado.

Cojo el teléfono, llamo de nuevo a la tal Edurne, que así se llama la mujer con la que hace unos minutos he hablado, y le comunico mi aceptación. Tendré que personarme mañana en su

empresa para que me dé indicaciones y firmar todos los papeles. A continuación hablo con mis padres. Están totalmente emocionados. No sé por qué la idea del programa, aunque inicialmente les hacía mucha ilusión, ahora parecía no hacerles tanta. Mi madre se alegra del camino que he tomado, mi padre solo quiere que sea feliz, y yo..., yo ahora sé que estoy en una nube, en una mezcla de emociones, y que oficialmente ya tengo un trabajo, uno de verdad. Espero estar a la altura de las circunstancias y brillar como solo yo sé hacerlo.

¡Al menos no voy a dejar de intentarlo!

Capítulo 2

Llevo mucho tiempo con mi novia y nuestra situación es cada vez más insostenible. Vive por y para el trabajo. Al principio, cuando su padre le dijo que se encargara de la empresa de *catering*, me alegré por ella. Era una gran oportunidad, su sueño hecho realidad: ser la gerente, dirigir una empresa.

Ahora, tras siete años de relación y casi cinco al frente de ella, apenas dedica tiempo a lo nuestro, y yo he llegado a la conclusión de que lo mejor es hacer mi vida, salir con amigos y disfrutar; aún no he encontrado nadie que la sustituya, aunque no dudo de que algún día eso puede ocurrir. Llega a las tantas de la noche, apenas tenemos relaciones y los fines de semana generalmente tiene bodas u otros eventos en los que participa. Nos vemos unas horas en toda la semana y siempre dice que pronto cambiará. Esa frase la he oído cientos de veces en un año más por teléfono que en persona.

Mi vida por lo general es la de hombre corriente: tengo un trabajo de ejecutivo, un buen coche, acudo al gimnasio todos los días, cuido mucho mi alimentación y, si no fuera por mis escasas relaciones con Eurne, sería perfecta... Esta noche ha dado un cambio cuando uno de mis amigos, Jorge, me ha hecho una propuesta algo alocada. Al principio pensé que me estaba tomando el pelo. Él tiene un local, digamos, diferente. Ninguno de nosotros le ha juzgado por ello. Somos amigos desde la infancia. Quedamos a tomar una copa de vez en cuando, nos divertimos y fin de la historia. Nuestras vidas son privadas. El caso es que me ha dicho que uno de sus empleados se ha puesto enfermo y me ha preguntado si me gustaría sustituirlo. Lo he mirado con cara de estupefacción, como si me estuviera tomando el pelo. Al principio de verdad pensé que lo hacía, pero él no está de broma.

—Te estás quedando conmigo, ¿verdad? —le pregunto por segunda vez.

—Te lo estoy diciendo totalmente en serio. Solo te pido que pruebes. Eres un hombre guapo, con un físico de infarto... Solo tienes que moverte de manera sexy y ya está.

—¡Joder, tío! Que yo no puedo hacer de *stripper*...

—Lo único que tienes que bailar para unas cuantas mujeres que te mirarán con deseo, no les dejamos que os toquen, solo que se acerquen. Y quizás las novias bailen contigo encima de tu paquete...

El resto de mis amigos se parte de risa, aunque yo no le veo la puñetera gracia. Solo de imaginármelo me entran ganas de vomitar.

—¡No me jodas! ¿Y si alguna me reconoce?

—Puedes llevar un antifaz si eso te preocupa. No sabes lo poderosos que se consideran los hombres sintiéndose deseados por tantas mujeres. Vamos, Gonzalo, llevas tiempo a dos velas... Tienes una novia que es una amargada, que vive por y para el trabajo. Quizás... —No termina la frase sabiendo lo que eso supone.

—¡No voy a hacerlo! Y de momento no voy a engañarla si eso es lo que insinúas —contesto enervado.

—Vale, vale. Pero piénsatelo, sería este sábado, solo una vez. Te pagaré muy bien.

—¡Que no! —le respondo indignado.

Cuando he llegado a casa, Edurne ya está dormida. Le he dado un beso en la mejilla que incluso parece haberle molestado, pues se ha girado hacia el otro lado. Ha sido entonces cuando me he puesto a pensar en la propuesta de Jorge. No he pegado ojo en toda la noche dándole vueltas a la loca idea de mi amigo. Casi a las cinco de la madrugada cierro los ojos y al final consigo quedarme dormido. No he tomado ninguna decisión, aunque quizás...

Me despierto con el sonido del despertador y me doy cuenta de que Edurne ni siquiera está en casa. Son las siete de la mañana. Lo de esta mujer es increíble. Hace meses que lo único que compartimos son mensajes y unas cortas llamadas para concretar la compra —de la que suelo encargarme yo—. Suelto un suspiro de resignación y, al final, cojo el teléfono y le mando un mensaje a mi amigo. No estoy convencido con esta loca idea.

¡Qué demonios!

Es una locura y solo se vive una vez, con un antifaz nadie va a reconocerme y puede que incluso me divierta. Estoy tan frustrado últimamente con mi situación personal que necesito algo que me saque de este pozo en el que me estoy sumergiendo.

Voy a trabajar, mi puesto como directivo medio en una multinacional me llena y me gusta. Llevo diez años y desde que empecé estoy más que satisfecho de lo que he conseguido, soy bueno y mis jefes están contentos conmigo. Sin embargo, hoy estoy un poco despistado pensando en el mensaje que le he mandado a Jorge. No sé si he tomado la decisión correcta, mas ya está hecho.

A media mañana recibo una llamada de mi amigo y, aunque estoy tentado a no contestar, es más, mi mente me dice que lo ignore hasta el lunes, descuelgo.

—¡Amigo mío! ¡Cuánto me alegro de que hayas aceptado! Estoy seguro de que no te arrepentirás... —comienza con una emoción desbordante.

—Jorge, lo primero, no estoy totalmente convencido. Ha sido una decisión precipitada porque estaba turbado. Edurne se había ido esta mañana, para no variar.

—¡Tienes que dejarla! Cuanto antes mejor.

—Llevo siete años con ella. No puedo borrar los buenos momentos juntos.

—¿Buenos dices? —me pregunta con ironía—. ¿Cuántos han sido? Porque si me dejas recordar, hace cinco años que está al cargo de la empresa y, a partir de ahí, me parece que lleva

dándote esquinazo y plantones desde entonces. Gonzalo, espabila. Se te va a pasar el momento de encontrar a una mujer maravillosa. Las oportunidades no llegan cuando nosotros queremos.

—Lo sé, pero la qui... —Me freno porque mis sentimientos son—. La quería y, aunque ahora no sé si ni lo que siento por ella, me cuesta dar ese paso...

—Me lo imagino... Y ahora deberías venir esta noche al bar, uno de mis chicos tiene que enseñarte algunas cosas.

—¿En serio? —inquiero confuso.

—Sí, tienes un cuerpo de infarto pero estoy seguro de que no has hecho un *striptease* en tu vida. Porque no veo yo que a esa estirada de tu novia le guste.

—¡Joder, Jorge!

—¿Me equivoco?

Suelto un suspiro resignado y él una carcajada al otro lado del teléfono.

—Esta tarde a las ocho, ¿te va bien?

—Por supuesto, salgo del gimnasio y me paso por allí.

—Perfecto entonces. Nos vemos, tío.

—Hasta luego.

Cuelgo el teléfono. No estoy seguro de lo que voy a hacer, aunque ya no hay marcha atrás. Ahora espero, al menos, disfrutar del momento. Tengo que admitir que hace falta algo de emoción en mi vida. ¡Qué demonios, esto puede ser lo que realmente necesito!

Capítulo 3

Han pasado cuatro años y medio desde que comencé a trabajar en la empresa de *catering* más prestigiosa de Madrid. Estoy muy satisfecha con el trabajo que estoy desempeñando. Aunque cada día odio más a mi jefa. Es una pija estirada y prepotente. Una *malfollá* que no sabe tratar al personal. Es cierto que el apelativo es bastante feo, pero si tuvierais que trabajar con ella, sabríais por qué lo digo. Es una tirana, maleducada y nos trata como si fuéramos escoria, y aunque sabe que conmigo tiene las de perder en la mayoría de los casos, sigue enfrentándose siempre que puede y recriminándome los errores en cuanto tiene ocasión.

Pienso que debe de estar más sola que la una, nadie en su sano juicio querría estar con una persona como ella. No tiene horarios, llega la primera y se va la última. Los fines de semana se los pasa supervisando los eventos a los que normalmente acudimos. Y, aunque en alguna ocasión ha comentado —de pasada pues no es muy dada a hablar de su vida personal— que tiene un novio maravilloso, estoy segura de que solo es una mera invención para mostrarnos que tiene una vida perfecta, cuando en realidad da asco.

Vale..., yo no es que tenga una mejor vida. Tengo exclusividad en el trabajo y paso muchas horas también aquí; eso sí, me permito tener algunos fines de semana con mis amigas, mis chicas locas. Así las llamo yo, son muy variopintas, cada una con sus diferentes trabajos, pero formamos un grupo estupendo y lo pasamos de maravilla. Este año tenemos tres bodas. Mi amiga Elia, que es organizadora de eventos y banquetes, es la más cachonda de todas ellas y, cómo no, ha contratado nuestra empresa de *catering* para las mismas.

Dentro de un mes será la de Sara y Santi. Al mes siguiente la de Ana y José y, por último, la de Crisve con Miguel. Este año será una ruina en lo que se refiere a bodas, lo peor de todo es que seré la chef y también la invitada. Para colmo iré sin pareja porque soy una desgraciada desafortunada en el amor...

No me quejo, hace tiempo tuve un novio y la cosa no funcionó, ahora me limito a tener encuentros esporádicos con algún hombre, no voy a decir que me mantenga pura y casta..., pero no quiero ataduras. Aunque mis amigas insisten en que quieren verme con una pareja estable, ¿cuándo le dedico tiempo?, si soy un poco como la *malfollá*. Tengo que empezar a salir más y pasar menos tiempo en el trabajo. Juro que lo intento, pero esta amargada no me deja en muchos casos delegar, y mira que tengo personal muy competente porque poco a poco he ido fichando a varias personas, ayudantes que se han ido convirtiendo en cocineros válidos, sin embargo ella insiste en que todos los grandes eventos sean llevados y supervisados por mí. Conclusión: Pili se

come todos los marrones los fines de semana.

Tengo claro que dentro de tres fines de semana no será así. Paula, Rebeca y también Lucía, en su mayor parte han preparado la despedida de Sara. Elia ha elegido el lugar, y por el nombre, me suena a club de *boys* o *strippers*. Llamémoslo como quieras. Ella no ha puesto ninguna objeción, pero sé que cuando llegue el momento se va a rajarse. Es muy valiente para unas cosas y, a la hora de la verdad, muy cortada para otras. Creo que ninguna lo es a la hora de bailar con un hombre en pleno escenario, ni siquiera yo, que soy bastante desinhibida, podría hacerlo. Esas cosas no van conmigo.

—Edurne, te pongo en antecedente desde hoy que, dentro de tres semanas, tengo la despedida de soltera de mi amiga Sara. La primera en la lista de mis amigas casaderas. La de la boda que organizamos junto con la empresa de mi amiga Elia. Te acuerdas, ¿verdad?

—Me acuerdo de la boda, sí. Será dentro de mes y medio. Aunque no sé si podré darte permiso.

Tomo resuello un instante. Me importa muy poco lo que ella me diga. Voy a irme.

—Te estoy avisando con tiempo; si tenemos cualquier evento dejaré preparado con antelación la comida, y a Luis, Laura y Javi las instrucciones para cualquier imprevisto, pero yo no voy a estar ese día. ¿Me has entendido? —le pregunto con decisión.

No voy a ceder ni por un instante ante ese día, me merezco un descanso y las despedidas de mis amigas son sagradas.

—Todo se verá...

—¡He dicho que no! Si no quieres que salga ahora mismo por esa puerta y no vuelva, esta es mi última palabra.

Jamás me había puesto de esta guisa, imponiendo nada. Ella me mira desafiante y dibuja una sonrisa irónica.

—¿Y dónde crees que vas a ir? Solo tendría que hacer unas llamadas y no tendrías trabajo en ningún sitio —me amenaza.

—También yo podría hacer muchas llamadas y quizás no conseguirías ningún chef. ¿Acaso crees que no sé por qué me elegiste a mí, una persona sin experiencia? No había nadie que quisiera trabajar para ti. Al menos nadie famoso desde que despediste a mi antecesor.

Me mira desafiante, estira el cuello, y me deja allí plantada. Sabe que tengo razón, pero la muy bruja no va a aceptar su derrota. Pero quien ríe el último ríe mejor. Dentro de tres semanas yo me voy a ir. Ahora yo pongo las reglas y, si no, ya lo veremos.

Capítulo 4

He estado dos días con Mario, el empleado de Jorge, quien me ha enseñado cómo moverme. La verdad es que al principio parecía un pato mareado, pero luego me he ido soltando y ya no estoy tan agarrotado. Otra cosa será cuando salga allí mañana delante de todas esas mujeres mirándome, silbándome y vete tú a saber qué más cosas. He visto alguna película de mujeres desesperadas abalanzándose para tocar al *boy* y, aunque cuando se lo he comentado a Mario me ha asegurado que eso solo ocurre en las películas americanas, con la suerte que tengo, estoy seguro de que a mí me pasará. No obstante, me tranquiliza mucho pensar que hay dos hombres de seguridad que velan por que no haya ningún percance en las actuaciones. Si ven que la cosa se desmadra, enseguida ponen orden.

A la salida del club, Edurne me llama. Miro el reloj y me extraña que siendo las nueve haya acabado de trabajar. Le contesto escuetamente. Hoy no he sabido nada de ella en todo el día.

—¿Dónde estás? —inquire en tono hostil.

—He salido con los chicos —le respondo yo de igual forma.

—¿Otra vez?

—¿Y qué quieres, que espere a que me llames para hacer planes? Estoy cansado de esta situación.

Esto es increíble, que esté enfadada porque haga mis planes cuando ella nunca está en casa.

—Hoy he terminado pronto, quería cenar contigo.

Podría hacerlo, ya he acabado mi ensayo y pensaba irme a casa, pero viendo su actitud, paso totalmente. Es una egoísta. Como dice mi amigo, tengo que tomar una decisión y, teniendo en cuenta cómo se ha tornado el día de hoy, me parece que pronto lo haré.

—Lo siento, haberme avisado con tiempo, has tenido todo el día. Los planes no se pueden hacer de un plumazo y a tu conveniencia.

—Somos una pareja —replica cortante.

—¿Ahora lo somos? Últimamente me parece que solo somos dos compañeros de piso. Porque ya no tenemos ni roce... —le recrimino con saña.

—Eso ha sido muy egoísta por tu parte —refunfuña como una niña mal criada—. Tienes que entender que yo tengo una empresa que dirigir, la empresa familiar. Claro, para ti es más fácil, solo eres un jefe intermedio y ni siquiera la empresa es tuya. En caso de que hubiera un problema, no peligraría el legado familiar.

«¿En serio me está soltando esa pantomima?, no me lo puedo creer», me digo.

Cierro durante un momento los ojos y niego con la cabeza como si pudiera verme. Esta conversación es totalmente ridícula y está agotando mi paciencia, así es que decido cortar por lo sano.

—Perfecto, pues no dejes que tu legado familiar peligre, yo continúo mi fiesta, tú sigue con él como principal interés y estarás totalmente sola en la vida —concluyo, y cuelgo.

No me he despedido, no le he dicho nada y no es que vaya a dejarla, aunque con ganas me he quedado. Quizás haya sido un maldito cobarde, debería haberlo hecho, sin embargo ha habido algo que me lo ha impedido. Llámalo destino o simplemente que no es el momento, aunque sé que a la larga acabaré haciéndolo. Estoy al límite.

Tenía pensado ir a casa, preparar la cena y ver una peli, pero estando ella opto por cambiar mis planes, ir a un restaurante cercano y cenar. Hacer tiempo para—decida lo que decida— no crear un conflicto cuando llegue a casa. Estoy seguro de que regresará a su empresa, aun así, no quiero tentar a la suerte.

A las once y media, después de deambular un poco por las calles de Madrid, vuelvo a casa. Está acostada. Siento como si fuéramos dos extraños compartiendo una cama. Es triste pensar qué lejano ha quedado todo cuando éramos una pareja normal haciendo planes para un futuro...

Suspiro, turbado. Debería hacer caso a mi amigo, pero no sé por qué cuando estoy decidido a dejarla una fuerza sobrehumana me impulsa al lado contrario y nunca llego a hacerlo. Creo que es el miedo a estar solo, aunque realmente es así como me siento. Salvo porque duermo con ella casi todas las noches.

Intento cerrar los ojos, descansar un poco, pero apenas consigo dormir unas horas. De nuevo, una vez más, cuando me despierto ella no está a mi lado. ¿Qué voy a hacer?

No lo sé, pero tengo que tomar una decisión pronto porque esto es insostenible.

Capítulo 5

Y llegó el día de la despedida de mi amiga y, cómo no, mi queridísima y amada jefa ni se acordaba de ello. Hoy he tenido una buena bronca con ella a primera hora, pero me da igual, durante todo el día he procurado dejar todo listo y organizado para el evento que tendrá lugar mañana.

A las cinco de la tarde, cuando estoy dispuesta a irme, me intercepta.

—¿Dónde demonios crees que vas? —me pregunta malhumorada.

—Te lo he dicho esta mañana, pero como veo que eres dura de entendederas, te lo vuelvo a repetir —digo sin amilanarme ni un segundo—: tengo una despedida de soltera, ¡me marcho! Adiós. *Au revoir. Arrivederci. Adeus. Goodbye* —concluyo con chulería en varios idiomas para darle más énfasis a mi retirada.

—Como salgas por esa puerta, no te molestes en volver. ¡Estás despedida!

No digo nada más y me marcho. Estoy cansada de esta mujer y de esta presión. Por nada del mundo voy a perderme la despedida de una de mis mejores amigas.

Cuando llego a casa tengo que admitir que toda mi chulería se ha vuelto rabia, para qué negarlo. Pero no puedo dejar que esto me amargue uno de los días más importantes de mi vida. Así es que me meto en el bañera, me pongo música y me concentro en relajarme.

A la media hora un toque en la puerta me saca de mi ensimismamiento.

—Pili, hija, ¿estás bien?

—Claro, mamá, estaba intentado relajar tensiones.

—Llegarás tarde —me regaña.

—Gracias por recordarme la hora —respondo con retintín.

Vivir con mis padres tiene la ventaja de tener tranquilidad en cuanto a los temas de la casa, pero, en contrapunto, no tienes absolutamente nada de intimidad, aun así los adoro y he de reconocer que estaría perdida sin ellos dado lo caótica que es mi vida en la actualidad.

Salgo de la bañera a regañadientes y comienzo a prepararme, he quedado con las chicas en el centro. Cogeré el metro para no tener que preocuparme de lo que beba esta noche. Hoy voy a darlo todo.

¡Solo se vive una vez! Y mi amiga Sara se merece que lo pasemos de maravilla.

Me he vestido para la ocasión. Nada provocativo, pero más elegante de lo que habitualmente suelo llevar, que es unos vaqueros y una camiseta con unas deportivas. Así es que cuando salgo de mi habitación mis padres me miran totalmente asombrados.

—¿Habéis visto un fantasma? —les pregunto al ver que no dicen ni «mu».

—No, hija, ¡es que estás tan guapa! Y hacía tanto tiempo que no te arreglabas... —comenta mi madre emocionada—. ¡Ay! Ojalá hoy consigas un chico majo.

—¡Mamá! —la regaño—. Hoy solo salgo a divertirme, no a *conseguir* pareja.

—Lo que tú digas, pero nunca sabes dónde puedes encontrar el amor.

—Por supuesto: en la puerta del súper, en una cafetería, mientras vas a comprar tabaco... —enumero de manera irónica.

—¡Pili! Tu padre y yo nos conocimos de manera ocasional y llevamos casi treinta años casados.

—¡Eran otros tiempos, madre! —le respondo con sarcasmo.

—Lo que tú digas. Y ahora ve o llegarás tarde.

La observo marchar irritada, pero es cierto, yo no concibo el amor de esa forma, quizás porque mi ex se lió con una de mis mejores amigas y las cosas se ven desde otra perspectiva desde entonces. Con melancolía cierro la puerta de mi casa intentando borrar esos momentos y centrándome en lo importante: disfrutar de esta noche sin pensar en los hombres, solo en disfrutar de esta fiesta y de mis amigas.

Llego a la Puerta del Sol, salgo de la parada del metro y, veo que hay bastante gente ya a las siete de la tarde. Pero es que es un día muy caluroso. Cuando me voy aproximando diviso a mis amigas apostadas en la escultura del Oso y el Madroño —típico lugar donde todos los madrileños solemos quedar—. Ellas me hacen un gesto con la mano y me acerco rápidamente.

—Llegas tarde —me recrimina Elia en tono enfadado.

—Qué vas a esperar de la chef más importante de todo Madrid —interviene mi querida amiga Carmen en mi defensa—, está tan ocupada como siempre...

—Te quiero, *amigui* —le digo dándole un abrazo—. Solo han sido cinco minutos —me disculpo—. Además, tenías que haber visto la cara de mi jefa. Supuestamente —indico haciendo el gesto de las comillas con los dedos— me ha despedido por marcharme del trabajo. Hace más de tres semanas que la había avisado, pero me da igual, no me iba a perder tu despedida por nada del mundo, Sara.

—¡Eso significa que no me organiza la boda! ¡No me jodas, tía! —exclama ella nerviosa.

—Tranquila. Respira. Esta volverá con el rabo entre las piernas. ¿Dónde va a encontrar un chef con disponibilidad las veinticuatro horas del día? Seamos realistas.

—Tienes razón, eres tonta del bote —niega Lidia.

¡Habló la menos indicada! La que trabaja en una multinacional y tiene casi dedicación absoluta.

—La verdad es que me encanta mi trabajo, por eso no me cuesta nada dedicar tantas horas entre fogones. Está claro que el día que encuentre a esa persona que ocupe mi corazón no me

pasaré todo el tiempo allí.

—¿Y en que rincón inhóspito vas a encontrarlo, alma cándida? Si no sales de esta cocina.

—Estoy muy bien así, por el momento no quiero complicaciones.

—Sí tú lo dices... —responde Paula.

Todas mis amigas se encogen de hombros mirándose unas a otras y deciden dar por concluida esta charla. Yo lo prefiero, saben que no es algo que me guste, y realmente aún tengo un poco dolido el corazón por la ruptura con mi ex. No estoy preparada para una nueva relación.

Nos sentamos en una terraza, entre risas y algunos cubatas hacemos tiempo para cenar y para la sorpresa que Paula, Rebeca y Lucía han preparado a Sara. ¿Qué será? Dentro de una hora podremos descubrirla.

Capítulo 6

Todavía no sé por qué me dejé embaucar en este lío. Estoy detrás del escenario, observando la cantidad de mujeres que llenan el local. Mario me sonrío y me habla, pero estoy tan nervioso que ni siquiera escucho lo que me está diciendo. Es como si se dirigiera a mí desde el más allá. Sigo observando atónito al chico de la pista al ver cómo se desenvuelve allí, cuando Jorge, con un toque en el hombro, me saca de mi ensimismamiento.

—¡Eh, colega! ¿Estás aquí? Te quedan cinco minutos. ¿Estás preparado?

—Esto es una puñetera locura. ¡Estoy acojonado!

—Me he dado cuenta. No has escuchado nada de lo que te he dicho. Tranquilo, respira hondo, cuenta hasta diez y piensa que estás solo. Muévete al son de la música e imagínate que todas están desnudas. Te irá bien —comenta con soltura.

—¡Qué gracioso! ¡Como si fuera tan fácil! —le respondo enfadado.

—Estos días lo has hecho bien. No dejes que el miedo te invada. Eres un gran tipo. Has conseguido casi todo lo que te has propuesto en la vida, y digo «casi todo» porque no has podido quitarte a esa lapa de novia que tienes. Aún no entiendo por qué, tus motivos tendrás. No vamos a entrar en ese debate ahora, pero algún día deberás contarme qué demonios hace bien, porque ni es guapa, ni te satisface en la cama, ni te hace feliz, así es que ya me dirás...

—¡Joder, Jorge! ¡No empieces! ¡Ahora no!

—Lo sé, pero en algún momento tendrás que quitarte ese lastre. ¿Te imaginas que entre todas esas mujeres está el amor de tu vida? —pregunta señalando a la multitud de locas que vitorean al chico que está finalizando su actuación.

—¡No me jodas! Son todas unas desesperadas.

—Sobreactúan, como tú lo vas a hacer ahora. Solo vienen a pasar un buen rato. Algunas han bebido demasiado y no creo ni que se acuerden de lo que están haciendo. ¡Ahora sal ahí y disfruta! Te lo mereces.

Tomo una fuerte bocanada de aire, después lo suelto de golpe, me pongo el antifaz y cierro los ojos por un instante. Es la hora de hacer lo que nunca imaginé que haría hace unos días. Doy varios pasos desgarrados, miro hacia atrás, mi amigo asiente y con sus dedos pulgares hacia arriba me da ánimos; en ese momento entra mi antecesor, pone su mano para chocarla contra la mía, por instinto coloco la mano para hacer lo mismo, y me susurra:

—Adelante, ¡tú puedes, campeón!

Respiro e inspiro un par de veces para armarme de valor y salgo a la pista. Cierro durante un

segundo los ojos y al instante empieza la canción. Es rápida y las mujeres enseguida se levantan de sus asientos y aplauden al compás de la música. Eso me ayuda a desenvolverme con un poco más de soltura y centrarme en los movimientos que he ensayado.

Por el momento sigo con toda la ropa, aunque las mujeres ya están solicitando que me desprenda de ella, cosa que comienza a incomodarme. Sé que es lo que debo hacer, que es lo que han venido a buscar. Solo tengo que dejarme llevar y disfrutar —como me dijo Mario—, así es que, con un poco de seducción, muevo mi cuerpo y subo la camiseta de tirantes, el ambiente y los silbidos comienzan a ser patentes. Reconozco que mis abdominales —marcadas por los años de trabajo— son visibles. Veo como muchas mujeres se emocionan y se acercan a mí ofreciéndome billetes de diez euros que yo no cojo, alguna incluso parece molesta, así que al final me agacho y los atrapo lanzándoles un beso. Es el juego de este trabajo —aunque yo no estoy acostumbrado y me siento abrumado—. Después de quitarme la camiseta, sé lo que viene: el pantalón con corchetes a los lados. Con un solo tirón fuerte del centro me deshago de él. Lo he ensayado con mi compañero; es fácil, solo que ahora mismo estoy bastante asustado por hacerlo mal —se notaría mi inexperiencia—. No quiero fallar.

Sigo bailando, oigo a la mayoría decir: «¡quíatelo todo!» o «¡quíatelo ya!». Por lo que no puedo demorar más lo inevitable. Tomo aire, de nuevo cierro los ojos y, con un fuerte tirón, me deshago de él con maestría, como si lo hubiera hecho cientos de veces. Doy gracias por que ha salido bien. Lo lanzo al fondo del escenario, pese a que alguna mujer lo reclamaba. Ahora es cuando viene el remate final: si alguna de las novias intenta subir —según me ha comentado Mario—, se hace una pequeña excepción y se baila un poco arrimado a ella.

Veo como un grupo de amigas intentan convencer a una de ellas, que no parece por la labor, así es que creo que estoy de suerte, sigo bailando, ya no queda mucho de canción, aunque en el último minuto, tres amigas y la novia han subido al escenario —maldigo mi mala suerte—. Las veo forcejear mientras continúo moviéndome al son de la música y al final todas se bajan menos una, que alza sus manos en señal de no saber qué hacer. Todas las mujeres del garito solicitan que baile con ella. Como no queda mucho tiempo la cojo de la mano y, aunque no es la novia, decido hacer lo que me piden. Sé que no son las normas, pero no quiero cabrear a una mayoría de mujeres vitoreando que baile.

—Lo siento, esto no se me da nada bien —me dice algo avergonzada.

—Tranquila, relájate y disfruta —contesto como si fuera todo un experto.

«Si yo te contara...», pienso, y sonrío para mis adentros al verla tan azorada.

Al concluir, me quito la gorra de policía que llevo puesta a modo de saludo y ella se baja corriendo del escenario; creo que está muy avergonzada. Yo saludo en general al recibir los halagos del público y salgo de allí como alma que lleva el diablo.

Mi amigo me pregunta:

—¿Qué tal?

—Juro que no lo vuelvo a hacer, han sido los peores cinco minutos de mi vida.

—¡Tío, lo has hecho de maravilla! Creo que deberías repetirlo, pero en tus manos lo dejo. Lo he grabado todo. Te lo paso al móvil. Ahora queda la actuación de Curro y nos vamos de fiesta para celebrarlo.

—¡Está bien, tú invitas!

Me doy una ducha, pues he tenido que recubrir mi cuerpo con un gel brillante, y me cambio de ropa; solo quiero borrar esta noche para siempre y disfrutar de mis amigos.

Capítulo 7

¿Cómo es posible que haya acabado en el escenario bailando con el *boy*? Esa es la pregunta que me hago cuando bajo del mismo y a mis amigas partiéndose de risa.

—¡No tiene ni puta gracia! —les digo enfada—. Y que conste que como me oiga mi madre me manda de nuevo al colegio de monjas para que me laven la boca con lejía. ¡Joder, tías! Sabéis que detesto estos sitios, si estoy aquí es por la despedida de Sara, y acabo bailando yo con el musculitos. ¿En serio?

—¡A ver, que no cunda el pánico! —interviene Rebeca—. Sé que ha sido una encerrona, pero tienes que admitir que estaba bueno de narices.

—¡Menudo cuerpazo tenía el maromo! —comenta Crisve—. Un poco más de sobeteo no te hubiera venido mal, ¡qué siesa eres, copón!

—Chica, pues no sé por qué narices no te has quedado tú —respondo enervada.

¡Vaya amigas! Me la juegan y encima quieren que me dedique a tocar al muchacho, que solo está haciendo su trabajo. Pero ¿quién se han creído que soy?

Suelto un bufido y las miro con desgana. Ellas sonríen.

—¿Nos marchamos? —pregunto intentando meterles prisa.

—Terminamos las copas y después vamos a donde la señorita diga.

Juro que me encantaría asesinarlas con mis propias manos una a una, luego lo pienso y sé que no puedo hacerlo: primero porque es un delito, y segundo porque son mis mejores amigas, ¿qué haría yo sin ellas?

Espero pacientemente a que las petardas —que parecen estar disfrutando de mi cara de cabreo— terminen su consumición y nos marchamos de la zona de Malasaña —donde se encontraba el dichoso bar al que no pienso volver. ¡Lo juro por mis muelas!

Mis amigas son así: ahora estamos aquí, ahora vamos a otro sitio. Hemos decidido ir a *Sunset 80s*, un bar que nos gusta porque ponen música de los años ochenta en su mayoría. Menos mal que mucha gente se mueve en metro, por lo que nos ha sido más fácil encontrar un taxi; a estas horas lo que menos nos apetece es compartir los maravillosos olores que tiene la gente que regresa a sus casas.

Me siento al lado de Elia y ella me mira seriamente.

—No te enfades, sabes que era una broma.

—Ya, tía, pero todo esto no va conmigo.

—Lo sé, pero hoy es el día de pasárnoslo bien, así que alegra esa cara, ¿de acuerdo? Olvídate

del cachitas y vamos a beber hasta perder el sentido. Yo al menos lo necesito. Y oye, si hoy duermes acompañada de un buen hombre, cachas o no, ¡pues alegría para el cuerpo!

Tiene razón. Necesito olvidarme de todo, pero hoy hombres creo que no.

—Hoy es la despedida de Sara, nada de hombres.

—Nadie te lo reprocharía, apenas sales, así es que si encuentras compañía masculina, yo por supuesto no te voy a impedir que te vayas con él.

Niego con la cabeza y miro a Lidia, está acostada en el asiento trasero. Creo que hoy apenas ha dormido. Ha llegado desde Valencia, donde trabaja, y creo que ni ha dormido. Elia y yo nos miramos haciendo un gesto de que no tiene remedio. Es incluso más adicta al trabajo que yo. Me recuerda a veces a mi exjefa.

Tras llegar al destino y pagar al taxista, entramos y me doy cuenta de que hoy hay bastante gente. Solo necesito tomar una copa y olvidarme de lo sucedido. Hay una mesa libre, así es que me apodero de ella junto con Elia, Lidia y Carmen, el resto de nuestras amigas van a pedir. Como ya conocemos qué es lo que toma cada una, es mucho más fácil distribuirnos y buscar sitio para tantas chicas.

La verdad es que el local nos gusta, está bien para pasar el rato, tomar algo y disfrutar de la música antigua. Una vez concluida la primera ronda, soy yo la que va a pedir la segunda. Hemos puesto bote, pero las chicas se han empeñado en que sea yo quien me encargue con Lidia y Elia, porque dicen que hay muy buena «mercancía» —palabras textuales de Cris y Lucía— en la barra. Las pobres van un poco afectadas ya.

—Deberíamos llevarlas a casa —les digo a mis otras amigas.

—Déjalas que disfruten, es la despedida de Sara.

—Mira que decir que hay muy buena mercancía... ¿Desde cuándo tratan así a los hombres? —le pregunto a mi amiga Elia.

—Hoy sí que están un poco sueltecitas, para qué voy a negarlo —me responde ella con una sonrisa.

—¿Qué se han tomado antes de que yo llegara?

—Llevan todo el día de fiesta, así es que no puedo decirte nada —me comenta Elia, que ha estado con ellas.

—¿Y tú? —inquiero sorprendida.

—Mañana tengo una boda, no puedo beber demasiado.

—Pues yo estoy de despedida, así es que paso de todo —comento tomándome de un solo trago el chupito cortesía del camarero.

Le guiño un ojo mientras continúa sirviéndonos las bebidas.

—¿Qué ha sido eso?

No contesto a mi amiga, solo sonrío y cojo las consumiciones de las demás. Voy tan despistada

evitando el interrogatorio de Elia que, al darme la vuelta, no me doy cuenta y me encuentro de frente con otro hombre bastante fornido, derramando una de las bebidas en su camiseta.

—¡Mierda! ¡Lo siento! —me disculpo mientras pienso que el sino de mi noche son los hombres corpulentos. Primero el *stripper* y ahora este.

Él me mira al principio hastiado, pero después parece que le divierte.

—Tranquila, así me he refrescado —responde divertido.

—¡Déjame que te ayude a limpiarte! —exclamo depositando las copas de inmediato en la barra y buscando en mi bolso unas toallitas húmedas—. ¡Dios, qué apuro! —siseo esto último para mis adentros.

—Tranquila, no es más que alcohol, un poco más... —dice dibujando una bonita sonrisa y tomando mis manos para que pare.

—Lo lamento, en serio. Seguro que dejará mancha. Dime cómo puedo compensarte.

—Invítame a una copa y listo.

—¡Eso está hecho, tengo que pedir algo a mi amiga o seguro que va a matarme si no le llevo el cubata!

Me hace una reverencia para que pase y vuelvo a la barra, el camarero no parece muy contento con la nueva compañía y pido su consumición y la de Sara. Luego me despido y llego a donde están mis amigas.

—¡Joder! Lo tienes en el bote, vaya táctica la de tirarle el cubata —comenta Lidia.

—Tía, que no ha sido adrede, tropecé —respondo irritada.

—Pues yo iría a por él. Ahora mismo está hablando con sus amigos y no deja de mirar hacia aquí.

—No me toquéis las narices, he sido amable y le he invitado, nada más.

—Como quieras, pero si quieres tienes tema del bueno.

Cierro los ojos y respiro hondo, cuando quieren estas amigas más pueden ser lo peor.

Capítulo 8

No me puedo creer que cuando vamos a tomar algo, me choque con la chica que subió a bailar al escenario, tengo que admitir que la pobre estaba aún más nerviosa por tirarme el cubata encima que cuando sus amigas le tendieron la trampa y la dejaron allí conmigo. Al fijarme más detenidamente en ella —pues allí arriba no he podido más que centrarme en bailar— me doy cuenta de que es bastante atractiva, y que sus nervios la hacen irresistiblemente sexy. Así es que por una razón que no entiendo, coqueteo un poco con ella cuando se disculpa conmigo.

Al regresar con los chicos, me miran alucinados.

—¿Tú no ibas al meadero? —me pregunta Jorge—. ¡Joder! Mira que nos esperas para pedir, ¿eh?

—Claro, si a eso iba, pero no vais a creer lo que me ha pasado. Cuando estaba de camino una mujer me ha tirado una copa encima. En compensación me ha invitado a una copa.

—¡Vaya suerte tienes! Y encima estará buena —interviene Mario, que también se ha venido a tomar algo.

—Sí, no está mal —respondo haciéndome el interesante.

—¿Y te ha dado su teléfono? —cuestiona Sebas, que es el único que nunca suele ligar porque, desgraciadamente, no es de los que resalte por su físico, aunque es un gran tipo.

—No, pero está allí con ese grupo de chicas.

—Pero ¿esas no son las de una de las despedidas de solteras? —pregunta Jorge después de fijarse durante un rato en ellas.

—¡Ajá! Y la mujer con la que he chocado es la que se quedó en el escenario, la amiga de la novia.

—¿En serio? Esto es una señal, Gonzalo —interviene Sebas—. Dos veces en un mismo día. Creo que ya va siendo hora de que pases de Edurne y te acuestes con una mujer en condiciones.

—No voy a engañarla, no soy así.

—¿Y si piensas que ella está siempre trabajando y en realidad te la está pegando con otro? El chef, por ejemplo —me pregunta Jorge metiendo el dedo en la herida.

—Es una mujer —respondo enojado.

—¿Cómo estás seguro? ¿La conoces?

—No, nunca he ido a su empresa. Jamás he pisado por allí.

—¿Entonces? Ahí lo tienes. Yo que tú aprovecharía esta oportunidad. ¡El universo te está mandado señales! Una preciosa morena con la que ya te has topado hoy dos veces en el camino.

¿Qué más quieres?

—He dicho que no, fin de la conversación.

Al ir a la barra a pedir, miro de reojo a las mujeres y me encuentro con la mirada de la preciosa morena que me sonríe. De inmediato me doy la vuelta y pido para mis cuatro amigos, después me centro en disfrutar de la noche. Ya les he dicho que no quiero hablar más del tema.

Nos marchamos del bar y continuamos la fiesta hasta las cuatro de la mañana, estoy agotado y decido poner fin a la noche. Me dirijo a la parada de taxi más cercana. Cuando detengo a uno que viene con el luminoso verde, una mujer se mete por la otra puerta, pero no voy a dejar que me roben lo que es mío.

¡Esto es el colmo!

—¿Tú? —pregunto incrédulo al ver que se trata de la misma mujer del bar y del club de Jorge.

—¡Lo siento, pero este taxi es mío, lo he llamado por teléfono! —comenta esta vez con tono enfadado.

—Lo he parado yo, ¿verdad, señor? —pregunto al chofer.

—Pónganse de acuerdo, a mí me da igual, o mejor, compartan el trayecto ya que parecen conocerse, ¿no les parece? Pero rápido, que esto corre.

La miro un poco airado y después decido que no me parece mala idea.

—¡Está bien! Por mí perfecto.

—De acuerdo. Primero el caballero.

—¿Yo? ¿Por qué yo? —le planteo receloso.

—Porque no quiero que sepas dónde vivo. Podrías ser un acosador.

Suelto una carcajada y decido darle la dirección de un hotel, creo que al final voy a dejarme llevar si ella accede. Me gusta esta mujer y ¡qué demonios! Sebas tiene razón, no estoy totalmente seguro de que Edurne no tenga una relación con alguien. Ya ni siquiera tiene ganas de mí.

—¿Sabes que hoy hemos coincidido tres veces en un día? —le pregunto, y ella me mira confundida.

—¡Lo sabía! Ese olor..., tú eres el *boy*. Nunca olvido un olor.

—¡Exacto! Tienes unas amigas muy brujas, mira que dejarte arriba tirada...

—Un poco, pero son las mejores, para qué negarlo.

—¿Y no crees que el destino nos está mandando algún tipo de señal?

—¿Estás intentando ligar conmigo? Porque no te está funcionando —me responde tajante.

—¿Te apetece acostarte conmigo? Porque me muero por tenerte esta noche en mi cama, desde que te has subido a ese escenario. Nada de complicaciones, solo una noche —le suelto, y la verdad es que no sé muy bien si el que habla soy yo o el alcohol.

El caso es que ya lo he dicho y ella aún no ha contestado. El taxista mira por el retrovisor, creo que un poco sorprendido por mi propuesta, tan atento a la respuesta de la mujer que tiene que

pegar un rápido volantazo por su despiste.

—¡Oiga, caballero! ¿Puede centrarse en la conducción? —inquiero molesto.

Suelta un suspiro exasperado y gruñe algo entre dientes. Ella sigue sin decir nada y tengo que admitir que yo empiezo a desesperarme.

—Caballero, ya hemos llegado —indica el taxista—. Son veinte con sesenta.

Pago al taxista, la miro, alargó la mano para que me acompañe y espero pacientemente durante unos segundos su respuesta.

Capítulo 9

Mis amigas han estado toda la noche intentado convencerme de que el chico con el que me he chocado es un buen partido para pasar una velada inolvidable, pero yo no lo veo. No voy a negar que está muy bien y todo lo que quieras, no obstante, no es mi tipo. Los hombres altos y con cuerpos formados me hacen sentirme inferior. Soy bajita y, aunque no tengo mal cuerpo, desde mi ruptura con Arturo me siento como poca cosa con hombres tan atractivos.

Las chicas han decidido quedarse un poco más y yo las he dejado divirtiéndose, hoy he madrugado mucho y sé que mañana me tocará trabajar, aunque haya dicho que no iba a hacerlo. No me creo que Edurne se las apañe sola con mis ayudantes y, aunque me ha despedido, creo que como haya alguna complicación me llamará, lo tengo claro, eso sí, ahora seré yo quien ponga las reglas.

Salgo del último bar y llamo a la compañía de taxi, no tarda mucho en llegar uno. Pero cuando veo que un hombre intenta robarme el coche, me adentro rápidamente en él y compruebo que se trata del mismo con el que he chocado en el bar.

¿Cómo es posible? Mi cara parece un poema mientras discutimos quién se queda con el taxi. Al final el conductor nos propone llevarnos a los dos, no nos parece un mal plan, pero yo decido que sea él el primero en anunciar su trayecto. No quiero que sepa dónde vivo. ¿Y si se trata de un acosador y este encuentro no es meramente casual?

La vida me ha enseñado que no podemos fiarnos de nadie. No parece un mal tío, pero tanta casualidad...

Es entonces cuando me suelta que hoy nos hemos visto tres veces. ¡Ya decía yo que me sonaba su olor! Nunca olvido un aroma y el suyo es demasiado peculiar: pimienta negra, cítricos y una mezcla como a flores blancas.

El tío se hace el gracioso y yo la dura, creo que intenta ligar conmigo, aunque no se lo voy a poner fácil, pero entonces me hace una propuesta, directa y concisa:

—¿Te apetece acostarte conmigo? Porque me muero por tenerte esta noche en mi cama desde que te has subido a ese escenario. Nada de complicaciones, una noche y después nada más.

Jamás nadie me había hecho una pregunta así. Tengo que admitir que el tipo es bastante valiente. Nos mira hasta el taxista y él le increpa que se concentre ya que ha tenido que dar un volantazo porque otro conductor ha tocado el claxon. Yo sigo mirándolo aún impresionada por la cuestión que me ha planteado, dudando qué hacer.

No voy a negar que llevo bastante tiempo sin acostarme con alguien, y él es un hombre que

está muy bien.

«A ver, bonita, no te mientas, está requetebién», me digo a mí misma.

De todas formas, sigo dudando, solo sería sexo, ¿estamos seguros de que es así? Yo sí lo estaría, yo lo he tenido antes, ¿y él? Porque empiezo a dudar que estos dos encuentros después de nuestro bailecito sean casuales.

El vehículo se detiene, él extiende su mano y yo cierro un segundo los ojos pensando qué hacer. Por un momento en mi cabeza tengo la típica escena de todas las películas en las que salen el ángel y el diablo. Y en ellas veo a mis dos amigas.

El ángel es Elia, que me dice que no vaya con él, que no parece trigo limpio; y en el lado opuesto está mi amiga Lucía, que es como una diablesa —que, aunque normalmente es muy buena persona, es de las que les gusta meter cizaña cuando tiene ocasión—, diciéndome que aproveche la oportunidad, que la vida son dos días y este hombre está como un queso gruyer.

—¿Te vienes? —insiste.

«No lo dejes escapar», vuelve al ataque mi conciencia maligna, ganando la batalla.

—Señorita, no tenemos toda la noche. Si no se baja ya, subo de nuevo la bandera.

Agarro su mano y pienso que la noche es joven y yo también. Que necesito un desfogue para aliviar tensiones y que mañana será otro día y me olvidaré del *boy*. Además, seguro que tengo que ver la cara de la *malfollá*. Al menos yo sí que habré tenido sexo, y espero que del bueno, porque cuando salgo detrás de él no puedo evitar fijarme en su culo prieto y ¡qué demonios! no está nada pero que nada mal.

—Pensé que no ibas a aceptar —afirma cuando vamos andando de camino a un hotel.

—No lo tenía claro. No pareces un mal tipo, y no es que no haga esto, entiéndeme, tampoco soy una santa que no tiene relaciones —aclaro, y él sonríe—, lo que pasa es que el tema de coincidir tres veces me ha dado mal rollo.

—¿Piensas que lo he provocado yo? ¡Tú estás mal! —concluye en tono molesto.

—A ver..., dejemos las cosas claras, un poco raro es, para qué negarlo.

—¿Tú no crees en las casualidades? Porque yo soy de los que piensan que a veces las cosas pasan por algún motivo —asegura con convencimiento.

—En eso te doy la razón, aunque yo soy más de las que piensan que todo el mundo tiene escrito su destino.

Me doy cuenta de que cuando estaba a punto de hacer el primer programa para *MasterChef* fue cuando mi exjefa me llamó para trabajar. ¿Casualidad o destino? Quiero pensar que fue lo segundo, aunque a veces pienso que fue pura casualidad. Nunca lo sabré.

—No soy de los que cree en el destino como tal, en el sentido de que no lo tenemos escrito desde que nacemos hasta que morimos. Nosotros vamos forjándolo con nuestros actos y siempre podemos volver a escribirlo.

—Quizás tengas razón y esto estaba escrito, por eso a la tercera va la vencida —le digo dibujando una sonrisa al llegar a la recepción del hotel.

Capítulo 10

Aún no puedo creer que ella haya aceptado, que estemos en la recepción de un hotel y que vaya a hacerlo. A veces he imaginado cómo sería el momento en el que daba este paso, ahora estoy aquí y siento un poco de angustia, también liberación. Es una mezcla de emociones, sé que en cuanto dé este gran paso nunca podré volver atrás, aún estoy a tiempo.

«¡No seas idiota, ella no te quiere!», me dice la voz de mi conciencia.

Tengo claro que, si realmente lo hiciera, no llevaríamos tanto tiempo en esta situación. Puede que la culpa no sea solo suya, lo admito. Pero cuando llevas tanto tiempo aguantando ciertos desplantes, la paciencia se agota.

Reservo la habitación, ella se ha mantenido al margen. Imagino que al ser algo informal no quiere ni saber mi nombre, y después subimos rápidamente a la misma. No me ha molestado, esto es solamente sexo. No necesito impresionarla. Los dos sabemos lo que queremos.

Cuando entramos y me acerco a besarla, ella me mira un poco sorprendida y me pregunta:

—¿Dónde ha quedado el romanticismo? Entiendo a lo que hemos venido, pero ¿ni una botella de champán, ni rosas encima de la cama? ¡Vaya, chico *stripper*, tú si que sabes cortejar a una dama! Pensé que te lo ibas a currar un poco más. No soy una chica facilona, te lo advierto.

Arqueo mis cejas totalmente sorprendido. ¿Me lo está diciendo en serio o pretende quedarse conmigo? Cojo el teléfono de la recepción, si quiere champán lo pido, no tengo ningún problema. Aunque no soy de esos tipos que necesite preliminares.

¡Claro, que ya he perdido la costumbre para cortejar a alguien!

—No es necesario... —me dice cogiendo mi mano para que cuelgue y llevándome a la cama.

Cierro los ojos, todo esto me asusta un poco, no voy a negarlo. Una cosa es tomar la decisión y otra dejarse llevar. Quizás sea la mejor opción porque debo admitir que no sé muy bien qué es lo que tengo que hacer. Después de tanto tiempo estoy un poco desentrenado.

Me empuja hacia la cama y me dejo caer.

—Vaya, todo un machote en el escenario y luego eres bastante dócil en la cama. ¿Sabes? Eso me gusta, no te lo voy a negar.

Suelto un suspiro de resignación. No debería estar siendo tan impasible, pero aún estoy asustado.

—¡Aún huele a alcohol! —dice cuando me quita la camiseta.

Yo me dejo hacer, acaricia mi pecho y siento una corriente que enciende todo mi cuerpo como si me acabaran de programar activando un interruptor.

«¡Joder! Esto va a ser demasiado rápido», pienso.

Como no me concentre en otra cosa, va a ser un puñetero desastre.

—Chico *stripper*, ¿estás nervioso? —me pregunta al notar como mi cuerpo tiembla.

—No, solo es que tus manos parecen ásperas.

—Digamos que trabajo con ellas.

—¿Y a qué te dedicas? —le pregunto intentando evadirme un poco de la tensión de mi cuerpo.

—Nada de preguntas personales, una noche de sexo. Ni siquiera te diré mi nombre. Tú serás el chico *stripper* y, si quieres, yo puedo ser la amiga de la novia. ¿Te parece? —pregunta mientras desabrocha mi pantalón y con agilidad introduce su mano por debajo.

—¡Joder! —jadeo.

—Vaya, vaya, chico *stripper*. No me digas que estás bastante excitado, porque apenas me has tocado y yo estoy igual que cuando he venido.

—Es solo..., que... —intento decir algo mientras ella no deja de acariciar mi glande.

—Vamos...

Intento concentrarme y pensar en Edurne, en lo que va a pensar cuando se entere.

«¡Sí! Eso es, por el momento piensa en ella», me digo.

No está bien, pero al menos no conseguiré acabar antes de que ella ni siquiera haya empezado. Parece surtir el efecto deseado porque, aunque estoy excitado, no aumenta más esta tensión que siento en todo el cuerpo y amenaza con romperme en dos. Así que me fijo en su camisa, intento desabrochar los botones, aunque es tal mi torpeza, creo que también los nervios y la tensión se unen a la ecuación, que al final ella tiene que ayudarme sacando la mano de mi pantalón, cosa que agradezco. Una vez que hemos concluido esa tarea, me ayuda también con su ropa interior dejando al descubierto sus pechos. Yo me centro en ellos y hago que esta vez sea ella la que suelte un gemido.

Me gusta que al menos se cambien los papeles. Centrado en ese menester, mis manos vuelan hacia su pantalón ajustado bajándolo lentamente, dibujando el contorno de sus caderas; su cuerpo tiembla, noto como se estremece con mi contacto. Ahora es ella la que está rendida a mis pies. Aunque el juego dura poco porque, como mujer fuerte y autoritaria que me ha demostrado ser, suelta:

—¿Nos dejamos de jueguitos y pasamos a la acción?

La verdad es que me gusta. Es increíblemente sexy y a la vez dura. Pasa de estar sometida a manejar las riendas en décimas de segundo. Me pregunto a qué se dedicará, pero me imagino que tiene que dirigir algo, como Edurne. Aunque si me pongo a comparar no tienen nada en común, son como polos opuestos en todos los sentidos: una rubia, la otra morena; una divertida, la otra una amargada... Lo dicho, polos opuestos. Ahora solo me toca comprobar si en la cama también lo son.

Capítulo 11

Este hombre me ha dejado totalmente sorprendida. Cuando hemos llegado, le he tomado un poco el pelo, más que nada para aliviar tensiones, y creo que él se ha pensado que iba en serio, tanto que ha intentado llamar al servicio de habitaciones para pedir champán. Al final lo he frenado y he tomado la iniciativa.

Lo que me sorprende es que lo veo como muy parado para ser un *boy*, algo me falla. Con la profesión que tiene debería ser mucho más atrevido, y no he hecho más que comenzar a acariciarlo y se ha tensado. No obstante, continúo con mi juego y al final se activa, tanto que si no lo freno soy yo la que sale mal parada, por lo que concluyo dejar la seducción y pasar a la acción.

—¿Tendrás protección? —le pregunto una vez que estamos prácticamente desnudos.

Por un momento se queda mirando y creo que el que me está tomando el pelo es él cuando me responde:

—No.

—Vamos, chico *stripper*, ¿no me digas que no llevas un preservativo a mano?

—¡Joder, no!

¡Este tío de qué va! ¿Se quiere acostar conmigo sin protección?

Me levanto como un resorte directa a por mis cosas. ¿Esto es una clase de broma?

—Espera..., voy a arreglar esto. ¡No te muevas! —me exige.

Se incorpora como su madre lo trajo al mundo y se mete en el baño, tarda décimas de segundo en salir con un albornoz y de inmediato abandona la habitación. Aún estoy un poco en *shock*. ¿De dónde demonios ha salido este hombre? Una parte de mí quiere huir de aquí, realmente es todo muy extraño, aunque otra quiere averiguar cuánto tarda en conseguir la maldita protección.

Pasan más de cinco minutos y no hay señal de él, así es que decido que me voy a ir, que todo ha sido una broma de mal gusto. Aunque tiene aquí la ropa, pero puede que lo haya pensado mejor y se haya ido, incluso con el albornoz, o tuviera ropa en otra habitación.

¡Mierda! ¿Y si todo es una broma de mis amigas?

Estoy segura de que sí, y no tiene ni puñetera gracia. Me levanto de nuevo de la cama, cojo mi ropa de muy mala gana. ¡Me las van a pagar! ¡Lo juro! Y cuando estoy empezando a vestirme, aparece el chico *stripper* con cara de angustia.

—Lo siento, no sabes lo difícil que ha sido que alguien me diera un puñetero preservativo. En recepción no tenían y he ido puerta por puerta. Algunos me han tomado por un acosador y otros directamente me han tomado por un loco...

Suelto una carcajada al imaginarme la situación. Creo que en mi caso le hubiera dado una patada en las pelotas si aparece de esa guisa.

—¿Te marchas?

—Para serte sincera pensé que todo esto lo habían orquestado mis amigas. Son muy dadas a tomarme el pelo, como lo de dejarme arriba en el escenario.

—¡Mierda! Lo siento, yo... No suelo hacer estas cosas con mucha frecuencia, por eso no llevo protección en la cartera.

Lo miro extrañada. ¡Vaya dos estamos hechos!

—Está bien, me quedo, pero haz que valga la pena.

—Lo intentaré, pero, como te he dicho, estoy un poco oxidado.

De nuevo me hace reír y él parece que también se relaja contagiándose con mis risas. Vuelvo a desvestirme y él se quita el albornoz acercándose a mí. La verdad es que su cuerpo es digno de admiración.

Me tumba en la cama y esta vez, sin muchos miramientos, con las caricias cargadas de deseo, hacemos que la temperatura de la habitación aumente al menos diez grados en apenas segundos. Su cuerpo en contacto con el mío hace que todavía aumente un poco más, y cuando se enfunda la protección me embiste con rapidez, sin apenas darme tiempo de reacción. Hunde su cara en mi cuello, mordiéndome despacio, los movimientos de caderas hacen que casi pueda tocar el cielo en apenas segundos. No sé si es mi falta de sexo o simplemente la espera lo que ha provocado que esté al límite, aunque puedo notar que él está igual al soltar por su boca:

—¡Joder!

Y sigue embistiéndome con fuerza. Moviéndose aún más rápido hasta que siento que no puedo más y no opongo resistencia transportándome a una maravillosa y placentera sensación. Él también se ha rendido y ambos hemos concluido al mismo tiempo.

Me mira complacido y yo tengo que admitir que no ha estado mal, poso la cabeza en la cama y me relajo un poco antes de vestirme y marcharme.

Capítulo 12

No me puedo creer que me haya tenido que recorrer varias plantas para encontrar un puñetero preservativo. Si es que ¿quién me iba a decir que hoy iba a acostarme con una mujer que no fuera Edurne? Para ser realistas, tener sexo, porque llevo de seco al menos un año.

Sí, tiene razón Jorge, no sé si ella me está engañando, así es que he visto la oportunidad y ¡qué demonios! Estoy demasiado cansado de esperar. Aunque esto ha sido algo surrealista. Cuando he bajado a recepción la mujer me ha mirado con cara de pocos amigos al verme de esa guisa. Después de mi pregunta no quiero ni pensar lo que habrá pensado y, para colmo, lo de ir de puerta en puerta de las habitaciones.

¡Al final lo conseguí! Un buen samaritano se ha apiadado de mí y me ha dado no uno sino tres. ¡Qué se pensará que voy a hacer! ¿Una orgía?

Cuando he llegado allí estaba ella, la amiga de la novia —que así es como ha dicho que la llame—, dispuesta a marcharse. Después de explicarle lo que ha sucedido y descojonarse un poco de risa, hemos pasado a la acción y ha sido totalmente excitante. ¡Una experiencia muy gratificante!

Claro, que tras llevar casi un año sin sexo creo que cualquier experiencia es buena lo mires por donde lo mires.

—¿Ha merecido la pena? —inquiero mirándola fijamente.

—No voy a decirte que no. Y aunque dijimos que nada de preguntas personales, tengo curiosidad. No me contestes si no quieres, pero ¿cómo un tipo como tú, con una carrera de *stripper*, no hace estas cosas con mucha frecuencia?

—Digamos que he salido de una relación hace poco —le miento.

—¡Vaya, vaya! ¡Qué interesante! Seguro que a tu expareja no le molaba nada que te tocaran las lomas que van a estos sitios; lo entiendo, a mí tampoco me gustaría si tuviera un novio como tú.

La miro algo asombrado con su respuesta.

—Tampoco hace mucho que trabajo en esto —respondo.

—¡Oh! Entonces lo haces por despecho —sigue insistiendo—. Tengo que decirte que no lo haces del todo mal, me refiero a lo de ser *stripper*. Aunque no soy muy objetiva. No suelo frecuentar estos lugares.

Suelto una carcajada y me acerco a ella un poco meloso. No sé si querrá seguir con el juego. A mí no me importaría.

—Es tarde —me corta—, debo volver a casa.

—¿Tienes un marido celoso que te espera?

—No, pero sí un trabajo mañana al que acudir.

—El de esas manos delicadas pero trabajadas, ¿no?

—Exacto —responde sin más.

—No vas a contarme nada, ¿no es así?

—Lo siento, nada de temas personales. Dijimos que solo sexo. Es lo mejor, ¿no te parece?

—Sí, por supuesto. Aunque podrías quedarte, es tarde. Una mujer sola a estas horas...

—Vamos, chico *stripper*, ¿te preocupas por mí? Soy adulta, no me pasará nada. Pero hagamos una cosa: puedo mandarte un mensaje si te quedas más tranquilo.

—¿En serio me vas a dar tu teléfono? No puedo creerlo. Eso es algo mucho más que personal, amiga de la novia —le digo con sorna.

—Si no piensas acosarme puedo arriesgarme. ¿Lo harás, chico *stripper*?

—A todas horas: mañana, tarde y noche. Porque siento comunicarte que es mi segundo trabajo, acosador de día, *stripper* de noche.

—Si ya sabía yo... —contesto con una sonrisa maliciosa—. Algo malo tenías que tener.

Me encojo de hombros mientras observo como se viste. Es muy guapa: morena, con un cuerpo delgado y moldeado. Ella sonrío mientras la admiro. Cuando termina, me coge el teléfono y graba su número y hace una llamada.

—Ya está, lo he grabado como «amiga de la novia». Tengo dudas en cómo guardarte en mi móvil entonces, si como chico *stripper* o como acosador. Lo haré como lo primero, espero no tener que cambiarte el mote.

Ahora soy yo el que sonrío. Es increíblemente graciosa. La verdad es que, aunque dije que solo sería sexo sin compromiso, no me importaría lo más mínimo seguir conociéndola. Y la idea que se me está pasando por la cabeza es bastante atrevida. Quizás de vez en cuando le escriba, no en plan acosador como le he comentado, y así intentar volver a quedar con ella. Como he dicho, el sexo ha sido gratificante y por mi parte hubiera repetido, así que quizás podamos volver a hacerlo. En sus manos está. Yo, desde luego, lo intentaré.

—Me voy, chico *stripper*, que tengas una buena noche —se despide y me da un beso en los labios.

—Ten cuidado, amiga de la novia, espero ese mensaje, no me falles. Buenas noches.

—No lo haré.

Hace un gesto militar y se marcha. Yo me quedo tumbado en la cama. Hoy no voy a regresar a casa. No espero que Edurne me llame o me escriba a estas horas, y si lo hace me da igual, no pienso contestarle. No me siento con ganas de enfrentarme a ella. Tengo que tomar una decisión después de lo ocurrido, aunque lo primero que tengo que averiguar es si tiene un lío o no.

Capítulo 13

En un repentino e inesperado arranque de locura le he dado mi número de teléfono. Todavía no sé por qué lo he hecho. Pero al verlo preocupado por mí cuando me iba a marchar a estas horas, me he dado cuenta de que no es un mal tío, todo lo contrario. Espero no equivocarme con él.

Mientras bajaba en el ascensor he llamado a la empresa de taxi y ya me espera uno en la puerta. Me dirijo a mi casa pensando en lo sucedido. Al final voy a tener que dar la razón a mis amigas. No sé si se lo voy a contar. Son demasiado cotillas y me harían miles de preguntas sobre el tío.

¡Decididamente no voy a hacerlo!

En cuanto llego, mi madre se despierta y me pregunta:

—¿Cómo ha ido la despedida? Parece que os habéis divertido. ¡Vaya horas!

Sabía que tenía que decir algo. Tengo casi treinta años, pero no deja de tratarme como si fuera una niña de dieciséis.

—Bien, mamá. Vuelve a la cama, es tarde —le digo en voz baja para que no despierte a mi padre.

—¿Mañana no trabajas?

—Aún no lo sé, si me necesitan, me llamarán.

No les he dicho nada de lo sucedido con mi jefa, simplemente porque no creo que sea cierto lo del despido. Nunca hemos tenido una discusión de tal calibre, aunque sí hemos llegado a muchas broncas y amenazas, pero nunca así.

—Pues vete ya a la cama también. Es tarde.

—Buenas noches, mamá.

—Buenas noches, hija.

Me tumbo en la cama y, cuando estoy a punto de cerrar los ojos, me acuerdo del mensaje que le he prometido al chico *stripper*.

He llegado sana y salva. Gracias. Buenas noches.

La respuesta no tarda ni un minuto, creo que la tenía hasta preparada.

¿Dónde vives, en Galapagar?

Me alegro. Descansa, amiga de la novia. Buenas noches.

No puedo más que soltar una risa ahogada en mi cuarto. Me ha hecho gracia lo de Galapagar. La verdad es que me he olvidado de escribirle, con la charla de mi madre ni cuenta me he dado.

No le contesto ni voy a darle más pistas de mi situación. Nada de temas personales, además simplemente era para avisarle. Aunque algo me dice que esto no ha sido más que el principio de una serie de mensajes que se repetirán.

Cierro los ojos con una sonrisa tonta y el sueño no tarda en llevarme a los brazos de un hombre encantador.

...

Mi teléfono suena insistentemente, miro la hora y veo que son las once de la mañana. Evidentemente mi madre no me ha despertado porque ayer eran casi las seis cuando aparecía por la puerta de casa. Lo cojo con cierta desgana y miro de quién se trata. No es otra que mi jefa.

«Si ya sabía yo que no iba a tardar mucho en llamarme».

—¿Qué demonios quieres?! —contesto enfadada.

—Necesito que vengas aquí de inmediato. ¡Es una orden!

—¿Perdona?! ¡Tú ya no me das órdenes! Creo recordar que ayer me despediste.

—¡Te readmito! —insiste alterada.

—¡Ah, no! Las cosas no funcionan así, ahora te despido, ahora te readmito. Lo siento, Edurne, ahora yo pongo las reglas.

—¿Qué?! ¿Dé qué reglas me estás hablando? ¿Estás loca? Haz el favor de venir de inmediato. Tus ayudantes están liando una de mil demonios.

—Ya lo dudo, son muy profesionales, aunque claro, si les chillas como estás haciendo ahora conmigo, es normal que no den pie con bola. Pones nervioso a todo el mundo. Haz el favor de calmarte y la gente se calmará. Y en lo que respecta a mi trabajo, si quieres que regrese, van a cambiar muchas cosas. Por el momento quiero más días libres, sábados y domingos incluidos, no te quiero ver en mi cocina y yo soy la que manda allí, no tú. Las cosas a partir de ahora se van a hacer como yo diga. Esas son mis propuestas y las quiero por escrito.

—¡Ah, no, no, no!

—Perfecto. Espero que te vaya bien, Edurne. Me vuelvo a la cama, y no me llames más porque no voy a cogerlo, es más, voy a apagar el teléfono en cuanto te cuelgue. Y no se te ocurra llamar a casa porque aviso a la policía y te acuso de extorsión y de acoso. Tú misma.

—¡Está bien! ¡Acepto! Pero vuelve, te necesitamos... —lloriquea.

Ahora mismo me siento muy poderosa.

—Dame media hora, quiero todas las peticiones por escrito con tu firma delante. Si no es así, me vuelvo a casa.

—Lo tendrás...

—Te mando un mensaje con todo lo que he solicitado para que no lo olvides, ve redactando el

contrato.

Suelta un impropio que imagino sería para sí misma, y me cuelga.

¡Toma ya! ¡*Malfollá* cero, amiga de la novia uno!

Vale, este mote no cuenta para ella, pero no sé por qué me lo he adaptado también aquí. Y además en unos días preparamos la boda de Sara, así es que, si sirve de precedente, puedo serlo.

Me levanto, me doy una ducha y veo a mis padres en la cocina.

—¿Te vas, hija? —me pregunta mi madre al verme vestida con la ropa que suelo llevar al trabajo.

—Sí, mamá. Tengo que trabajar, aunque estoy segura de que a partir de ahora todo va a ser distinto. Lo presiento.

—Eso espero, porque esa mujer te tiene esclavizada. Búscate otro trabajo y vive, cariño. ¡Vive!

—Lo haré, tranquila. Os quiero.

Me despido y salgo de casa con el presentimiento de que este día va ser especial.

Capítulo 14

No me he quedado dormido hasta que me ha llegado el mensaje. Y a las siete de la mañana, cuando apenas llevaba una hora dormitando, una llamada ha perturbado mis sueños. Cojo el teléfono por inercia sin apenas abrir los ojos y contesto.

—¿Dígame?

—¿Dónde demonios estás? —me pregunta con tono hostil Edurne.

—Estoy en casa de Jorge, la noche se ha alargado un poco y como sabía que hoy madrugabas no quería molestarte.

—¿En serio, Gonzalo? ¿Tienes una aventura?

«¡Tocado y hundido!», me dicta mi conciencia muy ágil para lo poco que he dormido.

—¡Por supuesto que no! —contesto con rapidez.

Dudo si contraatacar, muchas veces no hay mejor defensa que un buen ataque, pero decido no hacerlo por el momento porque tengo un plan.

—Como te he dicho, se nos hizo tarde, no quería molestarte.

—Como quieras, total, siempre haces lo que te da la gana, esta relación se va a pique —interviene haciéndose la víctima.

No le pega nada, ella es más de mujer dura. No sé qué demonios le pasa, pero tiene que tratarse de un problema serio en el trabajo.

—¿Y es por mi culpa, Edurne? Porque no creo que sea yo precisamente el culpable, dedicas más tiempo a tu trabajo que a nosotros —la increpo duramente.

—¡Eso no es justo! Sacar adelante esta empresa ha sido difícil, y lo sabes.

—Claro, claro... la buena trabajadora de Edurne, la que mira por el bien de la empresa. Tranquila, que no pasa nada. Hay que mirar siempre por el negocio familiar.

—Dejémoslo, tú tienes tu punto de vista y yo el mío, nunca lo comprenderás... Aunque sí me gustaría que habláramos de nosotros, de nuestra relación —«¡Ja! Como si hubiera un nosotros»—. Hoy intentaré escaparme antes, por si te apetece que hagamos algo los dos.

—¡Por supuesto! Me encantará, pero tengo que verlo primero con mis ojos, un sábado los dos juntos. ¡Eso será un milagro!

—¡Mierda, Gonzalo! Por favor, deja la ironía, no te pega nada.

—Igual que a ti decir esa grosería. Luego nos vemos, quiero dormir un poco. Adiós.

Cuelgo el teléfono e intento dormir un rato. Esta conversación me ha desgastado más que todo lo sucedido anoche: el baile, la fiesta y el sexo con la chica desconocida, alias «amiga de la

novia». Tardo un poco en conciliar el sueño, y cuando estoy plácidamente dormido la alarma suena. La he programado porque tengo que abandonar la habitación antes de las doce de la mañana. Maldigo entre dientes.

Tengo tiempo de darme una ducha, vestirme y abandonar el hotel. Doy gracias por que la recepcionista es diferente a la de anoche, aunque cuando entrego la llave, me mira recelosa. Imagino que algo le habrán contado.

Tomo un taxi y llego a casa, empiezo a recoger mis cosas, porque si algo tengo claro es que no voy a quedarme un minuto más con Eburne. Después de lo sucedido anoche y tras la conversación de hoy, no me veo con fuerzas para seguir engañándola.

Llamo a Jorge y me contesta a la quinta llamada.

—¡Oye, tío, es sábado!, ¿qué quieres? —inquire somnoliento.

—¿Me darías cobijo hasta que encuentre un apartamento?

—¿Has dejado a la amargada? —me plantea perplejo y más despierto.

—Aún no, pero anoche pasó algo y me he dado cuenta de que es lo mejor. Por la mañana me ha llamado y hemos discutido, dice que saldrá pronto y hablaremos de lo nuestro. Yo no creo que ya haya nada nuestro. Estoy recogiendo mis cosas, necesito pensar un poco.

—¿La dejas?

—No sé, ayer me acosté con una mujer —me confieso sin dar más detalles.

—¡Ya era hora! ¿Y puedo saber con quién? Te ibas a casa cuando saliste del bar.

—Sí, pero sucedió algo, coincidimos en un taxi y...

—¡Ja! La conocías, ¿verdad?

—Sí, y no me preguntes más, no voy a darte detalles de mi vida sexual. ¿Puedo o no puedo quedarme en tu casa unos días?

—Por supuesto, hazlo el tiempo que necesites.

—Gracias, tardaré unas horas, yo me encargo de la comida.

Más relajado cuelgo el teléfono y recojo el resto de mi ropa. No me llevo nada personal y tampoco ninguna de las cosas que tenemos en común de la casa. En realidad no quiero nada. El piso es suyo y, aunque muchas cosas las hemos comprado entre los dos, no quiero absolutamente nada que me recuerde a ella.

Lo que voy a hacer es ir a su empresa, hoy tiene una boda, por lo que me presentaré a eso de las cinco para no fastidiar el evento, y voy a ver si realmente el chef es una mujer o un hombre y al menos despejaré todas mis dudas. Porque está claro que yo no le he sido fiel pero, ¿y ella?

Capítulo 15

Llego al trabajo y allí está mi jefa, con cara de estreñida. No es nada nuevo, por lo general siempre está así. Cada vez tengo más claro que no tiene novio ni lo ha tenido jamás. Y a mí, sin embargo, solo me falta escupir arcoíris de colores de la felicidad que desprendo, es como si me hubiera comido un unicornio.

Antes de entrar a la cocina, me dirijo a ella con mi simpatía y cordialidad —con un toque de ironía para rematar mi alegría desbordante—, que veo que eso la fastidia aún más.

—Buenos días, Edurne, ¿tienes ya mi contrato preparado?

—Lo tendré listo en unos minutos. Arregla el desastre, por favor, se nos echa el tiempo encima.

—Hasta que no esté todo listo, lo siento, pero no —le digo. A esta la conozco casi como si la hubiera parido yo misma.

—¿No te fías de mí?

—Digamos que prefiero dejar los negocios bien atados. Es una mala costumbre que tengo —le suelto.

No es la primera vez que promete algo que no cumple. No es mala persona, pero tampoco justa en muchos aspectos, y no solo conmigo. Así es que esta vez no pienso arriesgarme. Acabo de tener una oportunidad única para mi futuro y puede que no se vuelva a repetir. No voy a dejarla escapar.

—Termino en cinco minutos, siéntate.

Ella, al tener la carrera de Ciencias Empresariales, está acostumbrada a manejar números, también tiene varios másteres en materia de Derecho Laboral, con lo que no le es difícil redactar contratos. Sentada frente a su ordenador, con sus gafas de pasta rojas de algún diseñador italiano, teclea rápidamente.

Reconozco que siempre he envidiado a esas personas que tienen un manejo perfecto de la mecanografía, que no miran al teclado cuando escriben y que les oyes hacerlo a toda velocidad, como si fueran unas profesionales al frente de la máquina de escribir y que estoy segura de que tienen más de doscientas pulsaciones por minuto.

Está claro que cada persona en su profesión tiene una excelencia absoluta de su herramienta de trabajo. A mí dame un cuchillo y una cebolla, que la corto en unos segundos a la perfección en pequeños trozos. Hay veces que la gente se queda sorprendida de la rapidez, pero es simplemente horas de trabajo.

—Ten, ya está —me saca de mis pensamientos—. Puedes firmarlo.

—Para el carro —le espeto—, tendré que leerlo.

¡Vale! Soy desconfiada al cien por cien, lo admito. En esta vida la experiencia me ha enseñado a no fiarme ni de mi sombra; y no me equivoco, si no lo leo me había dado un fin de semana cada dos meses.

—Corrige esto, haz el favor. Un fin de semana al mes y un día libre a la semana a mi disposición.

—¡Esto es un ultraje!

—Tranquila, ya me voy —expongo levantándome de la silla.

—¡Espera, ya lo corrijo!

Mi sonrisa de triunfadora no puede ser más ancha. Vuelve a teclear y de inmediato le da a imprimir con esa cara de amargada, que parece tener un palo metido por el culo y que nunca puede sacarse.

—¡Eres una chantajista!

Firmo el contrato una vez leído y después le sonrío satisfecha, sin decirle nada.

Le hubiera comentado muchas cosas, pero en la batalla el más sabio es el que se retira a tiempo. Me dirijo a la cocina, he sido lista, he hecho una foto del contrato y mandado a mi asesor. No me fío nada de esta mujer, por menos me abre el bolso y me quita el contrato. ¡Si no la conociera! Son muchos años juntas.

La verdad es que no va mal desencaminada: hay un poco de desbarajuste con los primeros platos a pesar de que les había dejado todos los ingredientes, pero no sé muy bien cuál ha sido el problema. Los segundos están más o menos controlados y doy gracias a que el postre lo dejé preparado, si no esto sí sería un gran desastre.

Me pongo manos a la obra, mis chicos se alegran al verme, pero ella me llama al móvil cada cinco minutos. Tiene prohibida la entrada a la cocina.

¡Mierda! Con eso no había contado.

—Eduarne, todo va bien, tranquilízate, estamos con el emplatado, así es que no vuelvas a llamarme.

Le cuelgo el teléfono y decido apagarlo, espero que no haya ninguna urgencia familiar porque no puedo centrarme ahora mismo en ello, tengo que arreglar este pequeño incidente para cumplir los tiempos y hacer que los platos sean lo que los novios han pedido para que su boda sea inolvidable.

¿No es lo que todos desean el día de su boda? Pues vamos a intentar proporcionárselo si mi jefa me deja, porque acabo de verla asomar por la puerta del almacén, y juro que si la vuelvo a ver por ahí, cojo una sartén y se la estampo en la cabeza.

Capítulo 16

Después de recoger todas mis pertenencias y trasladarme a casa de mi amigo Jorge, nos hemos ido a comer. El capullo de mi amigo ha elegido un restaurante caro. ¡Me lo merezco! Por haberle dejado elegir. Aunque claro, voy a pasar un tiempo en su casa hasta que encuentre un lugar dónde instalarme, no puedo quejarme.

A las tres y media, decido poner rumbo a la empresa de Edurne. La verdad es que su complejo es tan grande que suelen realizar los eventos allí mismo. Y en esta ocasión no me equivoco, están en medio de una boda. Para no importunar y molestar a los novios decido entrar por la puerta del almacén que da a la cocina. Conozco las instalaciones, hace un tiempo que no vengo por aquí, aunque solía hacerlo cuando ayudaba a su padre, sin embargo, cuando ella empezó a encargarse de todo, dejé de hacerlo, cambió de humor y despedía a todo el mundo. Lo hizo con varios jefes de cocina. Creo que no aguantaban sus exigencias y su mal humor. Ella se excusaba diciendo que no entendían su forma de trabajar, la realidad es que hay que tener mucha paciencia para soportar su forma de ser, al menos cuando es ella la que manda.

Me cuelo entre la gente y me adentro en la cocina. Hay mucha gente con platos, aunque parecen bien organizados, y cuando pregunto por Edurne a un hombre bastante atareado, encoje sus hombros y me indica a una mujer que debe de estar al mando. Cuando me acerco a ella mi sorpresa es mayúscula, igual que la suya.

—¿Qué demonios haces tú aquí?! —me dice con gesto contrariado.

Pero justo en ese preciso instante aparece por la puerta trasera Edurne y entonces no puedo ni contestarle.

—¡Gonzalo, cariño, has venido! ¡Oh, no te esperaba! —exclama, y se abalanza sobre mí besándome en los labios.

Intento deshacerme de ese beso. En primer lugar porque no me apetece besarla, y en segundo lugar porque la mujer que me ha reprochado hace segundos mi presencia no es otra que «la amiga de la novia» que me mira bastante alucinada. Ni siquiera sé descifrar ahora mismo esos ojos verdes que me observan de manera inquisitoria.

—Chicos, os presento a mi novio, ella es Pilar, mi chef; Laura, la pinche, y Carlos, el segundo de abordó.

Todos contestan menos Pilar —la amiga de la novia—. Ahora ya sé cómo se llama y que es la chef de Edurne. Con la que yo pensé que tenía un lío. Evidentemente espero que no lo tenga. O es que ahora eso sería que le gustan las mujeres y no me parece que ella sea así.

¡Qué ironía, y resulta que su lío soy yo!

—Si no me necesitáis voy a ultimar unas cosas y me voy. Tengo una cita con mi chico —dice muy risueña.

Si ella supiera que realmente he venido para averiguar si me estaba engañando y para cortar definitivamente nuestra relación...

—¡No tardo nada! —exclama emocionada.

Me deja un momento en la puerta y estoy tentado a entrar de nuevo en la cocina, luego lo pienso bien y creo que no es lo más apropiado. Cuando termine con Edurne, escribiré a Pilar y le explicaré todo. Sí, creo que es la decisión más acertada dado que tengo su teléfono móvil.

«Otra cosa será que te lo coja, chico *stripper*», comenta maligna mi conciencia.

Espero que sí, quiero darle una explicación de lo sucedido. Es cierto que le he mentado. Le dije que acababa de terminar una relación y en realidad no era del todo cierto. Aunque, para ser sinceros, esta relación hace mucho que no lo es, pero tengo que admitir que he sido un mentiroso y que debo cargar con la culpa.

—¡Ya estoy! —me sorprende feliz al cabo de unos minutos—. Gracias por venir, me ha hecho mucha ilusión.

Me agarra de la mano y tira de mí hacia el coche. No digo nada, estoy bastante sorprendido de su cambio de humor. Nos montamos, y cuando voy a arrancar creo ver por un instante a Pilar en la puerta, no me ha dado tiempo a divisarla con exactitud, pero juraría que era ella.

—¿Nos vamos a casa? Me apetece mucho estar contigo, tú ya me entiendes —comenta ladina.

—Edurne, será mejor que no. Tenemos que hablar. Me he mudado a casa de Jorge, nuestra relación no funciona y cuanto antes pongamos el punto y final será mejor para los dos.

—¡¿Qué?! Pero..., pensé... ¡Eres un bastardo! —me grita fuera de sí.

—Lo siento, salgamos de aquí, no quiero que nadie de tu trabajo te vea así.

—Sí, será lo mejor.

Arranco el coche y pongo rumbo a un bar donde siempre solíamos ir, está a las afueras de Madrid, es tranquilo, sin mucha gente. Tardo más de quince minutos en llegar. N de los dos ha dicho nada. Ni siquiera he puesto la radio. Estaciono el vehículo y nos bajamos en silencio.

En cuanto entramos ella se dirige a una mesa al fondo del bar, sé muy bien qué va a tomar, lo pido y el camarero, amablemente, no tarda en llevarnos la consumición.

Al principio ninguno de los dos dice nada, así es que después de unos minutos, soy yo el que comienza la conversación.

—Edurne, sabes tan bien como yo que llevamos mucho tiempo juntos, pero esto no es nada. Ni una relación, ni nada que se le parezca. He llegado a pensar que estabas liada con tu chef.

—¡Pero si es una mujer! ¿Estás loco? —pregunta un poco alterada, levantando el tono de voz.

—Lo sé, hoy lo he comprobado.

—Siempre te lo he dicho. No te he engañado nunca, en ese aspecto.

—¿En ese aspecto? ¿Y en otros? ¿Ha habido otros hombres?

Su semblante cambia, agacha la cabeza y no dice nada.

—No hace falta que contestes. Ya me lo has dicho todo con tu silencio. Así es que lo mejor es acabar aquí y ahora con esto. Espero y deseo que la vida te vaya bien, de verdad.

—Y yo a ti también, Gonzalo. Te lo mereces.

Terminamos la consumición y la acerco a su casa; después yo, en lugar de irme a casa de Jorge, decido dar un paseo para despejarme. Ahora tengo muchas cosas en las que pensar, la primera en si voy a mandarle un mensaje a Pilar alias «la amiga de la novia» o no, por el momento no hago nada.

Capítulo 17

El día estaba transcurriendo bastante bien: había conseguido mi contrato, enderezar el desastre en la cocina y hasta Edurne parecía contenta con todo lo que se estaba sirviendo. ¡Si ni siquiera se había quejado en toda la tarde! Y fue entonces cuando apareció el chico *stripper*. No podía creer que me hubiera encontrado. Pero claro, no me buscaba a mí, sino a mi jefa.

¡Era su novio! ¡Y le comió todo los morros delante de nosotros!

A ver, no es que me moleste —bueno, un poco sí, las cosas como son—, porque en el fondo de mi ser tenía la esperanza de que me escribiera algún día y ¡tonta de mí! quizás volviéramos a quedar. Si es que a veces todavía pienso en las historias de hadas y que vendrá un príncipe azul a buscarme. Mi hermana, que como lee mucho, me sigue contando esas maravillosas historias románticas y voy yo y me las sigo creyendo. ¡Si es que soy subnormal profunda!

Todavía estoy escuchando a mi lado diablesa —mi amiga Lucía— en el fondo de mi conciencia: «Chica, los cuentos de hadas no existen, a ver si espabilas y te pillas un chico normal, los buenorros o están todos cogidos o son *gays*». Y no le falta razón, este estaba cogido, aunque el muy canalla me la dio con queso porque me dijo que acababa de salir de una relación, y mira con quién estaba, ¡con mi jefa!

¡Me cago en todo lo que se menea!

Eso sí, en una cosa seguro que no me mintió, en lo de sexo. Porque mi jefa, por algo tiene ese mote, porque viene todos los días que no hay manera de hacer vida con ella, y si echara un polvo de vez en cuando le cambiaría el carácter; y él estaba muy necesitado, se le veía a la legua; yo tampoco es que vaya de sobrada, todo hay que decirlo, pero él se notaba que andaba peor que yo.

Suelto una risilla en mi subconsciente porque no es para menos. Tengo una batalla moral ahora mismo que flipo hasta yo.

En cuanto han salido por la puerta, una fuerza sobrehumana me ha llevado a vigilarlos y los he visto unos minutos en el coche, ella parece feliz, aunque la cara de él no sabría cómo interpretarla. Después veo como Gonzalo —que así es como se llama el chico *stripper*—, dirige su mirada hacia la puerta y me meto rápidamente hacia las cocinas para intentar que no me vean.

Estoy enfadada, reconozco que siempre he pensado que la *malfollá* se inventaba lo del novio, y descubrir que no era mentira y que es el mismo con el que la pasada noche tuve un encuentro amoroso, me molesta y mucho. No esperaba que nosotros dos llegáramos a ser nada más, la verdad sea dicha. Aunque en el fondo de mi ser quizás había pensado que podríamos tener otro encuentro.

«¿Te dio a entender que así fuera?», cuestiona mi fuero interno.

La verdad es que no. Y no sé en qué momento me he hecho yo una paja mental tan tremenda. Puede ser porque hoy mi día ha comenzado tan bien y la pasada noche con el tema del mensajito tenía ciertas expectativas. Ya está visto que no.

Termino unas cosas de la cocina y ayudo a mis compañeros a emplatar los postres.

«¡Qué bonito es el amor!», pienso cuando los novios están cortando la tarta y se besan. Después el camarero la recoge para, a continuación, comenzar a servir la que ya tenemos en los platos. Generalmente la tarta solo se corta si alguno de los comensales desea repetir —que suele ser poco común—, pero es un puro trámite. Es mucho más rápido tener ya emplatada otra tarta para agilizar el servicio. La tarta que cortan los novios generalmente solemos repartirla después entre el servicio.

—¡Hemos terminado! —comenta mi pinche.

—Lo sé, otro día más aguantando a la *malfollá*.

—¡Shhh! Que puede oírte.

—Tranquila, se ha ido con su superdivino novio.

—La verdad es que estaba muy bueno. ¡Menuda suerte! Una tía tan asquerosa y que tampoco es nada guapa, con un tío así... —expone Laura.

—Pues la querrá por el dinero, eso está claro —comenta Carlos sin cortarse ni un pelo.

—Estoy segura —afirmo yo sabiendo lo que él me ha indicado—. No creo ni siquiera que esté enamorado de ella. Estoy segura de que es una relación por conveniencia.

—Conveniencia o no, ahí la tienes. Una tía con un pivón y nosotras a dos velas —concluye Laura.

«Si yo te contara...».

La verdad es que estoy a punto de largar por esta boquita, decir que su querido novio no es tan maravilloso como ella lo ve. Que trabaja en un bar de *strippers* y que vale, en la cama está muy bien, pero decido mantener mi boca cerrada por lo que pueda pasar. Mi vida privada es eso: solo para mí.

—Creo que nos merecemos una porción de tarta, a falta de pivón, ¿no crees? —pregunto soltando una risa.

Ella se contagia, me sirve un pedazo y otro a Carlos, que se sienta a mi lado. Los tres degustamos la exquisita tarta que he preparado, y cuando concluimos me dice:

—Jefa, cada día te salen mejor. Eso sí, como los *cupcake* no hay nada. Tienes que decir a tu amiga Sara que se olvide de la tarta de boda y que sirva esos *cupcakes* que tú sabes hacer que me chiflan.

—No creas, Carlos, estoy en ello, pero es dura de pelar.

—Llévale una caja de todos los sabores y estoy seguro que no se podrá resistir.

—Tienes razón, mañana mismo me pondré a ello y le haré mi receta secreta.

—¡Esa jefa, cómo mola, se merece una ola!

Y así, entre risas y haciendo un poco el tonto, se me pasa totalmente el enfado de ver a nuestra jefa con el chico *stripper*.

Capítulo 18

He paseado sin rumbo fijo por las calles de Madrid durante unas horas, y cuando he llegado al piso de mi amigo Jorge, casi a las nueve de la noche, él ya no estaba. Tenía que ir al local. Hoy yo no tengo que ir, aunque sí hay despedidas, pero me ha dicho que ha cubierto con otro chico que de vez en cuando le hace algunas actuaciones. Casi se lo agradezco porque no me sentía con ganas de subirme otra vez al escenario después de lo sucedido estas últimas veinticuatro horas.

Me gustaría escribir a Pilar, pero no sé qué decirle. No la conozco y tampoco sé si tengo que darle una explicación. Debo admitir que es una chica interesante, con la que ayer me planteaba algo más, no sé si quizás una relación, pero sí algún que otro encuentro. Ahora, saber que trabaja para Eburne me tira mucho para atrás.

¿Y si las cosas entre nosotros llegaran a ser más serias? Eburne podría enterarse y no sería cómodo para ninguno de los tres. Además, a la ecuación tengo que añadir que ni siquiera sé si ella querrá hablar conmigo después de lo sucedido, en el fondo no le dije la verdad.

Cojo una cerveza, me siento en el sofá y pongo la tele, no es que haya nada interesante ni sea uno de esos hombres a los que les guste el fútbol, simplemente necesito desconectar.

Me estoy quedando dormido cuando el sonido de un mensaje me saca de mi estado de duermevela. Cojo el teléfono de encima del sofá y miro la pantalla.

Mensaje de audio de: **Amiga de la novia.**

Por un momento solo miro la pantalla decidiendo qué debo hacer. No me gustan nada los mensaje de voz. Primero porque detectan que has escuchado el mensaje de todas las maneras y segundo porque te incitan a contestar de la misma forma, y no hay cosa que más odie en este mundo que escuchar mi voz.

No he abierto el mensaje y sonrío. Intento armarme de valor. Sé que no será nada bueno. Y además, ¿está intentado putearme? Porque claro, ella no sabe que no estoy con Eburne. ¿O sí?

Puede ser posible que al dejar en casa a mi ex, ella haya regresado al trabajo, imagino que tendría el coche allí, y Pilar todavía estuviera en el evento. Que hayan hablado y le haya contado todo lo sucedido, esta también le haya narrado lo acontecido anoche y ambas estén planeando una venganza.

«Pero qué películas te montas tú solo, ¡anda, escucha primero el mensaje! Hazte ese favor», me regaña mi conciencia.

En parte tiene razón, ¿por qué demonios adelanto yo tantos acontecimientos sin haber oído el mensaje? No me contesto porque ya sé la respuesta. Soy, como dice mi conciencia, demasiado

tremendista algunas veces y me monto unas películas de miedo que ni yo mismo me creo.

Doy a abrir el WhatsApp y comienzo a escucharlo, dice así:

—Vaya vaya, chico *stripper*, ¿así es que es usted el novio de mi jefa? Creí entender que acababa de salir de una relación. ¿O es que ayer bebí demasiado y el alcohol hizo estragos en mi raciocinio? Sea como fuera, tengo que dejarte clara una cosa: adoro mi trabajo. He llegado a donde ahora estoy gracias a mi esfuerzo y mi tesón, así es que no voy a dejar que un *stripper* de tres al cuarto me haga perder todo lo que he conseguido por un estúpido polvo mediocre. ¿Te ha quedado claro? —Se oye un suspiro ahogado, después se escucha silencio y luego corta.

¿Mediocre? Ahora mismo juro que si la tuviera delante me encantaría estrangularla con mis propias manos. Nadie me dice que tener sexo conmigo es mediocre y se va de rositas.

«¡Esto es la guerra!», pienso.

Carraspeo un par de veces para que mi voz se escuche más grave y le doy al botón de grabar en su usuario de WhatsApp:

—Tranquila, bonita, que no voy a inmiscuirme en tu trabajo. Mi querida novia no sabrá nada. Pero espero que sea por ambas partes y no te vayas de la lengua. Y en lo que se refiera a mediocre, puedo decir lo mismo. No te esforzaste nada en darme placer. Como seas igual de cocinera que en la cama entiendo por qué mi novia se queja tanto.

«Vuelve a por otra, monada», me regodeo.

No me gusta nada que me insulten de esa manera. Creo que ambos disfrutamos de lo de anoche y simplemente está molesta por verme con Edurne. Pero si ella quiere jugar a este juego de los mensajitos de voz, que así sea. Por lo menos pasaré un sábado entretenido.

Pero de nuevo me equivoco, los mensajes se acaban y yo me quedo compuesto y sin novia, como dice el dicho —aunque lo de la novia ha sido cosa mía, que la he dejado yo.

Capítulo 19

Me intercambié unos mensajes con el chico *stripper*, no estuvo bien, pero al final decidí ser maligna, cuando quiero ser un bicho lo soy y no hay quien me pare. Después he estado todo el fin de semana trabajando y me he olvidado de él. Aunque la cara de Edurne ha sido de amargada, como siempre. Ya sabía yo que la felicidad no podía durarle mucho a esta mujer.

Hoy lunes tenemos poco jaleo, aunque el trabajo no para y además yo tengo que seguir innovando y preparando nuevas recetas para la próxima semana. Siempre tenemos menús degustaciones o incluso algunas convenciones entre semana. A las cinco me voy a casa, es el horario que he establecido con mi jefa aunque le parezca mal.

Al salir su mirada denota impotencia; yo, en cambio estoy feliz, me encantaría decirle que se fuera a echar un polvo con su querido *stripper*, pero decido ahorrarme el comentario. En ese momento me suena el teléfono, es mi madre.

—Hija, antes de venir a casa, pasa por el súper y haz compra. Tu padre te manda la lista por mensaje. Hoy no le ha apetecido salir, ya sabes, la edad.

—Tranquila, yo me encargo.

Y es que los padres, cuanto más mayores se hacen más pereza les da salir a comprar. No me importa, tengo que regresar a casa, y aunque el súper no me pilla de camino, así me distraigo y compro comida sana, para variar. No es que no se cuiden, pero prefiero hacer yo la compra.

Ya en el supermercado, voy ojeando la lista que mi padre me ha enviado, tan enfrascada que no me doy cuenta de que choco con otro carro.

—Disculpa —digo sin mirar a la otra persona.

—Deberías mirar por dónde vas en lugar de ir enfrascada en el móvil.

Me tenso al escuchar su voz. ¿No hay más supermercados en Madrid que tengo que chocar con el chico *stripper*? ¿O es que acaso el karma me está haciendo pagar por lo que le hice el pasado sábado?

«Seguro, si no hubieras sido tan cabrona...», me recuerda mi conciencia.

—Solo he golpeado tu carro, no tu coche. No creo que sea un delito ¿o acaso vas a sacar tu porra y tus esposas de chico *stripper* y vas a detenerme? —pregunto con sarcasmo.

—¡Shh! ¿Estás loca? —inquire acorralándome en un pasillo—. No es un lugar apropiado para hablar de esto.

—Tranquilo, tampoco creo que sea un delito decir a lo que te dedicas...

—No me dedico a ello, ¿de acuerdo? Estaba haciendo un favor a un amigo.

—Vaya, vaya... ¿Cuántas sorpresas escondes? Engañas a tu novia, tienes un trabajo encubierto. Vamos, que es como si tuvieras una doble personalidad...

—¡Joder! No es eso —expone enervado.

—¿Ah no? Entonces ¿dime qué es? Porque o yo soy muy tonta o no entiendo nada. Me dijiste que acababas de salir de una relación y el sábado te presenta mi jefa como su novio, ahora dices que no trabajas en...

Me tapa la boca porque justo en ese momento pasa gente y me aparto rápidamente de él, como si quemara.

—Me gustaría explicártelo todo, tomando algo...

—No hace falta, entre los dos pasó lo que pasó —digo porque ahora soy yo la que veo a una mujer y no quiero tampoco seguir con el tema— y no me debes nada. Ahora, si me disculpas, siento haber golpeado tu carrito. Si te he hecho algún daño, le daré parte a mi seguro y se pondrá en contacto contigo —concluyo con ironía.

Veo su cara de asombro y me voy con una sonrisa de triunfadora. Últimamente me siento satisfecha por como estoy reaccionando ante situaciones adversas. Me sorprende de como estoy llevando ciertos temas, tengo que admitir que mi lado de chica dura está despertando y que ya es era hora de no dejar que me pisen como a una colilla.

Termino la compra y, cuando estoy metiéndola en el coche, un fuerte brazo me agarra de la cintura y me gira sin tiempo a reaccionar. Me besa y yo permito que su lengua se cuele dentro de mi boca y siga el compás de sus movimientos, dejándome llevar por ese juego que hace que pierda la razón sin poder evitarlo.

Al separarse de mí es él quien parece victorioso, se marcha y antes de alejarse demasiado dice:

—Para echar polvos mediocres creo que beso demasiado bien, solo tienes que verte la cara, qué pena que haya dejado el móvil en el coche si no te haría una foto ahora mismo y después te la mandarí.

Se da media vuelta y se marcha. Estoy dispuesta a rebatirle su comentario pero en ese momento me suena el teléfono, es mi madre para que añada una cosa más a la lista de la compra, y yo me pongo a maldecir en todos los idiomas que sé por no haberme dado la oportunidad de haberle dicho cuatro cosas a ese cretino engreído.

Capítulo 20

Estoy feliz porque, después de tener un día de lo más normal en el trabajo —como suele ser habitual—, cuando he ido a comprar algo de comida en un supermercado cerca de la casa de Jorge me he chocado con la persona que menos esperaba: Pilar, la amiga de la novia. Aún me cuesta un poco llamarla por su nombre.

El caso es que hemos tenido un pequeño encontronazo y después se me ha ido un poco la pinza y la he besado en el aparcamiento del supermercado y me he marchado de allí. Pensé que me iba a increpar algo, pero nada de nada. Me ha sorprendido un poco: ni un mensaje, ni un reproche; nada.

Aunque ahora no sé si eso es bueno o malo, la verdad. Sentado en el sofá de la casa de mi amigo, estoy bastante confundido cuando llega Jorge.

—Hola, tío, ¿qué tal el día?

—Bien, quizás demasiado bien.

—¿Una mujer a la vista?

—Puede que sí...

—Bueno, ¿mi chico se ha enamorado?

—¡No exageres! Eso sí, es de esas mujeres guerreras, y tengo que admitir que cuanto más caña me mete más me gusta.

—¿Y dónde la conociste?

—Es la misma con la que me enrollé el sábado...

—Vaya, vaya, amigo, eres una caja de sorpresas. ¿Se lo contaste a Edurne? —inquire intentando sonsacarme.

—No hizo falta, ella también me fue infiel, no me lo dijo a ciencia cierta, pero le pregunté y su cara me lo confirmó. No quise saber los detalles, aunque a estas alturas de la vida, después de llevar una relación como teníamos, solo le deseo lo mejor: buen rumbo en su trabajo, que es con quien ella se casará de por vida.

—Desde luego, ¡qué mujer! Aunque también puede encontrar alguien allí, ¿no crees? Un cocinero, un camarero.

Pienso precisamente en la cocinera ahora mismo y sonrío. Si yo le contara... Por el momento no voy a hacerlo. Prefiero no dar detalles, más que nada porque entre nosotros hubo fuego y ahora solo quedan rescoldos, eso sí, aún no se han apagado. El beso de hoy me lo ha confirmado, por mucho que diga que el sexo fue mediocre me doy cuenta de que fue por el engaño, y eso me va a dar mucho juego a partir de ahora.

—Eso mismo pienso yo, y ni siquiera sé si le dedicaría mucho tiempo.

Tras cenar, decido dar un paso más allá para avivar la llama de la relación con la amiga de la novia —así es como la tengo grabada en el móvil— y por el momento no voy a cambiarle el nombre, me gusta ese juego que tuvimos por un día de desconocidos.

El mensaje que le envío es bastante directo:

¿Aún no te has recuperado del beso? Y yo que pensé que tu lengua viperina servía para algo más que para dar besos mediocres

Le doy a enviar y espero la respuesta. Pero no llega.

Sentado en la cama, ojeando un poco las redes sociales, decido meterme en la página de la empresa de mi ex, mientras espero una contestación al WhatsApp, para investigar a la persona que ahora me está ignorando vilmente. Y descubro que ha ganado varios premios y galardones por sus platos. Por lo que parece es todo un portento en la cocina, y es una gran pastelera. Su especialidad es hacer *cupcakes*. Según un artículo publicado en la revista *Saber y Sabor*, es lo que más le gusta de la cocina: la repostería.

¡Vaya, vaya! Una mujer dulce en el tema de trabajo pero bastante agria en lo que se refiere a su trato. Me paso un rato más ojeando todo lo que ella ha conseguido y no me he dado cuenta de que me ha llegado un mensaje. Cuando lo leo, el que decido ignorarlo soy yo.

No te contesté porque no merecías ni eso. Si el polvo fue mediocre, el beso fue peor. Y no reaccioné porque no sabía si darte un guantazo o una patada en los huevos.

Es dura de narices, pero detrás de esa coraza yo sé que hay una mujer dulce como sus *cupcakes*, y voy a adentrarme dentro de ella, es un reto y yo no me canso con facilidad. La guerra está servida y a ella la voy a derrotar aunque sea lo último que haga.

Capítulo 21

Desde luego los mensajes que estoy intercambiando con el chico *stripper* son cada vez más explosivos. Tengo que admitir que disfruto con este intercambio, él me pica y entro al trapo. Quizás ambos sabemos que esto es una diversión y en realidad no es tal lo que hemos experimentado, no lo sé. Pero me enerva saber que está jugando a dos bandas, y lo peor es que si no conociera a mi contrincante, no estaría tan molesta.

Tras cenar con mis padres, decido tumbarme un poco y escuchar música. Soy bastante romántica en ese tema. Así es que con una lista de reproducción, me pongo los cascos y me quedo prácticamente dormida al instante, pero el canalla se cuele en mis sueños atrapando mis labios en ese aparcamiento y devorándome de nuevo. Esta vez la escena es mucho más picante y me mete en el coche para acabar con sexo.

Me despierto sobresaltada, son las cinco de la mañana. No es la primera vez que tengo sueños eróticos, aunque generalmente no suelo recordar al hombre, o simplemente es algún actor famoso. Así es que esta vez me siento frustrada, —no es que cuando los tenga con los famosos me sienta mucho mejor— porque esta vez sé que con él no saldrá nada bueno. No puedo volver a acostarme con el novio de mi jefa por mucho que él parezca lanzarme señales contradictorias. ¿Por qué sino me besó ayer? ¿Por qué se acostó conmigo y dijo que salía de una relación?

Imagino que no está pasando por una buena etapa con ella, es lógico que está todo el día trabajando, incluso hay días que acaba a las tantas de la noche. ¿Quién querría estar con una persona así?

Reconozco que hasta hace poco mi vida no era muy distinta de la suya, ahora que ya he puesto un poco de orden y he tomado la decisión de no vivir para trabajar, espero encontrar a alguien —no a él— para enderezarla.

Me levanto a tomar un vaso de leche caliente y me encuentro a mi madre también despierta.

—¿Ocurre algo? —inquiero preocupada.

—No, hija, ya sabes que no duermo demasiado. ¿Y a ti?

—Tuve una pesadilla —le miento—. Me he levantado a tomar un vaso de leche caliente.

—Te lo preparo y a la cama. Duermes muy poco y trabajas mucho.

—Bueno ahora he conseguido mejoras en el contrato. Un día libre, algún fin de semana y trabajo hasta las cinco.

—¿Y cómo es eso? —me pregunta sorprendida.

—Me he plantado y le he dado un ultimátum —le contesto sin querer darle a mi madre todos

los detalles.

La verdad es que no quiero preocuparles. Adoro a mis padres y por nada del mundo me gustaría que les pasara nada.

—Hija, tendrías que haberlo hecho hace mucho tiempo, y si no le gusta a esa jefa tan mala que tienes seguro que hay otros muchos que valorarán tu trabajo. Me alegro de que al menos lo hayas conseguido.

Me sorprende su respuesta, siempre pensé que se preocuparían demasiado si perdía el trabajo. A veces somos nosotros los que pensamos que nuestros propios miedos son los de otras personas. Le sonrío y me tomo la leche con el toque caliente que ella sabe darle. Después vuelvo a la cama. Me cuesta conciliar el sueño, pero lo consigo pensando en lo que mi madre me ha dicho.

...

Van pasando los días, no he vuelto a intercambiar mensajes con el chico *stripper* y casi lo agradezco, la semana ha sido tranquila pero el fin de semana tenemos una boda importante. Por lo que Eburne nos ha dicho, es el hijo del dueño de una gran multinacional y es una boda multitudinaria. Quinientos comensales. Así es que desde el jueves ya llevamos preparando algunas cosas que pueden congelarse. Hemos contratado a más personal para que nos ayuden a Laura, a Carlos y a mí. Los tres solos no vamos a poder con la magnitud de la boda. En situaciones normales, solemos comenzar a cocinar el viernes, para tenerlo todo preparado antes del banquete. Por eso he llamado a gente de confianza para que nos ayude; una antigua compañera mía que se ha traído a varios ayudantes y así lo tendremos listo el sábado a la hora prevista.

—¡Qué alegría volver a verte! —le digo abrazándome a Manuela, una de mis compañeras de la academia y también amiga.

Hemos perdido un poco el contacto porque ella tiene un restaurante que le funciona bien.

—Lo mismo digo, guapa. Estás hecha una eminencia, no sé por qué no te pones por tu cuenta y dejas esto. Seguro que te iría de maravilla.

—Lo he pensado, no creas... —le susurro—, después me da un poco de pánico.

—Te iría bien, y si quieres una socia, cuenta conmigo.

Le sonrío y nos ponemos manos a la obra. Les explico el menú, para poder empezar. Tengo que admitir que estar en la cocina con mi amiga y compañera Manuela es toda una delicia. Dice que yo soy una eminencia, pero verla a ella trabajar es también admirable, y juntas pasamos un viernes tarde y una mañana de sábado increíble preparando todo para la multitudinaria boda.

También estar con ella me hace pensar muy mucho en su propuesta.

Capítulo 22

De nuevo este fin de semana tengo que ver a Edurne aunque no me apetezca, es la boda del hijo de mi jefe, y cuando me lo comentó le recomendé la empresa de eventos de mi ex. Ellos fueron a verla y quedaron encantados con las atenciones y lo que les ofreció. Es buena en su trabajo y sabe encandilar a la gente, no voy a decir lo contrario, otra cosa muy distinta es que en nuestra relación haya sido un desastre. Así es que aquí estoy, poniéndome mi esmoquin —de obligado cumplimiento para los hombres— y mirándome al espejo.

—Estás muy elegante amigo —asevera Jorge—, lo mismo hoy te llevas un pivonazo a casa. Casi mejor llévatela a un hotel, no me apetece nada oírlos jadear: «¡oh sí! ¡Vamos, más fuerte!» Y cosas por el estilo.

Hace un gesto como si estuviera escandalizado.

—¡Eres gilipollas! Además, no pretendo tener un lío delante de Edurne, no me parecería muy ético. Y no le he dicho a nadie que he roto con ella.

—¿Tu jefe no lo sabe? ¿Por qué? —Me mira como si fuera un delincuente por no haberlo hecho.

—Tenía reservada la boda en su empresa, me parecía violento decírselo a una semana de este día, se lo diré después.

—¡Tonterías! No tiene nada que ver, estás exagerando las cosas.

—No sé..., sabes que soy muy discreto con mi vida privada.

—¡A veces pareces un cura, macho, de lo recatadamente que quieres llevar tu vida! Evidentemente tu vida es privada, pero romper con tu pareja no es un delito aunque ella sea quien se encargue del evento de la boda de tu jefe. No creo que tenga nada que ver. Estás tergiversando las cosas.

—Lo sé, es que...

—¡Vamos, vete ya! Disfruta de esa boda, y si hay alguna mujer interesante, ¡ve a por ella!

Jorge sabe un poco de mis líos con Pilar, no sabe que es la chef de Edurne ni la que subió al escenario aquella noche. También le he dicho que hace casi una semana que no sé nada de ella y que parecemos el perro y el gato con nuestros mensajes. Así es que me ha incitado y me ha dicho:

—Amigo, pasa de ella, esa mujer solo te traerá problemas.

Y eso es lo que he hecho. Y visto que ella tampoco ha dado señales de vida, creo que tal y como hoy me ha aconsejado, intentaré pasármelo bien —aunque es inevitable no pensar en que estará en la cocina—. Y encima mi ex también estará allí.

No he llevado el coche, he tomado un taxi porque mis compañeros de trabajo son de los que se beben hasta el agua de los floreros. Lo sé por las cenas de empresa, y hoy no quiero ser el raro. Quiero pasármelo bien y disfrutar de esta boda sin pensar en nada más.

Al llegar me encuentro con mi jefe, un hombre de cincuenta años canoso, también su mujer. Ya están recibiendo a todos los comensales.

—Gonzalo, hijo, gracias por todo. Hemos visto a Edurne y está espectacular.

—Sí, claro, ella siempre lo está —digo por cumplir—. Espero que os guste la boda y la disfrutéis. Voy a ir entrando.

—Por supuesto, estamos esperando a mi hijo. La novia, imagino, vendrá al final. Disfruta tú también.

Trago saliva y entro, saludo a los compañeros a los que me encuentro y después veo a Edurne. Sé que es una situación incómoda, pero al final tengo que acercarme a ella. Le doy un beso en la mejilla que nos resulta incómodo a los dos y le pregunto:

—¿Cómo estás?

—Bien, ¿no lo ves? —responde con ironía.

—Sabes bien que para mí es tan incómodo como para ti. Pero tengo que venir a la boda del hijo de mi jefe.

—¿No le has dicho que no estamos juntos?

—Pensé que era mejor dejar pasar este día, ¿no te parece? —cuestiono confundido.

La verdad es que tendría que habérselo consultado.

—Podrías haberme avisado, casi meto la pata —comenta con desdén.

—Lo siento, tienes razón. Entre nosotros siempre ha habido falta de comunicación, no iba a ser igual ahora que ya no estamos juntos.

—Es cierto. No sé por qué me sorprende. Eres parco en palabras.

Suelto un largo suspiro y decido dejar pasar sus comentarios, si intenta hacerme sentir mal no lo va a conseguir, he venido a divertirme. Y si no tenía claro lo de liarme con alguien ahora ya sí que lo sé. Voy a encontrar a una mujer despampanante y le voy a dar en todos los morros, por mala persona.

—Te dejo que trabajes, que es lo que mejor haces. Disfruta, Edurne.

—Tú también.

La dejo saludando a la gente y me uno a un grupo de compañeros hasta que llegan los novios para comenzar la ceremonia civil y dar paso después al *lunch*. Tengo que reconocer que tenía ganas de probar la comida de Pilar, y no me ha defraudado nada. Cuando llega el postre y veo los *cupcakes*, mis ojos se ensanchan porque después de leer el artículo en la revista los había deseado con todas mis fuerzas, y tampoco me han defraudado en nada, sino todo lo contrario, están ¡de muerte!

Capítulo 23

Pensé que iba a terminar mi jornada y me iba a marchar a tomar unas copas con Manuela, eso es en lo que habíamos quedado después de unos días muy agobiantes, pero me he equivocado; esta vez los novios han pedido la presencia del chef. No es lo habitual, aunque a veces sucede, entonces es cuando Edurne ha venido a buscarme, con esa especial simpatía que la caracteriza, reclamando mi presencia.

—Los novios quieren felicitarte por tu trabajo —comenta con una fingida sonrisa.

Sé que es algo que le molesta soberanamente. No poder llevarse ella todo el mérito del evento.

¡Te jodes, guapa! Yo soy la que cocino. Bueno, yo no en exclusiva en este caso, pero casi siempre soy más protagonista que tú.

—Está bien, ahora mismo salgo, aunque Manuela también ha participado, lo más justo es que salgamos las dos —intervengo.

—Ella no trabaja aquí, solo saldrás tú. No vamos a dar publicidad a nadie más —espeta cortante.

—Ve, tranquila, no me importa —comenta mi amiga con una bonita sonrisa.

Me enerva que Edurne sea siempre tan mala persona y no quiera compartir el éxito con la gente. Suelto un suspiro de resignación, lavo mis manos y cambio mi chaquetilla por una completamente limpia. No quiero dar mala imagen. Sé que soy chef y en las cocinas uno se mancha, pero hay que recibir a los invitados de manera pulcra. No tardo mucho en salir, después de que mi jefa se haya marchado. No quiero estar mucho tiempo con ella, solo lo justo y necesario.

—Aquí la tenemos —comenta cuando me acerco a un hombre mayor y a la que será su mujer. Los novios están un poco más alejados, hablando con otras personas—. Ella es la señorita Pilar Martín, nuestra chef.

Un señor de unos cincuenta y tantos años se acerca para agarrarme la mano.

—Señorita, un placer conocerla. Quería felicitarla personalmente, todo ha estado maravillosamente cocinado y, aunque ya probamos el menú degustación, esto lo ha superado con creces, sobre todo los *cupcake*. Por cierto, soy Ramiro, el padre del novio, y ella es mi esposa, Blanca.

—Mucha gracias, caballero, me siento muy agradecida de que hayan comido bien, para mí es todo un placer.

—El placer sin duda ha sido mío.

—Nos gustaría que se tomara una copa con nosotros. Estoy seguro de que está deseando desconectar un poco del trabajo.

—En realidad eso pensaba hacer, con mi amiga y compañera que nos ha ayudado por ser una boda de tal envergadura —intervengo siempre con una gran sonrisa.

—Pues les invito a que lo hagan aquí, ¿verdad, Edurne?

Mi jefa asiente aunque veo el descontento en su cara y yo, como buena anfitriona que soy, cuando no se me quiere declino la oferta.

—Muchas gracias, pero es su fiesta, disfruten de ella. No queremos molestar.

—Insisto, me encantaría que formaran parte de la misma, al fin y al cabo sin ustedes no habría salido tan bien, no crea que somos unos pijos estirados, somos tan normales como ustedes. Por favor tómense unas copas a nuestra salud. Me parecería mal que no lo hicieran.

—Está bien, hablo con mi amiga y nos tomaremos una, ¿de acuerdo?

—Muchas gracias, señorita Pilar. Ha sido un placer degustar sus platos, las críticas que había oído de usted no le hacen justicia, es una magnífica cocinera. Le diré a mi hijo, que está por aquí, que la felicite también en persona.

—Yo soy la que tengo que darle las gracias por tan bonitos halagos. De nuevo, un placer.

Les dejo y sonrío al ver la cara de mi jefa. La verdad es que pienso quedarme a degustar esa copa, primero porque me la merezco y segundo porque no voy a hacerle ese feo a un hombre tan encantador. Regreso a la cocina y le digo a mi amiga que ya está preparada:

—Cambio de planes, amiga.

—¿Y eso? —pregunta asombrada.

—El que organiza la boda, el padre del novio, me ha dicho que nos tomemos una copa a su salud y ¿sabes qué? —Ella se encoje de hombros y yo sonrío—. Que aunque a mi jefa le siente como una patada en el culo, por una vez voy a hacerlo, porque ha sido un hombre muy amable y porque estoy hasta las narices de hacer lo que ella siempre desea.

—¡Esa es mi chica! Deberías mandarla a la mierda y abrir tu restaurante. Tienes un gran potencial y estoy segura de que triunfarías.

Mientras me cambio pienso en ello, quizás lo haga en unos meses, después de la boda de mis amigas. Pero por el momento voy a disfrutar de este día, tomar unas copas en la boda de la que he sido partícipe y después saldré con una amiga a pasármelo bien y a olvidarme de todo.

Capítulo 24

La boda de Alberto, el hijo de mi jefe, no está siendo una mala distracción. Salvo porque cuando estoy en la barra a punto de pedir una copa y veo pasar a Pilar con otra mujer de una edad similar, uno de mis compañeros, que no ha dejado de beber vino en toda la comida y que ya se ha tomado dos cubatas, me dice:

—Oye, mira esas dos, no las he visto en la ceremonia. He escaneado a todas las mujeres y juro que recordaría a dos pivones como esos. Así es que, aunque lo más seguro es que se hayan colado, no voy a quejarme y voy a entrarlas y decirles: «¡Eh! Vosotras dos no estáis invitadas a la boda, si no queréis que me chive a los novios tenéis que darme vuestros teléfonos».

Una parte de mí quiere que lo haga, conociendo a Pilar estoy seguro de que lo mandará a freír espárragos. Aunque por otro lado no me apetece mucho que les parezca gracioso y lo hagan, ¿y si se pasan la noche con él? No me sentaría nada bien. Porque entre nosotros no hay nada serio, sin embargo me gustaría seguir con el tonto juego de los mensajes y volver a acostarme con ella. La experiencia fue bastante satisfactoria.

En el fondo, puedo decir la verdad, yo conozco a Pilar porque Edurne me la ha presentado, pero eso arruinaría un poco mi tapadera. No sé qué hacer. Por un momento me quedo parado y eso da ventaja a mi compañero para acercarse a ellas.

«Desde luego eres tonto de remate, no reaccionas y te comen el pan», me regaña mi conciencia.

Ya no hay remedio así es que me retiro para que Pilar no me vea, quizás piense que soy yo el causante de esa broma, el resto de amigos están expectantes. Al cabo de un rato regresa y por su cara no parece demasiado contento. Es más, diría que está avergonzado.

—¿Qué es lo que ha sucedido? —Me adelanto al resto de mis compañeros, que están igual de deseosos que yo de saber el resultado de su bravuconería.

—La más bajita me dijo que fuera corriendo a avisar a los novios y también a su padre, nuestro jefe, si tenía pelotas. Me da a mí que era alguien importante.

—La chef —intervengo—. La más bajita.

—¡Joder, tío! ¿Lo sabías y me has hecho hacer el ridículo?

—Así podemos reírnos todos un poco de esto, ¿no crees?

Una carcajada generalizada comienza y él empieza a soltar improperios por su boca, no obstante todos seguimos riéndonos. Tanto que ellas se giran y es entonces cuando nuestras miradas se cruzan. Le hago un gesto con la mano a modo de saludo y ella vuelve la cabeza rápidamente. No

parece estar muy contenta.

Opto por centrarme en mis compañeros y no darle más importancia. Al final esta mañana decidí que nada ni nadie iba a enturbiar este día y eso es lo que necesito. Me lo estoy pasando bien y, cuando tengo que ir al baño, la maldita casualidad me hace encontrarme con ella.

«¡Qué demonios he hecho yo en esta vida para tener tan mala suerte!».

—¿Te lo pasas bien con tus amiguitos a mi costa? —me pregunta con ironía.

—Que conste que no ha sido cosa mía. Mi compañero ha ido por iniciativa propia, no me dio tiempo a detenerlo. Además, pudiste comprobar que el alcohol ya había hecho algún estrago en él.

—Estrago o no, después os reíais de lo lindo.

—Claro, porque el pobre no da pie con bola.

—Ya... Bueno, pues seguid disfrutando hasta que esto acabe, y luego puedes volver con tu novia. Lo estarás deseando.

—Por supuesto.

—De todas formas no la debes tener muy contenta, siempre viene con cara de amargada — espeta maligna.

—Lo que yo haga o deje de hacer en mi vida privada no es asunto tuyo, ¿no crees?

—¡Que Dios me libre! Solo he hecho un pequeño comentario. Menos joder al prójimo y más aplicarnos a nuestras experiencias. Esa es mi opinión. Aunque ya te digo que no voy a inmismirme en donde no me llaman. No era mi intención.

Cuando es su turno de entrar en el baño, en lugar de meterme yo en el mío, sigo interceptándola en la cola.

—¡¿Qué demonios haces?! —me pregunta enfadada.

—¿Estás jugando conmigo? Dices que no doy placer a las mujeres, pero creo que tú quedaste bastante satisfecha aunque te niegues a admitirlo, y si no, podemos repetir ahora mismo —le reprocho acorralándola dentro del pequeño habitáculo y cerrando rápidamente la puerta.

Me acerco mucho a ella. Estamos muy pegados y siento como su corazón late acelerado.

—No es momento ni lugar, ¿no te parece? —consigue articular.

—¿Y si te dijera que Edurne ya no es mi pareja?

—¿Qué cambiaría eso? Estamos en un baño de una boda con unas quinientas personas. Cualquiera puede venir.

—En una hora, en el mismo hotel de la primera vez.

—No te prometo nada.

Salgo del baño muy excitado intentando ordenar en mi cabeza todo lo que ha pasado y poniendo una excusa plausible para irme de la fiesta. Es temprano, no es ni siquiera media noche, pero espero que ella acepte la oferta y se presente en el hotel donde nos vimos la otra vez. En esta ocasión tengo que parar en una farmacia para comprar protección.

—Chicos, me marcho, no sé qué me pasa pero estoy un poco revuelto.

—¿Estás bien? —me pregunta uno de mis compañeros.

—No mucho, hace un tiempo que no bebo y creo que el alcohol no me ha sentado nada bien.

—Anda, que estás hecho un flojo. Descansa.

Me despido también de mis jefes y pongo rumbo a mi destino con la esperanza de que ella vaya a nuestra cita.

Capítulo 25

Estoy en una tesitura, acudir a la cita con el chico *stripper* y dejar tirada a mi amiga o seguir la fiesta con ella. Al salir del baño, ella me espera para irnos de copas a una zona de Madrid. Me mira y parece entender que algo no va bien porque enseguida me pregunta:

—Pili, corazón, ¿estás bien?

—Contigo nunca he tenido secretos y no voy a empezar ahora. ¿Y si te dijera que me han propuesto tener una noche de lujuria y pasión? —le confieso.

—¡Ah, pues que yo me retiro y dejo que disfrutes de esa noche! No quiero ser un obstáculo, ya tendremos una noche de chicas.

—Es que no es tan fácil, Manuela. Él es el novio de mi jefa.

—¡Joder! Sí que apuntas fuerte, amiga.

—Él me asegura que ya no está con ella, pero es que ya hemos tenido un encuentro y me mintió. A nuestro favor diré que no nos conocíamos, él dijo que acababa de salir de una relación y entonces al día siguiente vino a buscarla. No sé qué hacer...

—Dime una cosa, ¿a ti te apetece acostarte con él?

—Pues aunque me saque de quicio algunas veces y me haga parecer un mal bicho, tengo que admitir que sí. Es un tío diferente.

—¿Te gusta? —me pregunta desconcertada.

—Por supuesto que no. Solo he dicho que me lo paso bien con él. No quiero una relación con nadie por el momento, y menos con un hombre que es el novio o el ex de mi jefa.

—¿Quieres mi consejo? —Yo asiento y ella continua—. Ve allí, pásatelo bien y la próxima vez que tú y yo quedemos me lo cuentas. Porque tenemos pendiente un día de chicas. Yo ahora me voy con mi marido y mi pequeñajo, que me estarán esperando.

Me resulta extraño que mi amiga esté casada y tenga un bebé, aún recuerdo su boda. Fue hace un par de años. Si es que en el fondo vamos teniendo edad para ello, aunque me niegue a verlo.

—Manuela, te quiero. Gracias por darme la confianza para seguir adelante.

Nos damos un abrazo y nos despedimos, yo de camino al hotel, aún no muy convencida. Tengo que reconocer que es una locura, que no sé si estoy tomando la decisión más acertada. ¿Y si sigue con mi jefa?

«¡El que engaña es él, no tú!».

Vale, es cierto pero en el fondo se acostaría con las dos y una parte de mí también se sentiría engañada. No es que tenga una relación conmigo, esto es solo sexo, aun así, me molestaría si otra

vez me miente.

Llego al hotel cinco minutos más tarde, la charla con mi amiga y el tráfico ha demorado mi llegada. Solo espero que no se haya ido, me fastidiaría haber venido para nada. También es cierto que yo podría haberle escrito diciendo que me esperara. Cuando me bajo, lo veo andando de un lado a otro de la puerta mirando el reloj, y sonrío con cara victoriosa. Al verme parece aliviado.

—¡Llegas tarde! —exclama un tanto cabreado.

—Las mujeres siempre lo hacemos. Seguro que hoy la novia no fue puntual y el novio no le dijo «¡llegas tarde, no me caso!» —le digo con ironía.

—Llegó puntual —me recrimina.

—Lo dudo mucho, pero no voy a seguir con ese juego; puedo irme si te molesta mi impuntualidad.

—No, no, de acuerdo, no me importa —recula al ver que saco toda mi chulería.

—Vale, entonces subamos a la habitación. Te advierto, esto sigue siendo solo sexo.

—No esperaba que fuera amor eterno ni un cuento de hadas si a eso te refieres.

Vaya, es tan romántico como su ex. De tal palo, tal astilla.

—Solo quería que ambos lo tuviéramos claro antes de continuar. Y también que si me has mentido, será la última vez.

—No te he mentado, Pilar.

—No soy Pilar, todo el mundo me llama Pili aunque para ti sigo siendo la amiga de la novia y tú eres el chico *stripper*. ¿Te queda claro?

—Muy claro. Y te reitero que te he dicho la verdad. Entre Edurne y yo no hay nada. Hemos roto hace una semana.

Me gustaría saber qué es lo que ha pasado, si yo he sido la culpable, sin embargo creo que no es el momento ni el lugar. Hemos venido a practicar sexo y eso es lo que vamos a hacer. Nada de compromisos, nada de hablar, solo una noche lujuriosa para aliviar tensiones.

Subimos a la habitación, por un momento los dos parecemos dos adolescentes en su primera noche, coartados sin saber qué hacer. Solo nos miramos, aunque a veces las miradas dicen mucho más que las palabras y las nuestras ahora mismo se retan, están llenas de deseo y también de un poco de rabia. Rabia porque ambos hemos hecho y dicho algunas cosas durante estos días que a ninguno de los dos le ha gustado.

Las cosas están hechas y solo queda pasar página y seguir adelante. Pero ¿quién empezará ahora el juego de seducción? Parece que ninguno de los dos está dispuesto a hacerlo. Hasta que el sonido de su teléfono móvil nos devuelve a la realidad y deshace el cruce de miradas.

Capítulo 26

Me suena el teléfono y no es otro que mi amigo Jorge, dudo por un momento si cogerlo o no. Ahora mismo estamos en un duelo de titanes, es un momento clave, aunque el insistente sonido y su mirada inquisitoria me hace ceder y contestar.

—¡Jorge, dime! —le digo cortante.

—Amigo, necesito que vengas, uno de mis chicos está indispuerto. ¡Te necesito! Tengo el local lleno.

—¿En serio, ahora? Sabes que estoy en una boda.

—Lo sé, y no te llamaría si no fuera importante. Me lo debes... —me recrimina.

Tiene razón, me ha acogido en su casa sin poner objeción.

—Está bien, estaré allí en media hora.

—Que sean veinte minutos.

—Lo intentaré —le respondo colgando el teléfono.

Doy gracias por que estoy vestido. Si no, no sé qué habría pasado.

—Tengo que irme. Mi amigo me necesita.

—¿En serio? ¿Así sin más? —me pregunta enfadada.

—Tienes dos opciones, quedarte y esperar a que termine o marcharte. No puedo decirte otra cosa, mi amigo me deja quedarme en su casa hasta que encuentre piso. Así es que si él me pide el favor de que haga de nuevo de *stripper*, lo haré.

—¡Oh, vaya! De nuevo el chico *stripper* en acción. Voy contigo.

—¿¿Qué?! —inquiero perplejo.

—Que me apunto, te acompaño y después terminamos..., bueno, más bien comenzamos lo que hemos venido a hacer aquí.

—¡Estás rematadamente loca! ¿Lo sabías?

—Quizás... Pero quiero volver a verte en acción.

—¡Joder! —mascullo entre dientes.

Ella suelta una carcajada y los dos salimos de la habitación; no sé si es buena idea, para qué negarlo. Tomamos un taxi que nos lleva al bar y, cuando llegamos a los veinticinco minutos, Jorge se sorprende al verme con Pili. Ella ha dicho que no es Pilar y ahora la llamaré así, aunque sea solo en mi cabeza.

—Jorge, ella es Pili —le digo a mi amigo, aunque su mirada desaprobatoria no presagia nada bueno.

—La recuerdo, ¿tú no eres la que estuvo aquí hace unos fines de semana?

—Creo que te equivocas, yo no he estado jamás aquí —le miente.

—¡Qué raro! Yo no olvido nunca una cara y menos una tan bonita —asevera mi amigo.

Me mira pidiéndome aprobación y ella me fulmina con la mirada.

—Ella es la chef del restaurante de Edurne. Y ahora dime dónde tengo que cambiarme.

—Claro. Señorita, si nos disculpas...

Ella asiente y mi amigo me acompaña.

—¡Joder, Gonzalo! Tú sí que te complicas la vida, aunque está muy buena, no te lo voy a negar. Juraría que no me equivoco, me suena su cara —afirma.

—Se parecerá a alguien que has visto antes. No lo sé. Vamos, amigo, ¿no tenías tanta prisa?

—Sí, sí. Vamos...

Me entrega las cosas para cambiarme y mientras me alejo veo como se acerca de nuevo a ella. No sé qué le dirá. Aunque ya he comprobado que ella no nos va a delatar y por eso no estoy realmente preocupado. Termino de prepararme y me reúno con ellos. Veo a Pili sonreír.

—Tienes un chico que está muy bien.

—No soy su chico.

—No es mi chico. —Ambos hemos dicho la frase al unísono.

—De acuerdo, lo que sea que haya entre los dos. ¡Solo deciros que hacéis muy buena pareja! —expone agarrándonos a los dos con cada brazo y atrayéndonos para estar muy juntos—. Creo que veo un futuro juntos...

Pili lo mira con esos ojos verdes de manera intensa como si estuviera loco y yo también intento no darle importancia a lo que acaba de decir.

—¡Al escenario! ¡Las mujeres se mueren por ti! Tranquila, solo lo desean, pero piensa que después será tuyo.

A ella no parece haberle hecho mucha gracia ese comentario, se coloca al lado opuesto del escenario y yo salgo a escena con mi antifaz. De nuevo siento que esa multitud de mujeres no son más que maniqués, como me dijo Mario, y yo me muevo al son de la música, una muy parecida a la del primer día. Escucho los gritos, las voces, pero intento obviarlas, solo moverme tal y como lo ensayé la otra vez. De vez en cuando miro hacia atrás comprobando que Pili está allí. No sé por qué lo hago, quizás para saber que no se marcha antes de que todo esto termine y se arrepienta de lo que viene después.

A la mitad de la canción, cuando ya me he despojado de toda la ropa, es el turno de una de las novias, es lo peor de todo esto. Parece que sí se decide a subir y siento un nudo en la garganta, no me apetece nada saber que Pili está detrás observando. No debería incomodarme, ella no es nada, pero cuando la mujer me toca siento como si estuviera haciendo algo malo. Esta vez no miro hacia atrás, solo cierro los ojos y rezo para que esto termine cuanto antes.

—Estás un poco tenso —sisea la novia.

No contesto y cuando por fin termina la música, mi cuerpo se relaja, saludo y me marcho como alma que lleva el diablo de la pista. Han sido los cinco minutos más largos de toda mi vida. La anterior vez sí que disfruté, esta vez ha sido toda una tortura.

Capítulo 27

Al entrar veo que está avergonzado. La verdad es que la mujer se ha deleitado en su cuerpo a tutiplén. Vamos, que creo que no ha dejado nada virgen.

—¡Bien, chico *stripper*! —le digo sin pensar.

Su amigo me mira un poco contrariado.

—Es una pequeña broma —intervengo—. Cuando me dijo que iba a venir aquí, le puse este mote, ¿verdad, Gonzalo? —le pregunto.

—Sí, sí —responde nervioso.

—¡Joder con la futura novia! Te ha sobado a base de bien.

—¿Celosa? —pregunta su amigo.

—¡Para nada! Nosotros solo somos amigos con derecho a roce.

—¡Qué modernidades! Y yo que pensé que eso no existía ni en las películas. Porque todas esas pelis románticas al final acaban en boda. ¡Si te lo diré yo, que me he casado y divorciado dos veces!

—¿Dos? —cuestiono confusa—. No pareces muy mayor.

—No lo soy, pero una fue de penalti y la otra quiso dar un pelotazo.

—¡Vamos, que lo tuyo va de balones! —expongo, y los dos se echan a reír.

—¡Mira que tiene gracia la jodía! Lo que pasa es que ni balón ni nada de nada. Cuando vio que tenía más deudas que otra cosa, salió por la puerta haciendo «fu» como el gato.

Ahora la que se ríe soy yo y ellos se contagian de inmediato. La verdad es que su amigo al principio no me había caído del todo bien, pero ahora empiezo a cogerle el puntillo y, aunque es un gracioso, no me cae del todo mal.

—Lo cierto es que hay mujeres muy interesadas, y de bodas os podría contar mil y una anécdota. Ya sabéis dónde trabajo, y se ve de todo. Yo, la verdad es que siendo chef, no suelo ver mucho a los novios, pero de vez en cuando sí suelen llamarme, ya sabéis, lo típico para felicitar al chef. Algunos piensan que es un hombre y es cuando te das cuenta de cómo es la pareja, generalmente es el marido el que piensa así, no parecen estar muy satisfechos al saber que ha sido una mujer la que ha cocinado, ahí es cuando te dan ganas de decirle: hija, menudo patán de marido te llevas. Es cierto que no todo el mundo es igual, hoy por ejemplo, y no lo digo porque sea tu jefe el padre del novio —le digo al chico *stripper*—, ha sido todo un caballero alabando mi trabajo y nos ha invitado a mí y a mi amiga y compañera a tomar unas copas. No todo el mundo hace eso. Pero independientemente de eso, como dice mi padre: hay de todo en la viña del Señor.

—Claro que sí, y ahora que lo dices, si eres la chef de la empresa de la ex de Gonzalo, entonces algún día podrías venir a cocinar a casa, porque este hombre cualquier día me envenena, te lo digo en serio.

Suelto una carcajada y lo veo mirar a su amigo con cara de asesinarlo.

—Lo pensaré, la verdad es que aunque no lo creáis estoy acostumbrada a cocinar para mucha gente y cuando llego a casa es mi madre quien cocina.

—¿Vives con tus padres? —inquire el amigo sorprendido.

—Tan ricamente. Quizás tenga una edad y parezca que debería vivir sola, pero estuve con mi ex y cuando rompimos decidí volver a casa de mis padres. Además, ellos en verano suelen irse al pueblo y no regresan hasta que casi llega el invierno, y yo, que apenas estoy en casa, pagar una hipoteca cuando la casa de mis padres está medio año vacía me parece absurdo.

—Visto así. Aunque cuando quieres... ya sabes....

—Sí, claro, quieres decir acostarme con alguien. Tengo dos opciones: me voy a su casa o a un hotel, como con tu amigo.

¡Concisa y directa! Para qué voy a mentir, yo soy así, me gusta ir al grano. Los dos se me han quedado mirando, y tengo que admitir que están bastante cortados, sonrío y le pregunto:

—¿Nos vamos?

—Claro. Jorge, hoy no me esperes.

—¡Oh sí! —intervengo maligna.

Vale, soy un mal bicho. Es posible que aunque yo no me quede a pasar la noche él duerma en el hotel, como hizo la otra vez, pero me gusta poner la puntilla. Su amigo suelta una carcajada y yo sonrío, en cambio él parece molesto. Nos montamos en un taxi y ninguno de los dos dice nada.

—¿Sabes qué? Lo he pensado mejor, esta noche no quiero sexo contigo. Será mejor que te bajes aquí y cojas otro taxi.

—¿En serio?

—Sí, es lo mejor.

Le hace una indicación al taxista para que pare en el siguiente semáforo y yo lo miro totalmente indignada. No puedo creer que se haya enfadado por lo que le he dicho. Sí, quizás me he pasado un poco, pero no creo que sea para que se lo tome así, ¿o sí? ¿Y ahora qué hago yo? Pensé que, como en el caso de mi jefa, las reglas las ponía yo, pero se ve que en este caso no es así.

Capítulo 28

Me ha molestado su actitud y esa chulería que se trae conmigo, y aunque reconozco que me gustaría tener relaciones con ella esta noche, es mi manera de darle un escarmiento. No me gusta que jueguen conmigo. Quizás no vuelva a saber de ella y sea el final de esta aventura, así es que hago que el taxi se detenga para que se baje de él.

«Puede que sea la mejor opción», me intento convencer de ello.

—No me bajo —expone con convicción.

—Pilar, no me lo pongas más difícil, por favor —le digo con tono hosco.

—No pienso irme a ninguna parte; si quieres, tendrás que llevarme a rastras.

—¿En serio? ¡Estás loca!

—¿Se deciden? El taxímetro corre —interviene el conductor.

Durante unos segundos más la miro turbado, no me puedo creer que se esté comportando como Eburne, que siempre tiene que salirse con la suya. Empiezo a creer en el dicho popular de: «Dios los cría y ellos se juntan».

—Arranque —le digo al taxista.

Veo una sonrisa de superioridad, pero no va a conseguir nada. Aunque ella se cree que me acostaré con ella. Iremos al hotel, pero no voy a hacerlo. Si quiere sexo, ¡no será conmigo! Eso lo tengo claro.

Llegamos al hotel, pago el taxi y los dos nos bajamos. Yo tengo la llave, ella me sigue pero en el momento que va a entrar la freno en seco.

—Te dije que no quiero sexo contigo. Así es que si quieres dormir en este hotel baja a recepción y alquila una habitación.

—Está bien, tú lo has querido. ¡¿Quieres guerra!? La vas a tener. Tu querida exnovia se va a enterar de todo, ¿me has entendido?

—Ella también ha tenido sus escarceos, no es problema.

—¿Y también sabe lo del chico *stripper*?

Mi semblante cambia, no me apetece que nadie sepa esa faceta mía, solo hago esto por mi amigo, y si mi ex se entera es posible que mi familia e incluso mi jefe y mis compañeros se hagan eco de ello y podría ser mi ruina.

—¿Estás haciéndome chantaje? ¿En serio? —le pregunto sorprendido.

—Sí, eso estoy haciendo.

—¿Tú de qué vas? —inquiero enfadado.

—Digamos que ahora yo pongo las reglas.

—Vamos, que soy como si fuera un *prostituto*, pero encima sin cobrar...

—Dicho así suena muy feo. No es eso, no voy a utilizarte, solo quiero que los dos disfrutemos del sexo.

—Te he dicho que no quiero acostarme contigo, no sé qué es lo que no te queda claro. Lo que me estás haciendo es chantaje lo mires por donde lo mires.

Suelta un largo suspiro y expone:

—Está bien, ¡tú ganas!

—¿Yo gano? —interpelo confuso.

—Sí, no hay chantaje, no hay sexo y no hay confusión. Pero te advierto que como vuelvas a acercarte a mí o me escribas un mensaje juro que soltaré todo por esta boquita —me amenaza—. Tú lo has querido.

Tengo que admitir que esta mujer es rara de narices. Primero me chantajea con el hecho de acostarse conmigo y ahora con todo lo contrario.

¡Está loca de remate! Lo mejor es alejarme de ella cuanto antes.

«¡Sí, huye, y cuanto más lejos mejor!».

Sale de la habitación dando un soberano portazo y, para ser sincero, me ha dejado un poco tocado. ¿Y si le da por acosarme ella a mí?

Le doy vueltas y más vueltas llegando a la conclusión de que no creo que sepa nada de mí, solo sabe mi nombre y que soy el novio de su jefa. En cambio, yo sí que he investigado más de ella.

Espero y deseo que no sea de las que indaga en las cuentas de la empresa y pueda dar con el paradero de mi jefe y llegar hasta mí.

¿Y si me pone un detective o algo por el estilo? Es tal mi desesperación que decido vestirme e irme a casa de Jorge. Al llegar, son las cinco de la mañana. Mi amigo no hace mucho que ha cerrado el local y se acaba de acostar.

Le llamo y me tira la almohada de golpe. Sé que me lo merezco, soy un capullo por despertarle.

—¡Joder, Gonzalo! ¡Déjame dormir!

—Creo que estoy en un lío, necesito tu ayuda y tu consejo.

—¿Y no puedes esperar a mañana?

—No, necesito que me escuches ahora.

Le cuento todo desde el principio. Se enfada un poco por no haber sido del todo sincero y al final me dice que no me preocupe.

—Una mujer como ella, con su fama y su reputación, no creo que sea una psicópata. Acuéstate, estás paranoico.

—Tienes razón. Buenas noches.

—Claro que la tengo. Que descanses —concluye mi amigo— Y la próxima vez que me despiertes a las cinco de la mañana, en lugar de tirarte la almohada te tiro la lámpara de noche.

Ambos soltamos una carcajada y nos vamos a dormir. Me cuesta un poco conciliar el sueño, pero al final, con el consejo de mi mejor amigo, lo consigo en paz.

Capítulo 29

Soy una verdadera estúpida, ¿cómo se me ocurre chantajearle? He ido bastante de farol, tengo que admitirlo, y me ha salido el tiro por la culata. ¿Ahora yo pongo las reglas? Vale, me funcionó con Eburne. Y, tonta de mí, pensé que me iba a funcionar una segunda vez. Pero el chico *stripper* no es mi ex. No es un corderillo que se deje manejar. Por eso no están juntos. ¡Está claro!

Y ahora he quedado como una loca manipuladora y psicópata que solo busca sexo a cambio de cualquier cosa.

«¡Madre mía! ¡Si mi madre se entera!», pienso.

Yo, que provengo de un colegio de monjas y cuyos padres son muy religiosos. ¡Madrecita del alma querida! ¿Quién me ha visto y quién me ve? ¡Cómo puedo estar tan desesperada por echar un polvo!

He tomado un taxi para ir a casa y aún sigo lamentando mi actuación y deseando que esta noche se borre de mi existencia. La verdad es que me encantaría no haber aceptado su propuesta. No podría aparecer un genio de esos que salen en las películas y en los cuentos y decir: «Pili, te concedo tres deseos».

No iba a ser nada egoísta, no iba a pedir dinero. Afortunadamente, no es que sea millonaria, pero no vivo mal, y económicamente estoy en una buena posición. Lo primero que pediría no sería para mí, sino un poco menos de pobreza global en el mundo —sí, aunque no me creáis, eso sería lo primero que haría—. Lo segundo tampoco sería para mí, sino para familiares y amigos. Espero que pudiera concederme un deseo conjunto. Me gustaría que sus vidas estuvieran colmadas de felicidad y amor. Y, evidentemente, el tercero sería que esta noche se borrara para todos los que han estado en ella, al menos para Gonzalo, Jorge y para mí. Que todo lo que he dicho y hecho no hubiera sucedido desde que me crucé en el baño de la boda. Quizás, que ni siquiera nos hubiéramos cruzado. Así no habría dado lugar a que todo esto hubiera pasado.

Cuando el taxista estaciona en la puerta de mi casa, abono la carrera, cierro los ojos y rezo para que todo esto sea un mal sueño y que mañana pueda levantarme en el día de ayer. Y con esa esperanza me tumbo en la cama, cierro los ojos y rápidamente me quedo dormida.

Al despertarme, no me ha sonado la alarma, miro la hora y veo que son las doce de la mañana.

«¡Mal vamos!», me digo. Porque o bien me he dormido para ir a trabajar o no ha sucedido mi deseo.

Me encuentro a mi madre en la cocina, la saludo como siempre, con un beso en la mejilla, y ella me pregunta:

—¿Cómo fue la boda? Llegaste muy tarde anoche, ¿te quedaste con Manuela?

Lo que me temía: mi deseo no se ha hecho realidad.

—Sí, estuvimos poniéndonos al día. La boda bien, ya sabes, como todas las bodas —le contesto sin darle muchos detalles.

—Era multitudinaria, ¿no?

—Sí, pero con la ayuda de Manuela y su personal, todo salió de maravilla. Estoy cansada, mamá, hoy creo que voy a estar tumbada toda el día ya que tengo el día libre.

—¡Me alegro! Desayuna y entonces vuelve a la cama, te aviso para comer.

Quizás podría salir a pasear, aunque por el momento prefiero quedarme en la cama, ahogándome en mi miseria. También podría mandarle un mensaje pidiéndole disculpas por todo lo que pasó ayer, ¿no?

«Sí, podrías alegar enajenación mental a ver si cuela», me digo a mí misma para poner un toque de humor al asunto.

Siendo sincera, no me gustaría que se llevara una imagen de mí tan equivocada, es cierto que he parecido una loca y que le hice chantaje, pero yo no soy así. No sé qué es lo que pasó por mi cabeza en ese momento, quizás el sentirme rechazada después de todo lo que llevaba esa noche — más bien creo que fue él quién me rechazó, el ex de mi jefa.

Sí, creo que ese es el *quid* de la cuestión. De cualquier otro hombre no me hubiera molestado tanto, pero de él... Que se haya fijado en mí es como una pequeña victoria más ante Edurne, y el despreciarme fue de nuevo un mazazo más para bajar mi autoestima de mujer.

Creo que debo poner las cartas sobre la mesa, ser sincera y contarle quién es la verdadera Pilar Martín, cariñosamente conocida por mis amigos como Pili.

Capítulo 30

Me despierto por el sonido de un wasap de mi teléfono, son más de las doce, hoy no tenía pensamiento de madrugar nada. Y me molesta que alguien altere mi sueño por tonterías. Se me olvidó silenciar ayer el móvil.

Cuál es mi sorpresa cuando veo que el remitente no es otro que la **Amiga de la novia**, que así es como aún sigo teniéndola guardada en la agenda.

¿En serio? Esta mujer está majareta perdida. ¿No me dijo que no quería saber nada de mí y que si le escribía soltaría de su boca mi secreto? ¿En qué quedamos?

«Ella no dijo que no te lo pudiera mandar», me dice mi conciencia.

Y es cierto, solo recalco que yo no le enviara nada. Dudo si abrirlo o no, y al final puede la curiosidad y decido leerlo.

Me gustaría aclarar contigo las cosas, entenderé que después de lo de ayer no quieras verme. No voy a montarte ningún espectáculo ni nada por el estilo. Yo no suelo ser así. Te lo prometo. Si te apetece, podemos quedar esta tarde, en un bar a tomar un café. Tú eliges la hora y el sitio.
Pili.

Me sorprende que firme con su nombre y que me deje elegir el sitio donde quedar. Ahora la pelota está en mi tejado. Para ser sincero, esto abre una brecha de nuevo en mi ya zanjada relación con ella. Después de la charla de ayer con Jorge, tenía más que claro que Pili era historia, y ahora vuelve con este mensaje. ¿Realmente las mujeres que aparecen en mi vida son las indicadas para mí?

Porque telita, antes de Edurne tuve una novia que era compositora, estaba loca como una cabra la muchacha. Le encantaba la música clásica y yo acabé odiando ese género. No era mala chica, solo que se pasó de tuercas y al final terminó marchándose fuera con una banda. Después, he estado siete años de mi vida con Edurne y lo poco que hemos disfrutado de nuestra relación estuvo bien, luego ni siquiera sé por qué continué con ella. Quizás pensé que era la mujer de mi vida, porque cuando la conocí realmente teníamos gustos en común, ahora me doy cuenta de que, o me engañó o yo simplemente me cegué por una chica simpática y rubia. Porque cada vez que la miro es que ni siquiera veo belleza en ella.

Y ahora está Pili, es guapa, no es que sea despampanante, pero es que yo no soy de mujeres exuberantes —nunca lo he sido—, bajita pero con esa gracia y desparpajo que a veces te entran ganas de besarla y a veces de asesinarla.

¿Qué demonios debo hacer? Le contesto que paso de ella, ¿y si de nuevo me enreda en su

locura? Creo que pediré consejo a Jorge. ¡Sí, eso voy a hacer!

Maldigo en silencio cuando voy a su habitación y está vacía. ¿Y ahora qué hago?

«¡Ten personalidad y decide, hombre!», oigo mi yo interior.

Quizás tenga razón, quizás deba de ser yo quien, por una vez, tenga que tomar una decisión y no dejar que mis amigos, con sus consejos, intervengan en mis acciones. Respiro hondo sentado en la cama y opto por contestarle. Tecleo en mi móvil varias veces la respuesta y al final le mando un escueto mensaje:

De acuerdo, a las cinco en el *Pum Pum Café*.

Le he enviado también la ubicación para que sepa dónde está. Y de inmediato contesta con el emoticono del dedo para arriba.

Este café es uno de mis preferidos porque tiene una gran variedad de tostadas con cereales, en las que puedes untar mermelada, mantequilla o aguacate natural. Yo prefiero lo tradicional, aunque hoy voy a necesitar una dosis de dulce, lo preveo.

Me aseó y después preparo algo de comida rápida. Si después voy a darme un capricho no voy a comer algo copioso, con el atracón de la boda de ayer ya tuve suficiente.

Me visto de manera informal y espero pacientemente a que lleguen las cuatro. Me voy en coche y estaciono en un aparcamiento cercano al Parque del Retiro, después decido dar un paseo hasta el café en cuestión, tardo unos veinticinco minutos. Llego cinco minutos antes de la hora pero ella ya está sentada en una mesa. No ha pedido nada, o al menos no tiene consumición, pero está absorta mirando el móvil.

¿Está esperando que le escriba y le diga que no vengo? Podría hacerlo, son casi las cinco, o decirle que voy a llegar más tarde. Pero ese no es mi estilo. Soy un hombre de palabra.

Respiro profundamente un par de veces y abro la puerta del local, ella mueve la cabeza en mi dirección y sonrío al verme.

¡Ahora a ver qué explicación tiene que darme! Espero que sea una buena porque lo de ayer lo merece.

Capítulo 31

Pensé que no me contestaría o que diría que no, y aquí estoy, más nerviosa que cuando fui a mi primera prueba de *MasterChef*. Voy a abrirle mi corazón a un desconocido. Todavía me pregunto por qué. La cuestión es que no quiero que tenga una imagen equivocada de mí y quizás, solo quizás, porque me guste un poquito, solo un poquito.

«Admite que es más que eso», me reprocho.

Le digo a mi yo interno que no lo conozco tanto para afirmarlo. Cada cinco minutos miro la hora en mi teléfono, ya que, por el trabajo, no suelo usar ningún tipo de reloj ni joyas ni nada por el estilo. He llegado con bastante antelación y ahora me regaño por ser siempre tan puntual, la espera me está matando.

Cuando por fin lo veo aparecer se me acelera el corazón, es el momento de la verdad.

—Buenas tardes, Pili, ¿cómo estás?

—Buenas tardes, Gonzalo. Gracias por venir. Si te soy sincera, estoy un poco nerviosa.

Toma asiento y el camarero al que había dicho que esperaba compañía, parece estar más ansioso que yo de la llegada de la misma, pues viene a tomarnos nota enseguida.

—Buenas tardes, ¿qué desean?

—Yo tomaré un capuchino y una tostada de cereales con mantequilla y mermelada de frambuesa —comenta él.

—Yo un café solo, y también tomaré una tostada con mantequilla y mermelada de fresa. Gracias.

—¿Y bien? —pregunta impaciente.

Tomo un poco de aire para armarme de valor y comienzo a hablar:

—Lo primero que quiero es pedirte disculpas. Yo no soy así, jamás había amenazado a nadie, te lo juro. Es la primera vez que lo hago y, aunque pienso que no sé por qué lo hice, esta mañana, intentando recapacitar, me di cuenta de que es producto de mis propias inseguridades. Por eso te escribí, necesitaba darte una explicación, aunque eso suponga desnudar mi alma a un desconocido —le digo haciendo una pausa y tomando un poco de aliento.

Él no hace ni dice nada, aunque su gesto se ha suavizado un poco desde que ha llegado, lo que eso me da las fuerzas necesarias para continuar.

—Todas esas inseguridades vienen porque hace un año y medio mi novio me engañó con una de mis mejores amigas. —Veo como su semblante cambia—. Los dos vivíamos juntos. Todo parecía funcionar bien, es cierto que yo siempre he dedicado mucho tiempo a mi trabajo y, en

cierto modo, quizás ese fue uno de mis grandes errores, dejar que mi amiga pasara tiempo con él, pero lo cierto es que a raíz de esa ruptura me siento bastante insegura con los hombres. Cuando tú y yo nos conocimos, al principio pensé: «es un rollo con un tío guapo. ¡Perfecto!». Sí es cierto que no me gustan los chicos buenorros y tan corpulentos —él sonríe, creo que satisfecho por el piropo—, aunque descubrí que no eras solo fachada, no sé si me entiendes... —le digo al ver que de nuevo su semblante cambia—. A ver, no me malinterpretes, pero muchos de los hombres cachitas con una cara bonita no buscan mujeres como yo... Soy muy poca cosa.

—¿Por qué te menosprecias tanto? —me interrumpe—. Eres muy guapa.

—Vamos..., los dos sabemos que soy una chica menuda muy poco dotada.

—Mira a tu alrededor. Estoy seguro de que la mayoría de los hombres que hay en el local saben de qué color son esos grandes y bonitos ojos que ocupan tu cara, de un color verde aceituna, y ahora mismo se están fijando en esa sonrisa tan pícaro que acabas de dibujar y están pensando: «qué afortunado es ese cabronazo por estar con esa preciosa mujer» —concluye.

No he podido más que sonreír y después emocionarme al oírle hablar de mis ojos y las palabras que ha dicho a continuación.

—Si lo estás haciendo para que me sienta mejor por lo de mi ex, gracias, te lo agradezco. Lo tengo asumido.

—No, claro que no. Lo digo porque es cierto. Quiero que pierdas esas inseguridades de las que me estás hablando que te causó ese capullo. Ciertamente es que si fue el causante de lo que sucedió anoche me gustaría encontrármelo y decirle cuatro cosas, ¿y sabes por qué? Porque me jodió una noche que esperaba fuera estupenda.

—Aún podemos... Bueno, no sé... Quizás no te apetezca..., siento lo del chantaje. No era mi intención, se me fue la pinza totalmente.

Suelta una carcajada y justo el camarero nos trae las consumiciones. Eso le ha dado el tiempo suficiente para que decida sobre mi propuesta porque, contestarme, no me ha contestado.

Capítulo 32

¿Que si quiero acostarme con ella? ¡Joder, claro que quiero! Es lo único que deseo. Más después de saber que todo lo sucedido ayer es por su puñetero ex. Juro que si lo conociera le daría una patada en las pelotas.

¡Maldito capullo!

Lo que no llego a entender es por qué siente tantas inseguridades. Es una chica muy guapa. Morena y con esos ojos verdes tan grandes que cuando te mira de manera intensa parece que te traspasa el alma. Y es lista, trabajadora y tiene unas manos prodigiosas, y no lo digo solo en su trabajo.

Solo me he acostado una vez con ella, pero estoy deseando repetir. La duda es: ¿debo hacerlo?

Terminamos la consumición y es la hora de la verdad. Me disculpo un momento para ir al baño. Quiero llamar a Jorge, necesito saber si va a estar en casa y si puedo llevarme a Pili a su apartamento.

—Hola, tío, ¿dónde fuiste esta mañana tan temprano? —le pregunto cuando me coge la llamada.

—Amigo, hoy tenía que ejercer de padre.

—¡Cierto, me lo dijiste! Y ese oficio, ¿hasta qué hora te ocupará?

—Estás muy curioso tú hoy. ¿Qué ocurre?

—¿Podría llevar a una mujer a tu piso?

—¿Tu amiguita la loca? —me plantea directamente.

—Si te dijera que sí, ¿qué pensarías?

—Que es tu vida, Gonzalo. Vívela como más te convenga. Solo ten cuidado, y tranquilo, me iré directamente al club. No hay mucho jaleo hoy, pero te dejaré espacio por esta vez. Aunque deberías ir buscando un piso si la cosa va en serio.

—No sé si es serio o no, tío. Gracias, eres un amigo.

—¡De los buenos, no lo olvides!

—No lo olvido.

Cuelgo el teléfono y regreso con ella, que me suelta de nuevo con ese desparpajo suyo:

—Vaya, vaya... Sí que estabas un poco indispuerto.

—Tenía que hacer una llamada, listilla. Camarero, ¿nos trae la cuenta?

—Ya he pagado yo.

—¡Hum! Una mujer moderna. Me gusta. Entonces podemos irnos. ¿Sigue en pie tu propuesta?

—le planteo directo al grano.

—Por supuesto, solo si no piensas que estoy loca.

—A ver, todos en ciertas ocasiones tenemos un poco de locura, o al menos debemos dejar que salga. ¡No es malo! A mí me gusta tu locura, salvo cuando me amenazas —siseo eso último en su oído.

—Bueno, puedo ser muy loca en otros aspectos —responde también de forma baja acercándose a mí antes de salir del local.

—Estoy deseando que me hagas toda clase de locuras... —Cierro los ojos un segundo y me excito al pensar en la tarde que nos espera—. He traído el coche. ¿Cómo has venido tú?

—He venido en taxi.

—Perfecto, entonces sígueme, lo tengo en el aparcamiento al lado del Parque del Retiro —le digo acelerando el paso.

Voy casi corriendo, al final ella echa una carrera y me agarra de la mano para frenarme. Después me golpea en el hombro casi sin aliento.

—¡Eres un tonto! ¿Lo sabías? Soy una chica bajita, con las piernas cortas, estás jugando con ventaja. Me voy a vengar y mucho.

—¿En serio? ¡Perfecto! Quiero que lo hagas, que seas loca, que seas mala conmigo, pero primero tendrás que cogerm.

No sé por qué estúpida razón me pongo a correr como un chiquillo, menos mal que ella ha venido también con vaqueros y deportivas. Aunque cuando miro hacia atrás, casi cuando estoy llegando a la entrada del aparcamiento, no la veo. Por un momento mi corazón, que ya está acelerado de por sí por la carrera, se agita al no verla. Me doy la vuelta y corro aún más rápido y, al cabo de unos segundos, ella me pasa a toda prisa llegando antes que yo a la entrada.

—¡Gané! —grita exultante de felicidad.

—¡Serás tramposa! —le rebato cuando llego—. Te has escondido para que me diera la vuelta.

Ella encoje sus hombros elevando un poco sus manos en señal de «lo siento, así son las cosas» y sonrío.

«La venganza será terrible», me digo a mí mismo dibujando una sonrisa maligna.

Sé que odia perder, pero yo también, así es que ¡esto es la guerra! Con ella siempre es así y esta vez no voy a perder. Al menos voy a intentar que en la cama sufra, y de lo lindo.

Capítulo 33

Me ha gustado esta niñería de correr y volver a ganarle. Sé que soy siempre muy competitiva. Siempre lo he sido. En la academia de cocina siempre estaba intentando destacar y ahí es donde Manuela y yo nos hicimos muy buenas amigas, ella era igual que yo. Al principio chocamos, pero después comprendimos que no éramos rivales.

Nos montamos en su coche, me mira receloso y yo sonrío. Cuando por fin llegamos al piso de su amigo tras estacionar el vehículo en el garaje, rápidamente y sin mediar palabra me acorrala y me besa con pasión. No me lo esperaba y tengo que reconocer que aún me pilla agotada del esfuerzo de la carrera. No soy una chica que haga ejercicio, en cambio a él se le ve en forma.

—Para un poco —le digo cuando consigo deshacerme de su voraz beso—. Esto no es a tu manera, ¿recuerdas?

—Tengo que vengarme por la jugarreta de antes, amiga de la novia —indica dándome la vuelta rápidamente y acariciándome lentamente la espalda que queda libre de mi camiseta.

Bueno, volvemos a ser las personas desconocidas, tengo que reconocer que me gusta el juego. Durante un rato dejo que sus besos y caricias consigan excitarme. Estamos de pie, en el salón. He cerrado los ojos y estoy dejándome llevar.

—Vamos a la cama —sisea al cabo de un rato.

Puedo hacerlo, realmente quiero hacerlo. Pero la voz maligna de mi cabeza me dice que ahora viene la parte donde comienza mi venganza.

—Lo siento, pero ahora comienza mi juego.

—¡¿Qué?! —pregunta extrañado.

—Sí, me tendrás a cambio de que desnudes tu alma. Iré quitándome una prenda y me iré a la cama contigo si contestas a mis preguntas.

—¿En serio? —cuestiona turbado.

—Yo te he sido sincera sobre mi pasado, y estoy segura de que sabes muchas más cosas sobre mí. En cambio yo, lo único que sé de ti, es que trabajas en una multinacional de día, eres *stripper* de noche y tenías una novia que era...

Decido no concluir la frase porque iba a decir el mote, pero en el último momento he optado por obviarlo, en el fondo creo que le influye.

—¿Por qué no terminas? —cuestiona arrugando el entrecejo.

—No creo que quieras saber cómo la llamamos allí. Imagino que en el fondo aún le tienes cariño.

—¡Vaya, vaya! ¿Si te cuento más cosas sobre mí, me lo dirás?

—No, ese secreto se irá conmigo a la tumba.

—Ya lo veremos —asevera acercándose más a mí—. Ahora dime qué quieres saber.

—De acuerdo. ¿Cuántos años estuviste con Edurne?

—Siete —responde secamente.

—¿Siete? ¡Wooh! No esperaba que de verdad hubieras estado tantos —me sincero. Lo cierto es que ella decía la verdad. Pero desde que la conozco siempre ha sido una *malfollá*. No lo comprendo, él parece tan bueno... y realmente la primera vez estuvo tan bien.

—¡Quítate los pantalones! —me exige.

—No tan deprisa. Las reglas del juego las pongo yo. Y esa respuesta solo merece las zapatillas.

—¡Menuda tramposa! —replica nada contento.

Yo sonrío y sigo con las preguntas.

—¿Cómo os conocisteis?

—Fue en una fiesta, ambos teníamos una amiga en común.

Me quito en esta ocasión la camiseta.

—¿Cuándo te diste cuenta de que la relación no iba a buen puerto?

Me mira contrariado. Creo que es una pregunta difícil, pero lo cierto es que me interesa mucho.

—Pili, no me gusta hablar de esto. La verdad.

—Yo te he contado por qué me siento tan insegura. Entiendo que sea mi jefa, te juro que no tiene nada que ver.

—Está bien. Cuando ella tomó las riendas del negocio familiar empezó a distanciarse, apenas nos veíamos solo por las noches, después nos alejamos más y dejamos incluso de tener sexo, nuestra relación se convirtió en una convivencia de amigos, salvo porque dormíamos juntos. Cuando me acosté contigo llevaba exactamente dos años y medio sin tener relaciones sexuales con nadie.

—¿En serio? ¡Sí qué has aguantado! ¡Eres mi héroe! Y lo digo desde la sinceridad. Cualquier otro hombre le habría puesto los cuernos mucho antes —le confieso.

Yo misma creo que lo habría hecho en su situación, me digo terminando de quitarme el resto de la ropa. Estoy en ropa interior mientras él está completamente vestido.

—Gracias, la verdad es que mis amigos me decían lo mismo. Tenía la estúpida esperanza de que algún día cambiaría.

—¡Última pregunta! ¿Sabes si ella te engañó?

—No del todo, pero creo que sí.

—Vaya, vaya con mi jefa. Menuda personaje está hecha. En fin, creo que te has quitado un

buen fichaje. Ahora toca disfrutar de este cuerpo —le digo totalmente desnuda.

—¿Y qué vas a hacer tú para quitarme la ropa?

—Muy fácil. Si quieres poseerme tendrás que quitártela tú solito.

Suelto una carcajada y me voy en busca de una habitación. Me meto en la primera que encuentro y, al ver que tiene una foto de un niño, de inmediato me cambio a la siguiente. Me tumbo en la cama a esperar pacientemente a que el chico *stripper* se digne a aparecer, aunque parece que ahora el que se esconde es él.

Capítulo 34

Ahora yo soy el que pone las reglas, como me dijo ella la pasada noche, y no voy a dejar que me manipule. Ya estoy desnudo y listo para nuestro encuentro, pero no quiero que sea ella quien maneje esta situación, así es que si quiere sexo tendrá que venir a buscarme. Estoy sentado en el sofá, ella se ha ido a la habitación, espero que haya dado con la correcta.

Espero pacientemente y cuando voy a rendirme aparece con una camisa mía solo abrochada con un par de botones. Está de lo más sexy. La miro y sonrío.

—Que sepas que no me gusta que me hagan esperar...

—Yo puedo decir lo mismo, amiga de la novia.

—Chico *stripper*, ya puede merecer la pena, si no juro que te vas a arrepentir.

Me incorporo un poco, tiro de lo que le sobra de la manga y la atraigo hasta mí. Al no esperarse ese acto se desestabiliza y se cae encima de mí.

—Te tengo justo donde quería —expongo victorioso.

—Eso no significa que vaya a hacer lo que tú quieras.

—Veamos... —digo jugando con mi miembro en su sexo.

Noto como ella se arquea y eso me gusta, ahora mismo me siento poderoso, llevando el control. Desabrocho a continuación los dos botones de la camisa y devoro uno de sus pequeños pechos mientras masajeo sus nalgas. Todo en consonancia me está poniendo a mil por hora y reclama que entre en su cuerpo. Pero aún es pronto. Me gusta este juego, creo que en realidad a los dos, aunque nos esté consumiendo vivos. Después de unos minutos de puro deseo me dice:

—Vamos, hazlo ya...

—Pensé que no me lo pedirías nunca, amiga de la novia —suelto con una pequeña carcajada.

Soy maligno, lo sé, pero esperaba este momento. Cojo el preservativo que tenía ya preparado y en cuanto lo coloco ella me guía para que la posea. No lo hago rápidamente. Quiero disfrutar de este momento. Esta vez no hay prisa, veo desesperación en sus ojos, aun así no voy a ceder a su demanda. Ella es la que quiere marcar el ritmo, pero no la dejo. Sigo moviéndome sin prisa, su cuerpo tiembla y nuestras miradas se retan. Sé que está al límite, no estoy muy diferente mientras acaricio sus pechos. Sus gemidos, la fricción de nuestros cuerpos y el deseo, todo junto al mismo tiempo mezclado con nuestras miradas que no se han separado ni un solo segundo, hace que ambos alcancemos ese éxtasis casi a la vez. Ella cierra los ojos gimiendo en cuanto termina, yo, en cambio, la observo y disfruto viéndola en ese estado. Esta vez, creo que he ganado la partida, al menos me siento victorioso.

Al relajarse un poco, se incorpora y sonrío.

—¡Eres un capullo! —me dice.

—Bueno, si quieres puedo darte la revancha. Dame un tiempo para recuperarme. O también podrías cocinarme algo —le propongo.

—¿En serio? Tienes mucho morro. ¿Lo sabías?

—Eres una chef estupenda. Demuestra tus dotes y juro que dejaré que me hagas lo que quieras. Arquea sus cejas y me mira sorprendida.

—¿De verdad?

—Bueno, dependiendo de lo que cocines estaré a tu servicio.

—¡Trato hecho! Me aseó un segundo y me pongo a ver qué tenéis en el frigorífico que me pueda ser útil.

Se remanga la camisa, abrocha un par de botones y le indico cuáles son el baño y después la cocina. Yo he echado la cabeza hacia atrás satisfecho de nuestro encuentro. Después me he reincorporado un segundo, también he ido al baño para asearme un poco para a continuación vestirme con ropa cómoda. Aún no puedo creer que esté con ella y vaya a cocinar para mí.

Estoy sentado esperando tal obra y he puesto un poco la tele cuando suena el timbre. ¡Maldigo en silencio! No creo que Jorge venga a estas horas, además tiene llaves. ¿Quién puede llamar un domingo a las siete de la tarde?

Acudo a abrir y mi sorpresa es mayúscula cuando veo a Edurne plantada en la puerta. ¿Se puede tener más mala suerte? ¿Y qué demonios quiere esta ahora?

—Hola, Gonzalo, yo..., quería que me dieras otra oportunidad... Lo he pensado mucho y te hecho de menos —me dice.

—Lo siento, Edurne, pero ese tren ya pasó, tienes que rehacer tu vida —expongo intentado no dar muchas explicaciones y que se marche rápido.

—Te necesito, te prometo que voy a cambiar, pero vuelve conmigo.

En ese momento aparece Pili saliendo de la cocina solo con la camisa, no parece haberse percatado del timbre

—¿Chico *stripper*, te gusta la comida con mucho picante o poco? —pregunta, y cuando ve a Edurne su semblante cambia.

La situación es un tanto embarazosa, ambas se miran y yo ahora mismo deseo que me trague la tierra.

—¿Qué demonios haces con ella?! —inquire Edurne malhumorada.

—¿No es evidente? —plantea Pili con chulería.

—Pilar, por favor, déjanos un momento a solas, tengo que arreglar un asunto—le digo para que no ponga las cosas más difíciles.

Ella pone su peor cara y regresa a la cocina, parece molesta.

—¿Te estás tirando a mi chef? No entiendo cómo has caído tan bajo. ¿Desde cuándo?

—Edurne, mi vida privada no es de tu incumbencia, te recuerdo que ya no estamos juntos. Así es que haz el favor de marcharte y no montar ninguna escena. Y no es caer bajo, ella es una mujer igual que tú. No menosprecies a nadie, ¿de acuerdo?

—¡Estúpido! Nunca podrá llegar a nuestro nivel. Ambos somos de otra clase social.

—¡Si tú lo dices! —le respondo irritado, me molesta que diga esas cosas creyéndose mejor que sus trabajadores—. Ahora vete por donde has venido, aquí no pintas nada.

—¡Me las pagaréis! ¡Los dos!

Cierro la puerta malhumorado y cuando me doy la vuelta, agotado de discutir con mi ex, veo a Pili que se ha vestido.

—¿Qué demonios haces? —inquiero enfadado.

—Lo siento, me voy.

—¡Espera, por favor! ¡Vamos a hablarlo! ¡No te vayas! —le suplico.

No quiero que por culpa de Edurne se estropee el buen rollo que habíamos adquirido esta tarde.

—Creo que es lo mejor. Esto ha sido un completo error. No creo que esté a la altura.

Está claramente enfadada.

—Esas son sus palabras, no las mías. Si me has escuchado...

—Da lo mismo. Gracias por el sexo de hoy, ha sido increíble, pero no se volverá a repetir. He preparado unos filetes con pimientos, solo falta la salsa. Espero que los disfrutes...

Me da un beso en la mejilla y se marcha. Suelto un improperio y cierro los puños intentando golpear algo. Ni siquiera tengo ganas de comerme los malditos filetes. ¡Maldita perra de Edurne! ¡Quién me las va a pagar va a ser ella!

Capítulo 35

Todo estaba saliendo de maravilla, el juego de seducción, la sesión de sexo y después me pidió que le cocinara, y la verdad es que me apetecía mucho hacerlo para él. Me sentí cómoda, pero tenía que venir la *malfollá* para joderlo todo, ni siquiera sé a qué. Solo sé que cuando él me ha llamado Pilar delante de ella me ha removido las entrañas, y la estocada final ha sido cuando la muy zorra ha dicho que yo no estaba a la altura de él, que ellos eran de otra clase. Han vuelto mis inseguridades y me he sentido muy pequeña, como una hormiga. Sé que él no piensa eso, aun así, no me apetecía estar más allí. Quizás no sea justo, pero no me sentía con ganas de nada más, solo de irme a casa y hacerme un ovillo.

Lo que sí tengo claro es que se acabó. Mañana mismo presento mi renuncia. Dije que quizás cuando terminaran las bodas de mis amigas me pensaría lo que Manuela me había dicho y me establecería de manera independiente, pero después de lo sucedido hoy, lo siento mucho, no voy a hacerlo. Sé que quedan dos semanas para la boda de Sara. Y me comprometí a cocinar para mi amiga. Pero me marchó. Igual que para mis otras amigas, pero no quiero saber nada de ella. Lo siento.

Llego a casa y mi madre, cuando me ve, presiente que estoy mal.

—Hija, qué ocurre, ¿estás bien?

La verdad es que voy a contarle —sin decirle lo del sexo— lo sucedido, creo que es lo mejor.

—Conocí a un hombre en la despedida de soltera de Sara. Pero no sabía que era el novio de Edurne.

—¡Hija! ¿Te liaste con el novio de tu jefa? —me recrimina mi madre.

—No sabía que era su novio y, sobre todo, él me dijo que no tenía pareja. La cuestión es que ellos han roto y hoy le he vuelto a ver. Ella se ha presentado en su casa, bueno, vive con un amigo y ella quería volver con él, y para colmo le ha dicho que soy poca cosa para él, que ellos están en otro nivel.

—¿En serio? ¡Menuda mala pécora!

Jamás había oído a mi madre hablar así de nadie y sonrío.

—Mamá, Manuela me dijo que debería dejar el trabajo, y siendo sincera creo que es lo que voy a hacer, estoy cansada de Edurne.

—¡Sabes que tu padre y yo te apoyaremos en lo que sea! Ya es hora de que montes tu propio restaurante.

—Me da un poco de vértigo, ¿y si no sale bien?

—Saldrá muy bien, ya lo verás.

Me abrazo a ella y después de un rato todas mis dudas se han disipado.

—Mañana ve allí y a esa bruja le dices: «como no estoy a tu altura, he decidido irme».

Suelto una carcajada, las dos lo hacemos, y después de cenar veo que tengo un mensaje del chico *stripper*. Decido obviarlo. No quiero saber nada de él, al menos no por el momento. Voy a emprender un nuevo proyecto, voy a hacer algo que tendría que haber hecho hace mucho tiempo y quiero que el pasado quede atrás por mucho que me duela. Él ha sido una bonita distracción y creo que lo mejor es que pase página.

He mandado al grupo de mis amigas la decisión que he tomado y todas me apoyan, piensan que sus bodas no son un impedimento. Doy gracias, espero que pueda cocinar para ellas. También he llamado a Manuela, se ha puesto loca de contenta. Me ha dicho que me ayudará en todo lo que necesite. Así es que mañana por la mañana mi vida cambiará. Ahora me voy a la cama a retomar fuerzas para lo que el futuro quiera darme.

...

Al sonar el despertador me despierto con las energías renovadas: hoy comienza mi nueva vida. Lo primero, desprenderme del lastre de la *malfollá*. Y después buscar un local. Mis padres van a ayudarme en todo lo que necesite; aunque tengo dinero ahorrado, ellos me avalarán si es necesario.

Al llegar, allí está ella con su cara maligna. Pero antes de que hable, le entrego la carta que he redactado.

—Buenos días, Edurne. Esta es mi carta de dimisión. Vengo a recoger mis cosas —le digo sin más.

—¿¡Qué?! ¿Te vas? —pregunta atónita por mi afirmación.

—Sí, no voy a decirte que ha sido un placer trabajar contigo, porque sería falso. Además, ambas estamos a distinto nivel —comento metiendo esas palabras que me han dolido tanto, ella me mira con desdén—. Eso sí, no te guardo rencor. Te deseo lo mejor. Lo que sí quiero proponerte es cocinar para las bodas de mis amigas. Si quieres...

—¡No! Encontraré a un chef que esté a la altura, tú nunca lo has estado. Me daba lástima despedirte, eso es todo —concluye enderezando su chaqueta intentado guardar las apariencias.

Sé que está dolida y también molesta, pero siempre sabe estar.

—Perfecto, no es ningún problema. Lo dicho: ¡suerte en la búsqueda de un nuevo chef!

Salgo de su despacho y voy a la cocina, me apena despedirme de Carlos y Laura. Les he prometido que en cuanto me establezca los llamaré. Son muy buenos trabajadores, pero por el momento no tengo nada y no puedo hacer que abandonen el trabajo, ambos tienen familias que

alimentar.

—¡Te vamos a echar de menos! ¿Ahora quién va a poner firme a la *malfollá*? —pregunta Laura.

—Carlos seguro que lo hace, solo tiene que sacar su genio. Amigo, no te dejes amilanar.

Él asiente, pero veo tristeza en sus ojos.

—Chicos, es temporal, prometo que os daré un trabajo. Dadme un mes, a lo sumo dos, ¿vale?

—Sí —contestan al unísono.

Me he marchado con lágrimas en los ojos, los tres somos un equipo y la verdad es que me apena dejarlos, pero como les he dicho, volveré a por ellos. Ahora comienza una nueva aventura y estoy segura de que saldrá de maravilla.

Capítulo 36

No me puedo creer que tenga tan mala suerte. Estaba disfrutando de la compañía de Pili después de un sexo maravilloso y tiene que aparecer Edurne a fastidiarme la tarde. ¡Juro que la odio con todas mis fuerzas! He mandado varios mensajes a Pili, pidiéndole disculpas por lo ocurrido, pero no los ha leído y al final, derrotado, me voy a la cama. Ni siquiera he cenado.

Cuando llega Jorge, no muy tarde, entra en la habitación.

—Tío, me has preparado la cena, ¡qué detalle! Se agradece, vengo canino.

—No he sido yo, fue Pili. La chef.

—Anda, qué maja la muchacha.

—Era para mí y no la he comido. Se presentó Edurne cuando estaba ella aquí, dijo que no estaba a la altura y se marchó.

—¿Y qué quería esa amargada?

—Volver conmigo —respondo enfadado.

—¿No habrás...?

—No, claro que no. Pero al final Pili se ha molestado y creo que..., no sé, todo esto es muy complicado.

—Quizás deberías dejar que pase un poco el tiempo. Claro que es complicado, ella trabaja para tu ex, no dificultes más las cosas, si tiene que pasar, pasará.

—Me gusta, aunque no quería admitirlo, tiene algo que...

—¡Mierda, Gonzalo! No te enamores, no después de salir de una relación tan larga, un clavo no saca a otro clavo, y te lo digo por experiencia —me regaña.

—Puede que tengas razón, pero uno no elige cuándo y de quién enamorarse, además no digo que lo esté, solo que me gusta, y quisiera ver a dónde me lleva esto con ella. De todas formas creo que ya es tarde, le he escrito y no me contesta.

—Deja que pase el tiempo. Es lo mejor, soy un sabio en esto del amor.

Suelto una carcajada. Que haya tenido dos relaciones fallidas no le hace un sabio, pero prefiero no discutir, no hoy.

—¿Puedo comerme lo que ha preparado?

—Claro, yo voy a acostarme.

—Gracias, amigo.

Intento dormirme, me cuesta una vida hacerlo, pero lo consigo y decido que de nuevo voy a hacer caso a mi amigo, aunque no sea un sabio en el amor como él se cree. Voy a seguir mi vida,

centrarme en mi trabajo, y quizás más adelante me reencuentre con Pili o encuentre a otra mujer apropiada para mí. Solo el destino lo sabe.

...

Han pasado varios meses, me ha costado mucho no escribir a Pili, de hecho de vez en cuando, por la noche, he mirado el estado del WhatsApp y la he visto «en línea» y me han dado unas ganas inmensas de preguntarle cómo está o si le apetecía quedar conmigo. Yo, en este tiempo, he conseguido mudarme por fin a un apartamento. No es gran cosa: dos habitaciones, un baño, cocina y un salón. Está cerca de mi trabajo y suelo coger el metro, así no tengo que desplazarme en coche. Vivir en Madrid es lo que tiene, si compras o alquilas una vivienda lujosa —aun teniendo un buen trabajo— tiene que ser en los pueblos de fuera de la capital, y yo no estaba dispuesto a ello. Por eso he preferido coger algo en el centro y que sea más pequeño. No me importa si no está a la altura de mi clase social. Esas palabras aún martillean en mi cabeza como una campana cada vez que pienso en esa noche y en cómo cambió mi vida. No he vuelto a ver a Edurne, pero algunos conocidos me han dicho que no parece irle demasiado bien. Me consta que Pili se marchó de su empresa y que han pasado varios chefs por allí y que no la aguanta nadie. ¡Normal! Es una persona muy difícil de soportar trabajando.

Lo que no sé es nada de Pili, le he perdido la pista y me gustaría saber de ella.

«¡Llámala! ¡Escríbele!», me dicta mi conciencia.

Pero no voy a hacerlo por mucho que me muera de ganas. Si es lo que tiene que ser, aceptaré mi destino.

Me suena el teléfono y es mi amigo. Decido contestarle porque sé que insistirá las veces que haga falta.

—¿Amigo, te vienes a cenar? —me pregunta.

—No tengo ganas. Estoy cansado.

—Vamos, tío, es viernes y hace mucho tiempo que no sales. Hoy tengo el garito cerrado, así es que cámbiate y haz el favor. Me han hablado de un restaurante nuevo que está causando sensación. Mañana te voy a necesitar.

—¡No me jodas, otra vez no!

—Sí, me lo debes.

No sé cuantas veces tengo que pagarle hacer de vez en cuando de *stripper*. Pero así es Jorge: en cuanto tiene ocasión, tengo que hacerle alguna actuación. Me cambio y cuando salgo ya me están esperando abajo.

—¿No vamos en coche?

—No está lejos de aquí, iremos andando. El aire nos refrescará.

Me encojo de hombros y de nuevo me van contando sus batallas. Cuando llegamos al local vemos que está bastante lleno. Es moderno y me alegra que parezca que la gente sea en su mayoría también joven.

—¿Aquí qué se come?

—Hay de todo, cocina tradicional y cocina de autor. Verás como te gusta.

Me siento en la mesa, las camareras son jóvenes, parecen amables; nos dan la carta y cuando miro el menú veo el nombre del chef, aparto la vista y la fijo en mi amigo.

—Ves..., ya sabía yo que te iba a gustar. Luego pediremos la presencia del chef. ¿Qué te parece?

—¡Qué eres un capullo!

—Estabas muy tristón, algo tenía que hacer.

Él suelta una carcajada y el resto de mis amigos se unen, no sé si esto saldrá bien, pero al menos es una forma de volver a verla.

Capítulo 37

Han pasado varios meses, la boda de Sara fue un auténtico desastre en lo que se refiere a la comida, y todo porque mi querida exjefa declinó mi oferta. Lo único que sí que aceptó fue la tarta. Porque así estaba contratada. Sara no me echó nada en cara, pero sí puso una demanda a la empresa de Edurne por el mal servicio. Ana y Crisve han anulado sus respectivas bodas y, aunque han perdido la señal, prefieren eso a que sea también igual de nefasta que la de nuestra amiga. Lamenté mucho que los platos estuvieran tan mal, y mira que días antes volví a llamar a Edurne para insistir y ofrecer mis servicios incluso gratis, pero no hubo manera. Eso sí, tuvimos risas para rato ese día. Y con eso nos quedamos.

Hace quince días abrí por fin mi restaurante, y la verdad es que está siendo todo un éxito. No pensé que fuera a tener tanta afluencia de gente. Pero se ha ido corriendo la voz, gracias al boca a boca y también a mis conocidos, entre otros mi amiga Manuela que, además de ayudarme a encontrar el local y asesorarme con todo, me ha dado muchos buenos consejos. Y aquí estoy cumpliendo uno de mis sueños cuando salí de *Le Cordon Bleu*. Nunca pensé que lo conseguiría, pero me equivoqué.

Hoy es viernes, el local está a tope y una de mis camareras, después de servir una mesa, entra preocupada.

—Pili, unos caballeros me han pedido ver al chef. Parecían un poco molestos.

—¿En serio? ¿Estaba todo bien: servicio, comida?

—Sí, te lo prometo. Todo se ha servido a tiempo, la comida ha sido la que han pedido.

—Vale, tranquila, no pasa nada. Diles que en cinco minutos salgo. Estoy terminando una comanda.

—De acuerdo, lo siento.

—De verdad, Paula, no es culpa tuya.

La muchacha parece disgustada y estoy segura de que solamente es un mal entendido. Con no cobrarles la cuenta estará arreglado. Hay gente muy exigente y aunque ahora mismo estoy empezando, me molestan las personas así, todavía los hay muy quisquillosos. Son cosas que pasan, hay que estar listos para todo.

Termino el plato que estoy preparando. Le pido a Carlos que lo decore y ni siquiera me cambio, quiero que se den cuenta de que efectivamente detrás de lo que ven, los chefs también cocinamos.

Respiro hondo, tengo mi carácter y no quiero montar un espectáculo con nadie, estoy

empezando y también puede que sea uno de esos críticos de cocina que viene de encubierto para valorar los restaurantes, así es que, dibujando mi mejor sonrisa, salgo. Paula me indica la mesa y cuando me acerco a ella distingo primero a Jorge, el amigo del chico *stripper*, para después verlo a él.

Hacía tiempo que no sabía de él, justo desde el día antes que me despedí —para ser más exacta—, desde aquella fatídica noche que hizo que mi vida diera un giro. Nuestras miradas se encuentran. Él parece coartado; yo, en cambio, estoy satisfecha de verlo. Ha habido ocasiones en que he pensado en escribirle y contarle lo que me estaba sucediendo. Después, simplemente me decía que no era mi amigo, solo había sido un rollete pasajero y nada más.

—Buenas noches, caballeros, ¿algún problema con los platos que les hemos servido? ¿Tal vez con el servicio?

—¡No, por supuesto que no! Solo queríamos felicitar a la chef. Además, creo recordar que, aunque muy vagamente, nos conocemos, ¿verdad? —interviene el jefe del bar de *strippers*.

—Sí, en efecto. Gracias. Pero no puedo estar mucho tiempo. Aún tengo el local a tope y la comida no se cocina sola.

—Aún recuerdo esos filetes, estaban deliciosos —continúa—. El tonto de mi amigo sigue igual de estúpido y coartado al verte. ¡Pero oye! Dale una oportunidad. No te ha olvidado, ¿sabes?

Miro a Gonzalo entre molesta y sorprendida. ¿Es que es la voz de su conciencia? Mientras, él sigue sin decir ni una palabra.

—Me alegro de que te gustaran los filetes. Aquí hay mucho lío. Tengo que dejaros. Al café invita la casa.

Me marchó sin mirar atrás, es increíble que tenga un amigo con tanto desparpajo y él sea tan parco de palabras.

—¿Todo bien? —me intercepta Paula.

—Claro, tranquila. Eran unos antiguos conocidos. Están invitados al café. Vuelvo a corrales que hay mucho lío —intervengo para no dar más explicaciones.

—De acuerdo, jefa.

Me paso el resto de la noche un tanto distraía pensando en las palabras de Jorge: «Dale una oportunidad. No te ha olvidado, ¿sabes?».

¿Qué demonios significa eso? No lo sé, pero si quiere que le dé una oportunidad como dice tendrá que ser él quien dé el primer paso.

«Te recuerdo que te fuiste de su casa sin una explicación después de las palabras de su ex», me dice mi lado malo de la conciencia.

Vale, quizás tiene razón, pero tampoco insistió demasiado ni me escribió ni me llamó, ni supe nada más de él. Soy una chica con muchas inseguridades, ya se lo dije, y esa noche me fui con la moral por los suelos. Ahora he madurado, pero si quiere volver a conquistarme, tendrá que

currárselo.

Capítulo 38

En cuanto se ha acercado la he visto mucho más guapa y me he quedado inmobilizado. Ahí estaba mi salvador: Jorge, no sé si para ayudarme o para cagarla, porque lo que ha dicho me ha dejado aún más coartado. Ella me ha mirado y me he quedado petrificado. Al ver que no reaccionaba se ha marchado creo que bastante molesta.

—Muchas gracias, tío, tú sí que sabes ayudar.

—¿Qué he hecho? Creo que te he allanado el terreno.

—¿En serio? ¿Decir que no la he olvidado? ¿Eso es ayudar?

—¿Acaso es mentira?

—¡Joder, claro que no! Pero no hay que desnudar así el corazón de nadie.

—A ella le mola, me lo dijiste.

Lo miro con cara de querer estrangularle, y cuando llegan los cafés la camarera nos indica que estamos invitados.

—Somos amigos de tu jefa.

Ella asiente. Estoy viendo ¿coqueteo con Jorge? No puedo creérmelo. Mi amigo es increíble.

—¡Nos vamos! —le digo en cuanto me tomo de un sorbo el café.

—No hay prisa.

—Claro que sí. Vamos, hay gente que espera la mesa. Y tú eres mayorcito para la camarera, señor experto en el amor. No te conviene lo más mínimo.

—Habló el que tiene más miedo que un nublado a tirarse a la piscina.

—Quizás, pero el que me dio el consejo de esperar fuiste tú. Así es que ahora nos vamos a tomar unas copas y pasamos de mujeres. ¡Solo tíos!

El resto de amigos se ríe y salimos del restaurante. Me paso toda la noche pensando en Pili, hacía tiempo que no lo hacía con tanta intensidad. No sé cómo demonios se ha vuelto a meter así en mi cabeza, y a media noche decido marcharme a casa. Pero como su restaurante no está muy lejos de mi apartamento, decido dar un rodeo. Vale, es una excusa estúpida y son más de las dos de la madrugada, es absurdo y seguro que no estará ya allí, pero una fuerza superior a mí me impulsa a hacerlo.

Cuando veo luz en la trasera cierro los ojos, y por un momento mi corazón se acelera. Puede que no sea ella sino el personal de limpieza, pero ¡qué demonios! Tengo que intentarlo.

Doy unos golpecitos, ni siquiera sé con qué facilidad ha abierto la puerta con las manos todas pringadas, y dice:

—Carlos, ya te dije que no tenías que quedar... —Pero no termina la frase al verme—. ¡¿Qué demonios haces tú aquí?!

—Yo también me alegro mucho de verte —comento con ironía.

—Queda claro que no te esperaba y que han pasado varios meses sin tener noticias tuyas — responde a la defensiva.

—Te escribí cuando te fuiste, te pedí perdón, de mi boca no salieron aquellas palabras sino de la de Edurne, ¿qué esperabas que hiciera: que saliera corriendo detrás de ti?

—Sí, la verdad es que justamente era eso lo que esperaba.

Me quedo un poco sorprendido por su respuesta.

—Solo éramos dos personas que se habían acostado en un par de ocasiones.

—Pero creí que conectábamos. Te abrí mi corazón, te desnudé mi alma y te conté mis miedos.

—Lo sé, pero dejé que un amigo me aconsejara. Me equivoqué —afirmo ahora sabiendo que tenía que haber seguido mi instinto.

—¿Y qué pretendes ahora? ¿Ya estoy a tu nivel, quizás por tener mi propio restaurante? — replica dañina.

—No seas injusta. Siempre me has parecido una persona muy interesante, quiero conocerte, quiero que me des una oportunidad. Descubramos a dónde nos lleva esto, siempre has estado a mi nivel, eso no lo dudes.

—Ahora mismo estoy muy ocupada, ¿no lo ves? —dice enseñándome las manos llenas de chocolate.

—Podría ayudarte a quitarte ese chocolate, también podrías enseñarme en qué estás ocupada, no tengo prisa, después podría invitarte a mi apartamento. No vivo lejos...

Ella sonríe y me hace pasar.

—¡Eres un cara dura! ¿Lo sabías?

—Bueno, me encanta el chocolate, ahora mismo podría lamerte esas manos, aunque después de hacerlo tendría que poseerte.

—¡Hazlo!

—¡¿Qué?! —pregunto incrédulo.

—¡Que lo hagas!

No me puedo creer lo que me está proponiendo, pero la cojo, entramos en la cocina y, aunque me parece absurdo, comienzo lamiendo sus manos. ¡Joder! Es la escena más erótica desde hace mucho tiempo, y después todo es un caos, la cocina está llena de dulce y, aunque al principio me parece algo incómodo, después me centro en deshacerme de su ropa de chef. Estoy demasiado excitado para centrarme en las cosas que se escuchan caer.

—Pili, esto se está...

—¡Shh! Hazme tuya y olvídate del desastre. Después tendrás que ayudarme.

Y así lo hago. Allí, en la cocina del restaurante, entre el chocolate, las sartenes y demás aparatos de cocina, ambos nos rendimos al deseo y compartimos una sesión de sexo inolvidable.

Capítulo 39

Jamás me imaginé que tendría sexo en mi cocina, y menos con Gonzalo. En cuanto terminamos miro el desastre que hemos organizado y me entra la risa. Durante un rato y hasta que nos vestimos no puedo dejar de reírme. Él me mira contrariado y al final pregunta:

—¿Qué te hace tanta gracia?

—Todo este caos que hemos preparado en un momento, pero tú vas a ayudarme.

—¿En serio? ¿tenemos que recogerlo ahora?

—Lo sé, y lo mejor de todo es que llevo años trabajando en una cocina y nunca había tenido una fantasía sexual así. Pero ha sido decir lo del chocolate y ¡uf! Lo he visualizado.

Él me mira de manera pícaro y sonrío.

—¿Qué pasa? —le planteo de nuevo. No dejo de sonreír como una colegiala.

—Pues que digamos que yo, en cuanto supe que eras chef, sí tuve fantasías de este tipo.

Los dos estallamos en risas. Me gusta que sea así. Que deje esos miedos que le coartan como con sus amigos y me cuente estas cosas; cuando por fin nos calmamos lo miro dibujando una sonrisa.

—¿En qué piensas?

—Que conmigo eres muy abierto, en cambio cuando tu amigo ha dicho esas palabras no has sido capaz de decir nada. Parece que te avergüenzas de lo que puedas sentir por mí, parece como si lo que dijo Edurne fuera cierto.

—¡No! ¡Claro que no! Es solo que no esperaba que Jorge fuera a decir eso y me he puesto nervioso. Cuando dicen algo sobre mis sentimientos me quedo bloqueado. Pero te juro que no es nada de esas chorradas. Yo vengo de una familia normal, como la tuya. Ni siquiera sé por qué Edurne dijo que éramos de otra clase. Sí es cierto que tengo un buen trabajo, pero nada más.

—En realidad tienes dos —le suelto, y él sonrío.

—El segundo es solo esporádico y no me gusta nada. Solo lo hago para ayudar a un amigo.

—Pues eso tiene que cambiar. No me gusta, y si a partir de ahora vamos a comenzar algo más serio que estos encuentros en mis cocinas o donde quiera que sea, no quiero que nadie más vea este cuerpo —le digo apuntando su musculoso abdomen con el dedo.

—¡Pues se lo tendrás que decir a Jorge!

—Se lo diré a quien quieras. Le convenceré con los filetes que hagan falta.

Él suelta una carcajada y comienzo a recoger los cazos y sartenes que están en el suelo. Gonzalo hace lo mismo. Una vez que está todo recogido decido poner fin al trabajo que estaba

desempeñando . No está totalmente terminado, pero creo que mañana será otro día.

—¿No terminas el postre?

—Creo que ya he tenido suficiente chocolate por hoy —le digo riéndome.

—Me gustaría que pasaras la noche conmigo.

Es una propuesta tentadora. La verdad es que me apetece mucho.

—No sé, no tengo pijama aquí en el restaurante.

—Yo puedo dejarte una de mis camisas. Sé que te gustan.

—Es una oferta muy pero que muy interesante. Déjame que haga una llamada. No quiero que mi madre se preocupe.

—¿A casi las tres de la mañana? —inquire confundido.

—Tranquilo, mi madre está más que acostumbrada.

Me retiro un poco y la llamo, estaba dormitando. Ella es así, ahora hasta que no llego a casa no consigue dormirse del todo, y le digo que voy a pasar la noche en casa de una amiga. Por el momento no quiero decirle que he vuelto con Gonzalo, aunque sabe parte de la historia no quiero ilusionarla.

—¡Ya está! ¡Ah, quiero una camisa de las buenas, chico *stripper*!

—¡Eso está hecho, amiga de la novia! Para usted, chica del chocolate, lo que me pida.

—¿Una ducha tal vez?

—Por supuesto.

Llegamos a su apartamento en cinco minutos andando y charlando. Lleva un mes viviendo aquí. Mi cabeza no deja de pensar que hemos estado tan cerca y no nos hemos visto. Todo este tiempo el destino no ha querido que así fuera, hasta ahora. ¿Por qué? Seguramente porque así tenía que ser. Nadie lo sabe, porque como bien dice mi amiga Carmen, todo el mundo tiene su destino escrito, a veces podemos reescribirlo pero estoy segura de que aunque algún acontecimiento lo haga cambiar, el camino nos acabará llevando al mismo lugar donde tenía planeado.

Capítulo 40

Aún no me lo puedo creer: ha pasado un año desde el día que me presenté en el restaurante de Pili, desde la noche del sexo con chocolate, y han pasado tantas cosas... Ella ha abierto un nuevo restaurante en Madrid, a mí me han ascendido en mi trabajo y hace dos meses por fin se vino a vivir conmigo.

Son quizás muchas cosas en poco tiempo, sí, pero para mí ha sido todo maravilloso. Una relación muy intensa que se ha ido forjando desde la confianza, la sinceridad y sobre todo nuestros tira y afloja que, aunque son muchos, la refuerzan día a día.

¡Eso sí! De vez en cuando seguimos con el jueguito de chico *stripper* y amiga de la novia, aunque ya no la tengo guardada así en la agenda de mi móvil. De vez en cuando —muy de vez en cuando—, incluso le hago un pase privado de mis actuaciones en el club, porque consiguió que mi amigo Jorge no me volviera a llamar para trabajar con él. Y sí, tal y como ella dijo, se lo ganó con la comida y con alguna que otra cita con esa joven camarera que actualmente sigue con él.

Nunca pensé que mi amigo saliera con una mujer cinco años más joven que él, pero lo tiene loco y yo solo quiero que sea feliz. Además, la muchacha ha congeniado de maravilla con su hijo y eso es lo importante.

Ahora estoy en mi apartamento y, aunque nadie se lo crea, he preparado una cena romántica para celebrar nuestro aniversario. Me ha costado mucho seguir las clases de Carlos, el chef que ahora lleva el segundo restaurante de Pili. He acudido durante una semana todas las tardes para que me enseñe a prepararla. Solo espero haber dado en el clavo y que todo esté al menos aceptable.

Hoy le he dicho que dejara todo listo, es nuestro aniversario, y a regañadientes ha aceptado. No puede olvidarse de los días especiales. Así es que después de ir al restaurante unas horas, aquí estoy esperando su llegada. A las diez y media hace su aparición. Cuando oigo las llaves, apago las luces, enciendo las velas y pongo una canción romántica. Lo tengo todo previsto para la ocasión.

—Buenas noches, preciosa. Toma asiento —le digo acompañándola hasta la mesa.

—Buenas noches, ¿de qué va todo esto, Gonzalo?

—Hoy es nuestro aniversario. Hoy he cocinado yo. Espero estar a la altura.

—¿En serio?

—Sí, señorita.

Traigo los platos, los pongo en la mesa y me mira asombrada.

—Vaya, vaya. Esto tiene muy buena pinta. ¿Te has quedado sin trabajo en la empresa e intentas impresionarme? ¿Tengo que darte trabajo en mi restaurante?

Suelto una carcajada y me siento a su lado.

—Tranquila, solo he tomado unas lecciones para sorprenderte. Espero que sepan igual que su apariencia.

Espero a que lo pruebe y su gesto me alivia al ver que parece gustarle.

—Gonzalo, esto está buenísimo, podrías ser un buen chef si quisieras. ¿Quién te ha enseñado a cocinar?

Sonríó satisfecho por la valentía y porque en realidad es cierto, la comida está buenísima.

—Lo siento, no puedo decírtelo. Solo diré que no tienes de qué preocuparte, no es nadie al que tú no ayudes.

—Carlos...

No digo nada más. Los dos terminamos de degustar la cena. La verdad, y sin ser modesto, está buena. No las tenía todas conmigo. Después le doy un regalo. Un reloj pero colgante. Ella no suele llevar nada pero al verlo sonrío.

—¡Muy práctico! Sí señor. Gracias. Yo también tengo algo para ti. ¿Creías que me había olvidado? Nunca podré olvidar el día que me hiciste tener mi primera fantasía sexual en mis cocinas y nuestro aniversario, cariño.

Me entrega una caja y dentro hay un llavero con forma de tableta de chocolate.

—Sé que es una tontería, pero me pareció original, y como solo llevamos un año...

—¡Me encanta! Siempre que lo vea me hará recordar nuestro aniversario y esa noche, y ¿sabes qué? Que lo mejor de hoy es el postre.

Voy a la cocina y cojo una jarra de chocolate.

—¿En serio?

—Sí, lo digo en serio. Vayámonos a la cama a disfrutar de este manjar. Ya tengo ganas de ti.

—¿Y quién recoge todo esto?

—Mañana ya lo recogeremos, ahora hagamos el amor y, aunque no sea en la cocina, rememoremos juntos nuestro aniversario al menos con el chocolate.

La cojo en brazos, la llevo a la cama. He puesto unas sábanas viejas que después, si no se quitan las manchas, me desharé de ellas. Pili comienza a quitarme la ropa con premura y yo hago lo mismo. Los dos estamos muy excitados por las expectativas de lo que supone esta noche. En cuanto estamos desnudos la tumbo y derramo un poco de chocolate en su cuerpo, está a temperatura ambiente, y después lo lamo notando que ella se arquea al sentir cómo paso mi lengua por su cuerpo. Es una sensación demasiado buena, así es que ahora derramo un pequeño chorro en su sexo y lo succiono haciendo que ella gimie para después devorarlo y adentrarme en él. Con este juego consigo llevarla al orgasmo rápidamente. Ahora es ella la que me obliga a mí a tumbarme y

a jugar al mismo juego, derramando chocolate de la misma manera primero en mi pecho, después en mi glándula succionando y haciéndome también alcanzar con premura el clímax.

Una vez que ambos hemos conseguido de manera independiente un rato de placer, decido poner fin al juego de seducción para hacerla mía pausadamente. Nuestros encuentros a veces son rápidos porque los dos estamos agotados, pero hoy es especial y como tal quiero sentirlo al máximo. Ambos nos movemos acompasadamente y, poco a poco, el ritmo aumenta hasta que de nuevo las sensaciones nos transportan a una tensión tal que nos alcanza y nos envuelve logrando de nuevo el placer máximo.

Nos quedamos mirándonos absortos el uno en el otro y después, nos decimos mil veces lo mucho que nos queremos y nos necesitamos antes de quedarnos dormidos.

Epílogo

La verdad es que este último año ha sido muy intenso, pero todo lleno de cosas bonitas y, sobre todo, estando al lado de Gonzalo. Me he dado cuenta de que el amor y la suerte llaman a tu puerta cuando menos te lo esperas. ¿Quién me iba a decir a mí que iba a acabar con el exnovio de mi exjefa? Paradójico.

¿Y qué fue de ella? Pues que al final ha acabado hundiendo su empresa. No ha conseguido que ningún chef termine trabajando con ella y, desde mi partida, la de Carlos y Laura, todo fue a peor. La gente fue cancelando sus eventos y, por lo que dicen las malas lenguas, ahora mismo debe de estar recluida en una institución mental.

¡Se lo merece por ser una mala jefa y una *malfollá*!

Sé que no está bien desear a nadie la mala suerte, pero es que decir que estoy en otra clase me dolió mucho. ¿Ahora quién es la que está en otra liga? Al menos mental.

Me río yo de mis ocurrencias. Y es que siempre pensé que estaba bastante desequilibrada, pero ahora mismo ya su locura ha sido letal si la ha llevado a ese estado para internarla. Dejando a parte a Edurne, mi vida ahora va por muy buen camino. Tengo dos restaurantes, uno que hace un par de meses he abierto, dirigido por Carlos, y el que abrí hace poco más de un año. ¿Quién me lo iba a decir? ¿Como quién me iba a decir que volvería a reencontrarme con Gonzalo y viviríamos juntos?

Y que me prepararía una cena romántica cocinada con sus propias manos y que estaría exquisita. La vida nos sorprende en ocasiones para bien y en ocasiones para mal. Lo que sí tengo claro es que en la mía lo que nunca me ha fallado han sido mis familiares y amigas.

Mis locas amigas, esas que desde el primer momento de mi aventura han estado ahí, las que me hicieron toparme con Gonzalo aquel día de la despedida de soltera de Sara y comenzaron toda esta locura. Porque está claro que si no lo hubiera conocido quizás nunca me habría planteado dejar a Edurne.

¿Quién lo sabe? Seguramente nadie.

¿Que si soy infinitamente más feliz? Lo soy.

¿Que si me falta algo en la vida para ser más feliz? Por el momento no.

Todos os preguntaréis: ¿te gustaría casarte y ser madre?

Por ahora no. Estoy bien como estoy, disfruto de la vida con Gonzalo, mi chico *stripper* particular, y de mi trabajo como chef al mando de dos restaurantes y, aunque me gustan las bodas, ahora mismo solo quiero vivir, ir despacio en esta relación, no quiero vivir de prisa, no quiero

precipitarme y que luego todo salga mal. Siento que en verdad es el hombre de mi vida, le quiero y es posible que más adelante demos ese paso, pero por ahora me conformo con lo que tengo. Soy yo la que pongo las reglas en mi vida.

FIN